Agosto de 1965

m$n 60

Selecciones

del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

SECCIÓN DE LIBROS

Más de 26 millones de ejemplares vendidos mensualmente, en 14 idiomas.

El brillante del anillo de compromiso

atesora un mensaje de ternura

El brillante del anillo de compromiso que ilumina el dedo de una joven encierra en sí un mensaje de amor. Se ofreció con orgullo para conmemorar la promesa matrimonial, habla del comienzo del amor y su tierno significado, y recordará para siempre la felicidad del hogar y la familia.

Un brillante es para siempre



COMO SE COMPRA UN BRILLANTE — Lo primero y más importante es consultar a un joyero digno de confianza y pedirle consejo en cuanto a color, diafanidad y talla –porque éstos determinan la calidad de los brillantes y contribuyen a su belleza y valor. Elija una piedra fina y sentirá orgullo de poseerla, sea cual fuere su tamaño. Y, como es bien sabido, todo brillante tiene valor perdurable. El tamaño de los brillantes se mide por su peso en puntos y quilates –un quilate tiene 100 puntos.



25 puntos (¼ de quilate)



50 puntos (½ quilate)



1 quilate (100 puntos)

Cuadro pintado para la Colección De Beers por Ben Wohlberg

De Beers Consolidated Mines, Ltd.





SELECCIONES
del Reader's Digest

TOMO L Nº 297 AGOSTO DE 1965

Revista mensual publicada por
SELECCIONES DEL READER'S DIGEST ARGENTINA, S. A.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Editorial

Director: Pablo Morales

Consejero de redacción: Eduardo Cárdenas
Redactores: Marco Aurelio Galindo
Lilian Davies Roth
Alfonso Castaño
Biblioteca de Selecciones: Luz Cantuárias

Director-Gerente: Douglas MacLean
Vicepresidente: Paul W. Thompson
Tesorero: Marcos Kremzar

Departamentos

Publicidad: Carlos Aldao Quesada
Discoteca y Biblioteca: Salvador Passarello
Administración Ventas: Carlos Yamazaki
Director de Arte: Emilio Gómez

EDICIONES INTERNACIONALES DEL READER'S DIGEST
Gerente general: Paul W. Thompson
Gerentes generales regionales:
Roberto C. Sánchez (América Latina)
Terence G. M. Harman (Europa)
Jefe de redacción: Adrian Berwick

THE READER'S DIGEST se publica en: INGLÉS (ediciones norteamericana, australiana, británica, canadiense, del Extremo Oriente, neozelandesa, nigeriana y sudafricana); ESPAÑOL (ediciones argentina, del Caribe, centroamericana, chilena, ibérica, mexicana y venezolana); FRANCÉS (ediciones belga, canadiense, francesa y suiza); ALEMÁN (ediciones alemana y suiza); PORTUGUÉS (edición brasileña); ÁRABE, CHINO, DANÉS, FINLANDÉS, HOLANDÉS, ITALIANO, JAPONÉS, NORUEGO y SUECO. Se publican ediciones en el sistema Braille en inglés, español, alemán, japonés y sueco.

THE READER'S DIGEST, Pleasantville, N. Y., EE. UU., fue fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores.

Selecciones se vende en las principales librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 60,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.
Bolivia ($b. 3,00*) — Librería Selecciones S.R.L., Avenida Camacho 1339, La Paz.
Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.
Colombia ($3,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 No. 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Maracaibo 47-52, Medellín.
Costa Rica (₡1,75*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Apartado 1294, San José.
Chile (Eº 1,00*) — Reader's Digest Chile Limitada, Estado 359, Santiago.
Rep. Dominicana (RD$0,25*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.
Ecuador (5.00 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.
El Salvador (60 cts.*) — Distribuidora Salvadoreña, Ave. España 344, San Salvador.
Guatemala (Q0,25*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.
Honduras (50 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.
México ($3,50*) — Selecciones Distribuidora, Plaza de la República 48, México, D. F.
Nicaragua (C$1,95*)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.
Panamá (B/0,25*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.
Paraguay (G 35,00*) — Cía. Importadora de Publicaciones, S. R. L., Palma 565, Asunción.
Perú (S/7,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima
Puerto Rico (25 cts.*)—Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.
Uruguay ($7,00*) — A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.
Venezuela (Bs. 1,50*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz 178, Caracas.

(**Precio por número suelto*)

Portada:
Día de lluvia
(Pintada especialmente para Selecciones por *Ralph Avery*)

SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume L, Nº 297, August 1965. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscription price: US $4.00 per year. *Impreso en Argentina*

Selecciones del Reader's Digest
Marca Registrada
Reg. U. S. Pat. Off.

Impreso por Guillermo Kraft Ltda.
Martín García 701 - Buenos Aires



Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones

CORREO ARGENTINO CENTRAL(B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144

EN MERMELADAS

la diferencia está en una palabra...







Para acertar siempre al comprar mermeladas, pronuncie una sola palabra... Arcanco! Usted llevará a su casa lo más fino que puede elaborarse en productos envasados. Recuerde siempre esa palabra, que hace la diferencia...



CIRUELAS DAMASCOS TOMATES

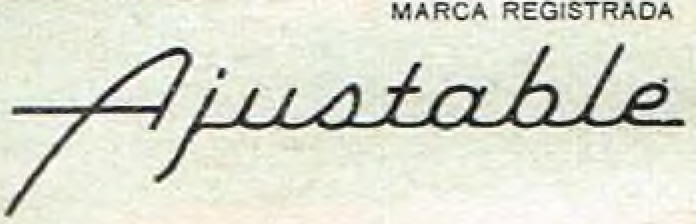
ARCANCO CONSERVAS S. A. CORPORACION ENVASADORA ARGENTINA ARCANCO

Distribuidores exclusivos: CIA. TODDY S. A. - BUENOS AIRES

TIENE UN CUMPLEAÑOS?

REGALE LA NUEVA MAQUINA







Brinda afeitadas "de medida" porque mediante su selector micrométrico se ajusta a cualquier tipo de barba o piel.

ES UN NUEVO PRODUCTO DE GILLETTE, LA COMPAÑIA QUE MEJOR CONOCE A LOS HOMBRES.

Instantáneas personales



Roy Howard, el desaparecido director general de la empresa periodística Scripps-Howard, era hombre de vivas reacciones. En cierta ocasión llamó por teléfono al director del diario que su compañía publicaba en Washington y le interpeló:

—¿Por qué publicó usted ese artículo de Fulano?

—Para que apareciera en letras de molde —repuso tranquilamente el de Washington.

—Es muy justo —convino Howard.

Y colgó el aparato.

— Robert Ruark, United Feature Syndicate

En una reunión del mundillo literario, ofrecida en Nueva York en honor de la escritora Dorothy Rodgers, para festejar la aparición de su nuevo libro *My Favorite Things*, se aproximó a la agasajada la esposa de Vincent Sardi, dueño de un famoso restaurante, y le dijo:

—Dorothy, me encantó tu libro; se lo he estado prestando a todas mis amigas.

—Muchas gracias —repuso la Rodgers—. Por mi parte, voy a preparar un buen almuerzo para todas mis amigas y nos lo iremos a comer al restaurante Sardi. — G. T.

El presidente de Turquía, Cemal Gursel, salía del edificio del parlamento en Angora, sonriendo con orgullo porque iba en un automóvil que era el primero hecho en su país; un chofer llevaba el volante. Escasamente 100 metros más adelante la sonrisa de Gursel se le convertía en ceño al advertir que el motor lanzaba un sordo resoplido y dejaba de funcionar. "Hicimos este automóvil con la parte occidental de nuestro cerebro", le dijo al chofer con acritud, "pero con la parte oriental se nos olvidó ponerle gasolina". — *Time*



El ex-alcalde neoyorquino Fiorello La Guardia observó cierta vez: "No importa que queme mis naves tras de mí, porque nunca retrocedo".

El humorista canadiense Stephen Leacock decía: "Confieso que soy de aquellas personas que jamás contemplaría a una oropéndola en el acto de hacer su nido, a menos que lo hiciera en mi sombrero, en el vestuario del club".

La conocida actriz Helen Hayes cuenta que su difunto esposo, el comediógrafo Charles MacArthur, solía hacer burla de la costumbre que ella tenía de aceptar todas las invitaciones que se le hacían para contribuir a todo género de causas. Su marido le dijo alguna vez que haría tallar en la lápida de la tumba de la actriz esta leyenda: "El Señor telefoneó, y Helen respondió: Sí, por supuesto que iré".

— E. W.

Una noche el humorista Ring Lardner, cuando era todavía un periodista pobre, estaba tomando unas copas en su taberna favorita. Uno de los parroquianos de la cantina se quejaba amargamente de su esposa:

—Es una mujer demasiado ambiciosa —decía—; quiere que yo gane fama y dinero, para bien de los niños. Yo sostengo que las riquezas y la fama perjudican a los hijos. Si un hombre es adinerado, el caudal los echa a perder; si es famoso, los pequeños no hacen más que existir a su sombra.

Lardner asentía con la cabeza:

—Tienes mucha razón —le dijo—. Y me siento muy satisfecho de pensar que soy un desconocido y que no tengo ni un centavo. Ningún hijo mío podrá decir que no le proporcioné todas las ventajas imaginables.

— E. E. F.

El pasado noviembre, un grupo de adolescentes que celebraban alegremente el día de Todos los Santos, se introdujeron en el estudio del pintor Andrew Wyeth, en un pueblo de Pensilvania, y destrozaron la colección de trajes históricos del artista, piezas escultóricas y lámparas, y salpicaron de pintura las paredes. Wyeth se negó, sin embargo, a presentar acusación alguna contra los jóvenes vándalos. En vez de ello, los invitó a su casa a charlar con él, y a los ocho que se presentaron les perdonó su acción cuando le pidieron excusas y le prometieron hacer lo que pudiesen a fin de reparar los daños causados, que montaban a 2000 dólares. Más tarde Wyeth comentó: "Esto me ha dejado una honda impresión de tristeza al percatarme del fracaso de quienes somos responsables, en cierto modo, de la suerte de esos adolescentes. Me dijeron que no tenían nada que hacer, y por mi parte tengo una profunda fe en el incalculable valor del tiempo y del uso creador que se le puede dar".

— *Time*

El actual presidente de México, Gustavo Díaz Ordaz, al aceptar la candidatura prometió que su gobierno "protegería y garantizaría todas las libertades menos una: la libertad de suprimir otras libertades". Se espera que la orientación política de Díaz Ordaz sea moderada, sin tolerar extremismos por parte de la derecha o de la izquierda. Una vez observó: "Me gusta proceder como un submarino guiado por *sonar*: cuando capto ruidos tanto de la derecha como de la izquierda, sé que mi derrotero es el correcto".

— *Times*, de Nueva York

EL PRINCIPE DE LOS LADRONES

(Biografía de George Manolesco, alias *Duque de Otranto*, alias *Príncipe Lahovary*)

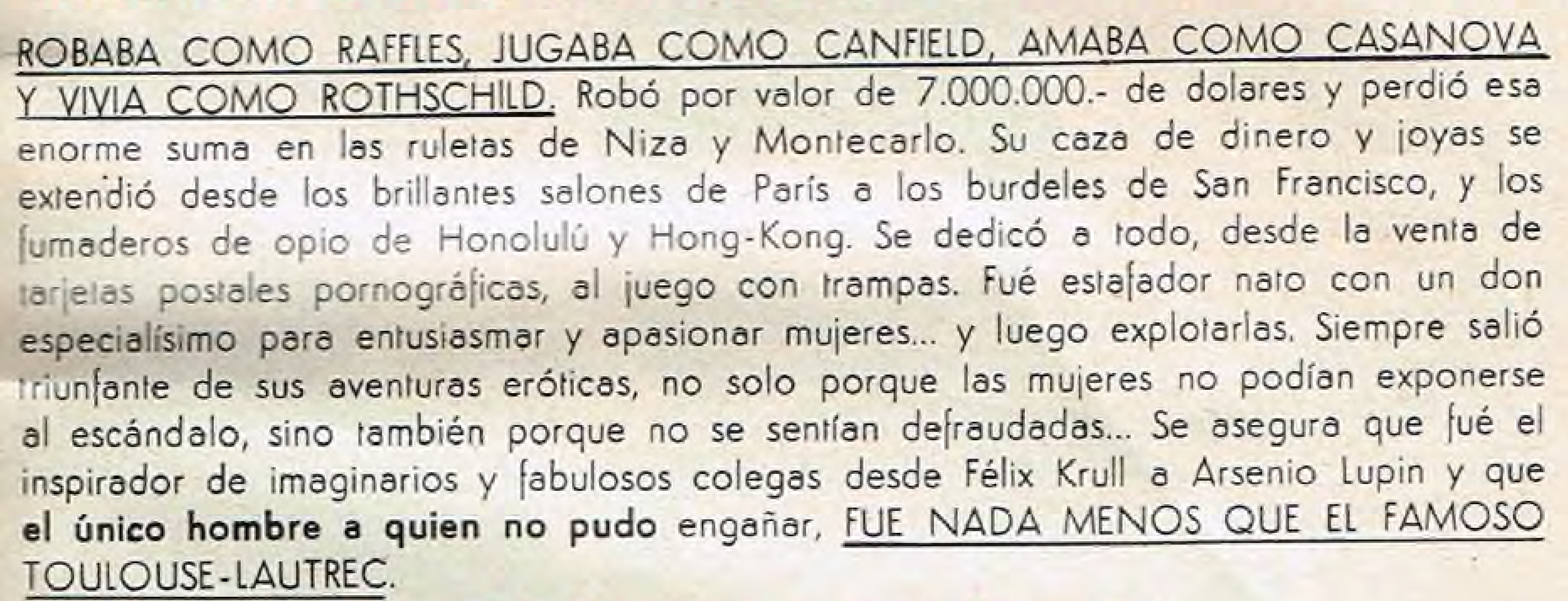
por J. J. LYNX

J. J. LYNX
EL PRINCIPE DE LOS LADRONES
(Biografía de George Manolesco, alias Duque de Otranto, alias Príncipe Lahovary)
EDICIONES SELECTAS

RELATO DE LAS ESCANDALOSAS Y FANTASTICAS AVENTURAS DEL AUDAZ Y EXPERTO DELINCUENTE, QUE BURLO A



POLICIAS Y ARISTOCRATAS DE PRINCIPIO DE SIGLO Y SEDUJO A UNA VERDADERA LEGION DE HERMOSAS Y ACAUDALADAS MUJERES



ROBABA COMO RAFFLES, JUGABA COMO CANFIELD, AMABA COMO CASANOVA Y VIVIA COMO ROTHSCHILD. Robó por valor de 7.000.000.- de dolares y perdió esa enorme suma en las ruletas de Niza y Montecarlo. Su caza de dinero y joyas se extendió desde los brillantes salones de París a los burdeles de San Francisco, y los fumaderos de opio de Honolulú y Hong-Kong. Se dedicó a todo, desde la venta de tarjetas postales pornográficas, al juego con trampas. Fué estafador nato con un don especialísimo para entusiasmar y apasionar mujeres... y luego explotarlas. Siempre salió triunfante de sus aventuras eróticas, no solo porque las mujeres no podían exponerse al escándalo, sino también porque no se sentían defraudadas... Se asegura que fué el inspirador de imaginarios y fabulosos colegas desde Félix Krull a Arsenio Lupin y que **el único hombre a quien no pudo** engañar, FUE NADA MENOS QUE EL FAMOSO TOULOUSE-LAUTREC.

LEA esta obra deliciosamente apasionante

Suscribiéndose al

"CIRCULO LITERARIO"

Que le ofrece los siguientes beneficios:

Elige el libro más interesante que se edita cada mes. La suscripción es gratuita, sin cuota de ingreso o gasto alguno. Los libros serán enviados a su casa por correo certificado, sin ningún recargo y después los abona. El suscriptor no está obligado a comprar un libro mensual, cada mes recibe gratis el boletín mensual en el que se le informa sobre el libro seleccionado para que decida si desea recibirlo, el libro se le remite si no ordena lo contrario.

LIBROS LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS QUE LE PERMITIRAN FORMAR UNA SELECTA BIBLIOTECA

ENVIE ESTE CUPON AHORA MISMO

CIRCULO LITERARIO - *Lavalle 1454 - T. E. 40 - 3618*

Sírvase anotarme como suscriptor del Círculo Literario y enviarme como mi primera Selección "EL PRINCIPE DE LOS LADRONES" por J. J. Lynx por la cual abonaré m$n. 340.-

Nombre ....

Calle y N .... T.E. ....

Localidad .... F.C. ....

Provincia ....

Firma .... S 8


Los sentidos experimentan exquisito halago: color, aroma, sabor. Privilegio de los vinos de noble origen que los años han elevado a la más alta alcurnia. Añeja nobleza del sabor que exalta cada momento...
PUENTE VIEJO - BROQUEL - FOND DE CAVE, tintos. Origen Trapiche: vinos de nobles viñas.
Benegas Hnos. y Cía. Ltda. - Casa Fundada en 1883.
cálida armonia vibrando en cada copa...

Manos tendidas a través de los mares

La ayuda exterior a las naciones en vías de desarrollo ya no es un monopolio de los Estados Unidos. Informe sobre los progresos de la ayuda de unas naciones a otras.

Por James Daniel

En Guinea se está construyendo un acueducto de 950 kilómetros de largo para llevar agua potable desde la montaña a la populosa ciudad de Conakry. En Tailandia se edifica una presa cuya agua generará 25.000 kilovatios para los hogares y las industrias, y regará después tierras que es urgentísimo cultivar. En Pakistán circulan autobuses por viejas calles recorridas durante siglos por carretas de bueyes. En Tangañica la nueva vía férrea terminada hace poco ha abierto el fértil valle de Kilombera al cultivo de la caña de azúcar.

Todo esto es ayuda exterior efectiva... y no precisamente ayuda exterior de los Estados Unidos. La realidad es que hay muchas naciones dedicadas a prestar auxilio a otros países. En concesiones y préstamos, los gobiernos de las naciones industrializadas del mundo libre distribuyen a los países insuficientemente desarrollados más de 6000 millones de dólares al año. El 38 por ciento de esta suma lo aportan otras naciones que no son los Estados Unidos.

Considerada en proporción a sus recursos, la asistencia económica que han prestado varios países ha igualado y aun superado a la de los Estados Unidos. Francia, por ejemplo, concedió en 1963 ayuda exterior por un total de 1074 millones de dólares (incluidas en esa suma la ayuda oficial del gobierno y la inversión privada). Esta cifra equivalió a la cuarta parte de

los créditos e inversiones facilitados por los Estados Unidos, pero la producción de Francia es como la octava parte de la estadounidense. En el mismo año, Portugal, mucho más pobre que Francia, tan sólo a la ayuda oficial dedicó la cifra sin precedente del 1,89 por ciento de su producto nacional bruto. Hasta Bélgica marchó en proporción por delante de los Estados Unidos.

Considerando el factor préstamo en la ayuda exterior, los Estados Unidos siguen siendo la fuente más abundante de crédito fácilmente accesible, pues presta anualmente más de mil millones de dólares, muchas veces con un interés simbólico de menos del uno por ciento. (Otros países han asignado por lo general a sus préstamos un tipo de interés del tres al seis por ciento, o aun más alto.) Además los Estados Unidos destinan el 9,4 por ciento de su producto nacional bruto a gastos militares para defensa del mundo libre, mientras que sus aliados dedican a la defensa el 4,7 por ciento.

Muchos de los aliados de Norteamérica, sin embargo, participan plenamente en grandes obras. Por ejemplo el Canadá, que ha hecho construcciones y ha ayudado en el financiamiento de 36 millones de dólares para el sistema hidroeléctrico y de riego de Warsak, en el río Kabul de Pakistán, cerca del histórico paso de Khyber. Los canadienses tienen hoy en marcha 75 obras importantes en todo el mundo.

Los ingenieros ferroviarios franceses emprendieron la tarea de modernizar los ferrocarriles eléctricos en la India. Aparte de haber proyectado el nuevo sistema y de haber adiestrado a los inspectores, mecánicos y conductores hindúes, Francia construyó la tercera parte de las locomotoras y algo de equipo de otra clase. Expertos administradores enviados por los ferrocarriles franceses consiguieron que las obras quedaran terminadas en tres años, plazo que es la mitad del calculado para realizar un trabajo similar en Europa. Y se sigue trabajando en la obra.

Hace diez años Alemania Occidental estaba entre los países que recibían asistencia económica; hoy la da a más de 90 naciones. He aquí algunos ejemplos de la ayuda alemana: un sistema perfeccionado de teléfonos para Corea del Sur; construcción de tres presas para riego en Túnez; ampliación de las instalaciones portuarias en Ceilán.

Una de las causas que explican el auge de la ayuda del mundo libre es la bonanza económica de Europa Occidental, los Estados Unidos y el Japón. Estos países han descubierto que las misiones de ayuda exterior fomentan a menudo, en las naciones nuevas, ciertas necesidades más complicadas que las obligan a importar más artículos de los países industrializados. Además, con los programas de ayuda, las que fueron potencias coloniales siguen presentes en lo económico en sus antiguas colonias.

garantía absoluta para eliminar la caspa

ENDEN se vende en frascos y potes ...y ahora también para su comodidad en económicos sachets.

ENDEN

UNICO ANTICASPA ACTIVO CON EFICACIA COMPROBADA EN EL 99% DE LOS CASOS.



ENDEN ES UN PRODUCTO HELENE CURTIS

RAMBLER CLASSIC CUSTOM *

Un concepto totalmente nuevo en diseño y estilo automotriz!

Auténticamente nuevo en todo, desde su nueva parrilla de aluminio extruido, con faros dobles, hasta sus nuevas luces de cola, de visión lateral, el nuevo Classic Custom define un nuevo y avanzado concepto en materia de diseño y estilo automotriz. Todo en él se combina con acierto para lograr una acabada conjunción de valores estéticos, técnicos y de confort, verdaderamente insuperables: 11 nuevos colores en pintura esmaltada; tapizados de gustos exclusivos; excepcional amplitud interior; vidrios curvos; revolucionario motor Tornado-Jet de 145 HP., con válvulas y árbol de levas a la cabeza, levas de doble acción, cámara de combustión esferoidal, alternador, y otros adelantos técnicos que lo consagran como uno de los motores mas avanzados del mundo! Visite al Concesionario Rambler más próximo, solicite una demostración de manejo, y comprobará que ahora, más que nunca, Rambler es... más coche!

* También disponible en modelo De Luxe

Producto de calidad de Industrias Kaiser Argentina - Miembro de ADEFA

NUCLEO



Otra causa es que a finales del decenio de 1950 Washington dijo francamente a sus aliados europeos que había llegado la hora de derramar su prosperidad, estimulada por el Plan Marshall, entre las naciones más pobres de Asia, África y Sudamérica. Además de estar sinceramente preocupado por los peligros políticos y sociales que entraña la acentuación del contraste de la riqueza con la pobreza, a Washington le preocupaba también el desequilibrio de su balanza de pagos.

Para que su petición resultara eficaz, los Estados Unidos exigieron que, en adelante, los dólares facilitados como ayuda económica se destinaran a hacer compras en los mismos Estados Unidos. Las naciones beneficiarias del dinero donado por los norteamericanos no pudieron, pues, comprar con él los productos comerciales de otros países industrializados, y así se vieron obligados estos últimos a aumentar mucho su ayuda para mantener las exportaciones.

En 1961 Alemania, Bélgica, Canadá, Estados Unidos, Francia, Holanda, Inglaterra, Italia, Japón y Portugal crearon el Comité de Asistencia para el Desarrollo (DAC), en el seno de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OECD). En 1962 se adhirió Noruega, y Dinamarca en 1963. Los objetivos del DAC son, además de convencer a las naciones ricas para que exporten más capital a los países pobres, instar a los afiliados para que no malgasten la ayuda financiando obras improductivas, para que alienten a la inversión privada y se aseguren de que los países subdesarrollados no vayan a quedar gravados con más deudas que las que puedan pagar.

El DAC maneja la ayuda exterior con moderación y prudencia. En opinión de sus funcionarios, la ayuda es inútil cuando el país que la recibe no tiene ciudadanos capacitados, gobierno estable y un sistema social favorable al trabajo y al progreso. Especialmente detesta el DAC las obras que sólo se hacen para dar prestigio y halagar la vanidad de los gobernantes, como puede ser, por ejemplo, una fundición de acero donde no haya mineral de hierro o consumidores del metal. Y tampoco es amigo de los que, aprovechándose de la guerra fría, amenazan con pedir ayuda a los comunistas si el mundo libre no quiere apoyar económicamente al dictador de una nación para que construya una presa, pongamos por caso.

Hay dos declaraciones que resumen la actitud fundamental del DAC. Una de ellas es de Thorkil Kristensen, economista y ex-ministro de Hacienda de Dinamarca, que desempeña el cargo de secretario general de la OECD: "Muchos de los errores que se han cometido en la ayuda exterior", me decía, "derivan del afán de hacer primero las cosas que se pueden exhibir en fotografías, sin cuidar que se hagan

...y el más pequeñito se lo comió

Swift seleccionó, como le gusta a mamá, carne tierna de primera . . . y algo más, que mamá desearía hacer siempre, fue a buscarla al campo —el lugar de origen— para garantizar su frescura.

Swift puso la carne en una gran cocina. Allí, personas que conocen a fondo nuestro gusto crearon algo muy apetitoso: Viandada Swift. Se la presentaron a mamá en un envase científicamente estudiado que guarda celosamente toda la pureza del sabor.

Y mamá, que sabe de las cosas buenas, reconoció inmediatamente esa tradicional "mano case-
ra" de Swift. Llevó a su hogar
Viandada Swift; en pocos minutos
reparó el plato más rico, lo puso
la mesa delicioso de gusto y
lor . . . y desde el más peque-
, toda la familia se lo comió.

SIRVA BIEN SIRVIENDO

Swift



antes todos los preparativos necesarios". La otra es de Willard Thorp, profesor de economía del Colegio Amherst y presidente de la junta del DAC. Después de señalar que ciertos gobernantes de países nuevos prefieren conseguir o disfrutar sus cargos, o ensanchar sus territorios, antes que mejorar en el orden económico, dijo Thorp: "Para empezar, lo mejor que se puede hacer en muchos de estos países es aumentar el número total de personas que tengan título universitario. Si cuentan con cinco graduados, que haya diez".

Ajustándose a este criterio de dar preeminencia al elemento humano sobre los planes y el dinero, algunas naciones auxiliadoras se dedican a impulsar los programas educativos. A las universidades francesas, por ejemplo, además de los mil estudiantes becados de las antiguas colonias, acuden todos los años 3500 *stagiaires* (aquellos que se preparan para un trabajo trabajando en él) con la idea de que estudien y trabajen en Francia en muchas ocupaciones que pueden ir desde el servicio en las emisoras de radio hasta el mantenimiento de faros. Uno de los objetivos importantes es inculcar nuevos métodos, hábitos y actitudes de trabajo que los educandos, al volver a su patria, enseñarán a sus conciudadanos. Así pueden lograr que éstos superen su apatía.

Uno de estos *stagiaires* es Gérard Jérôme Nana, joven de 22 años, natural del Camerún, a quien entrevisté en la fábrica de coches Renault, cerca de París. Con otros cinco jóvenes africanos tiene un turno de nueve horas de trabajo y estudio en la fábrica, asiste los sábados a cursos extraordinarios y dedica frecuentemente sus vacaciones a trabajar como mecánico en varios garajes de París para aumentar sus ingresos. Su contacto diario con una sociedad industrial moderna ha inspirado en Gérard el celo del apóstol.

"Fíjese usted por ejemplo", me decía, "en la puntualidad para acudir al trabajo. Si en mi país nos dice un jefe francés que vayamos todos a trabajar al día siguiente a la hora en punto, para poder terminar lo que haya que hacer, comentaremos que el antiguo amo de la colonia quiere seguir explotándonos. ¡Qué distinto sería si comprendieran que el retraso de un solo hombre puede mermar la producción de toda una fábrica!"

En total son 17 los países que, en estos últimos años, han instituido programas de ayuda o les han dado más vigor. Como norma muy general, las Naciones Unidas proponen que los países con recursos dediquen por lo menos el uno por ciento de su producto nacional bruto para el desarrollo económico de las naciones que no tienen medios suficientes, en la forma mixta que elijan de inversión oficial y privada. Los siguientes son algunos de los porcentajes de la ayuda facilitada por los gobiernos de las naciones asociadas al DAC: Portugal 1,89;

Lo que Ud. debe saber antes de elegir un recorrido por Europa.

Hay cuatro puntos de vista a considerar: alojamiento, comidas, paseos y transporte terrestre.

Usted puede tener en Europa una "gira básica" por $5 dólares diarios... si quiere compartir el baño con algunos pasajeros.

La comida es otro cuento. Si su gira no incluye alimentación, recuerde que eso le costará tanto o más que el alojamiento.

¿Le proveen guías de habla castellana en *todo* el trayecto? ¿Ingresos a atracciones turísticas? Es posible que la "ganga" no contemple estos detalles.

Otro gasto oculto es la movilización de una ciudad a otra. También impuestos. Y propinas. Sume los "extras" y su gasto promedial puede tranquilamente pasar de $20 dólares diarios.

¿Entonces por qué no elegir un plan más práctico desde el comienzo?

Pan American puede darle un elegante paseo europeo por $14 dólares diarios, con su Excursión Fabulosa *Europa 14* que incluye:

- Habitación doble con baño privado
- Todas las comidas (salvo en París y Roma)
- Guías de habla española
- Excursiones locales
- Traslados aeropuerto/hotel
- Autopulman de lujo
- Ferrocarril de primera reservado y coche cama
- Impuestos y propinas

Europa 14 cubre veintinueve ciudades en Portugal, España, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza, Austria e Italia. Hay extensiones optativas a Inglaterra, Escandinavia y Tierra Santa.

El circuito demora 51 días, pero se pueden tomar sectores mínimos de 20 días, desde y hasta las ciudades que usted quiera.

En 26 lugares de Europa le espera un Jet Clipper® para el regreso, sin pérdida de tiempo ni repetición de rutas.

Para su vuelo y el plan *Europa 14* le daremos facilidades de pago. Llame al Agente de Viajes o a Compañía de Aviación Pan American Argentina, S.A.

Buenos Aires: Roque Sáenz Peña 788, Tel. 45-0111; Plaza Hotel, Tel. 32-2355
Córdoba: 25 de Mayo No. 18, T.E. 39638
Mendoza: Espejo 167, T.E. 12208
Rosario: Córdoba 1060, T.E. 23283
Mar del Plata: Libertad 6175



La Línea Aérea de Mayor Experiencia en el Mundo

Primera en América Latina . . . Primera sobre el Atlántico
Primera sobre el Pacífico . . . Primera Alrededor del Mundo

Francia 1,27; Bélgica 0,76; Estados Unidos 0,72.

Albert Bougeant, afiliado a la asociación francesa de los Voluntarios del Progreso y hombre que ha consagrado dos años de su vida a una primitiva aldea de la abrasada África Ecuatorial, caracteriza así la actitud mental que ha hecho posible el auge de la ayuda exterior: "Creo que en este mundo a todos nos cabe una pizca de responsabilidad por lo que les ocurra a los demás".

Caricaturas

EL MARIDO a la esposa, al ver llegar a una bien formada vecina: "Antes me horrorizaba el invierno, pero desde que inventaron los pantalones elásticos, ya no me incomoda tanto". —B. B.

LA MUJER al marido que sale de cacería de venados con un grupo de amigos: "Un momento, Fernando... ¡No olvides tu credencial del seguro médico!" —A. K.

UNA MATRONA que ve la televisión con su consorte: "Nuestro matrimonio anda de capa caída, Edmundo; ¡Ya no me hablas durante los anuncios comerciales!" —Censoni

LA PROFESORA, al pequeño alumno que le presenta una petición para que la firme: "Lo siento, Tomasito: no puedo firmar este convenio de suspensión de exámenes". —N. O.

EL INSTRUCTOR de esquí, al alumno: "Lo primero que hay que tener presente es que el cuerpo humano tiene 206 huesos". —Hilton

EN UN restaurante muy elegante, la esposa al marido: "Dime, ¿puedo pedir lo que quiera, o lo que cueste tendrá que salir del gasto diario?" —G. D. A.

TRAS de hacer un complicado arreglo al coche de un médico, le dice el mecánico a éste: "¡Lástima que no haya seguro social para automóviles! ¿eh, doctor?" —B. B.

DESPUÉS de una gran nevada dice la esposa al marido, que recoge la nieve a paletadas: "Trata de pensar que en cada copo tienes un amiguito vestido de blanco". —B. B.

OTARD-DUPUY
RESERVA SAN JUAN



Reloj de porcelana del período isabelino, **simbolo** *de la hora romántica en que florecieron los Víctor Hugo, los Espronceda, los Byron, y los Bécquer.*

simbolo en coñac

* * * * * * * * * * *

Así es la vida

* * * * * * * * * * *

El tráfico era intenso. De pronto el agente de policía que estaba en la intersección levantó la mano enguantada de blanco, y un automovilista aplicó el freno bruscamente. Con asombro, el conductor vio que el policía le indicaba que se acercara. Inquieto, puso su auto en marcha, y cuando llegaba al centro de la intersección, el guarda lo hizo detenerse de nuevo. Sin mirar siquiera al ocupante del vehículo, el agente puso un pie en el parachoques y procedió a anudarse el cordón del zapato. Al terminar, se apartó a un lado y con un ademán ordenó al del coche que siguiera adelante. — I. H. W.

Siendo enfermera de la sección de obstetricia de un hospital, observé con interés que una señora que había dado a luz su sétimo hijo recibía un ramo de siete rosas encarnadas entre las que aparecía un clavel blanco. Le pregunté si esto tenía algún significado especial.

—Habíamos resuelto tener ocho hijos —me explicó—. Al nacer el primero, mi marido me dio un ramo de siete claveles blancos con una rosa roja. Después, cada vez que daba a luz, las rosas iban aumentando y los claveles disminuyendo en proporción. Ahora sólo nos queda un clavel blanco por remplazar.

¡Esta sí que podía tenerse por una familia planificada! — Sra. J. L.

Días antes del picnic anual de nuestra iglesia, los miembros más alborotadores de la congregación le obsequiamos al ministro un sombrero de paja, cuyo cintillo llevaba diversos dibujos que representaban una lata de cerveza, un par de dados, una cimbreante bailarina de "hula", y otras cosas incluidas entre las que se consideran "pecaminosas". Le dijimos al reverendo que si usaba el sombrero durante el almuerzo campestre, nosotros le prometíamos no faltar a los servicios dominicales durante los seis meses siguientes.

Y el ministro se presentó en el picnic con el sombrero. Sin embargo, le había hecho una ligera modificación con la que resultaba completamente aceptable... y con la que nos puso en nuestro lugar. Le había añadido un pequeño letrero que decía: "Abstente de..." — K. T.

El dueño de la radiodifusora local, que era agricultor, y yo, estábamos pensando qué hacer con los centenares de discos que nos habían enviado como propaganda de las canciones que contenían, canciones carentes de todo atractivo. Recordando cuánto me divertía en mi niñez lanzar al aire las tapas de las

latas de café, le aconsejé que se llevara a casa aquellos discos para que su hijito jugara con ellos.

Al día siguiente, camino al trabajo en la emisora, pasé por la granja y vi al chico en el potrero. Estaba lanzando los discos al aire, haciéndolos girar, ¡y su padre, de pie a su lado, los hacía pedazos a tiros de escopeta! —F. P.

Los DOS empleados de la gasolinera cayeron sobre mi coche. Uno de ellos comenzó a llenar el tanque de combustible. El otro, muy diligente, se puso a comprobar el nivel del aceite y del agua, a limpiar el parabrisas y los cristales de las ventanillas, y luego a medir la presión de aire de los neumáticos. Después tomó la escoba y activamente se aplicó a barrer el lugar.

Su compañero, que seguía echando gasolina, indicó con la cabeza al de la escoba y comentó:

—No hay modo de aquietar a ese muchacho. Desde que comenzó a trabajar aquí hace quince días, no descansa un momento.

—Lo felicito —le dije—: es el tipo de empleado que a cualquier administrador le gustaría tener a su servicio.

—Sí, pero lo malo es que yo no soy el administrador —replicó con acento lastimero. —C. R. B.

A MI MARIDO le disgusta muchísimo ayudarme a fregar los platos, pero después de seis años de matrimonio ya me he acostumbrado a que así sea. Por eso pude aceptar de buen humor la considerada propuesta que me hizo en mi día onomástico, cuando nos preparábamos a salir muy temprano.

—Ya que hoy es tu santo —me dijo—, ¿por qué no dejas los platos para mañana? —B. M. P.

ESTÁBAMOS sentados en el jardín de un amigo nuestro, disfrutando de la cálida noche de primavera y de la luna llena. A cada rato mi amigo se levantaba, iba hasta el borde del lugar (a unos tres metros de distancia) y se inclinaba a recoger algo que inmediatamente volvía a dejar en el suelo. Intrigado, le pregunté qué estaba haciendo.



Algo corrido me contestó: "Cuando riego el jardín, las ranas se llegan hasta aquí para disfrutar del agua. Las jóvenes pueden saltar fácilmente sobre la orilla del jardín, pero a las más viejas les cuesta algún trabajo . . . Así que les echo una mano". —P. W. Y.



jabón - brillantinas - talco y creaciones exclusivas para caballeros: fijador - crema de afeitar - loción para después de afeitarse.

lavanda inglesa

ATKINSONS

...CREADA POR J. & E. ATKINSON, DE LONDRES

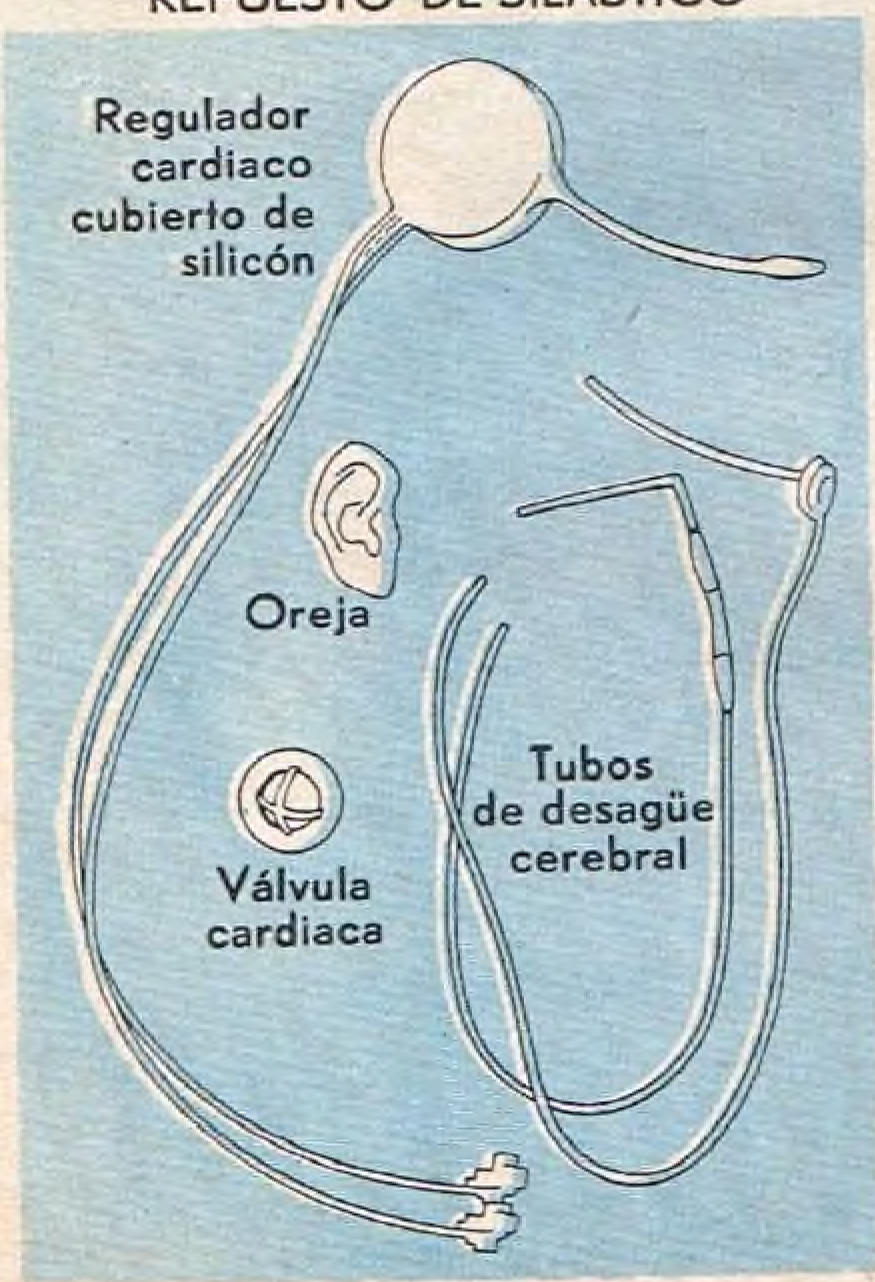
LAV-31

Repuestos de plástico para el cuerpo humano

Mediante materiales sintéticos de reciente creación, los cirujanos pueden hoy sustituir o reparar un número cada vez mayor de órganos enfermos.

CONDENSADO DE "TIME"

REPUESTO DE SILÁSTICO



TENDRÁ que trascurrir mucho tiempo todavía para que el primer hombre dotado de un corazón artificial camine por las calles sobre piernas artificiales, respire con pulmones artificiales mientras su sangre circula por largos tramos de arterias artificiales y sus toxinas metabólicas se filtran a través de un riñón artificial interno, a la vez que él admira el paisaje por medio de córneas artificiales. Quizá nadie llegue a disfrutar jamás de todos estos beneficios de la aloplastia (tipo de cirugía en la que se emplean materiales extraños para remplazar partes naturales del organismo); sin embargo, en poco tiempo habrá mucha gente que tenga adaptado uno o más de esos artefactos.

Durante miles de años, la ciru-

gía reconstructiva se limitó a usar materiales tan obvios y asequibles como madera, huesos y marfil, que por lo general el organismo rechaza rápidamente.

Luego, los médicos recurrieron a los metales. Pero fue la multiplicación de los materiales plásticos sintéticos la que hizo posible el rápido desarrollo actual de la aloplastia. La mayoría de los materiales que se prefieren hoy día son los polímeros (fundamentalmente moléculas comunes enlazadas en estructuras complejas poco comunes), como el nilón, el dacrón y el plexiglás. Sin embargo, los más utilizables son los silicones, que pueden ser sólidos o de consistencia viscosa como el aceite para motores.

Hasta el cerebro, no obstante su hipersensibilidad, responde favorablemente a la aloplastia. Hace apenas diez años, un niño que tuviera hidrocefalia (exceso de líquido en el cráneo) estaba condenado a ser retardado mental o a morir tempranamente. Hoy día, unos 75.000 jovencitos tienen insertado un tubo de silástico que les resuelve el problema de desagüe del cerebro. El tubo de silástico (marca de fábrica de los silicones para usos médicos que produce la Dow Corning Corp. de Míchigan) mide de 46 a 60 centímetros de largo y sólo 1,6 milímetros de diámetro; se introduce debajo de la piel, atrás de la oreja y a lo largo del cuello hasta un punto en que se une a la vena yugular interna. De esta

manera, el exceso de líquido intracraneal pasa poco a poco al torrente sanguíneo, donde el organismo lo elimina con facilidad.

Otro preparado de silástico, que semeja una hoja de papel encerado, sirve para corregir un tipo diferente de afección cerebral: cuando se destruye o lesiona una parte de la cubierta cerebral, que por cierto es parecida al pergamino, mediante una capa de silástico reforzada con dacrón se impide la hernia de los tejidos o la salida de los líquidos cerebrales.

El Dr. Bertram Selverstone, de la Universidad Tufts, practica una operación de selladura todavía más delicada, después de abrir el cráneo de los enfermos que padecen aneurisma (dilatación) de una arteria cerebral. Para sellar o evitar una ruptura, cubre por medio de un atomizador la arteria con una mezcla de materias plásticas que le dan un revestimiento seco y delgado parecido al papel plástico para envolturas. Luego aplica una segunda capa, empleando una nueva epoxirresina de fraguado rápido. La doble capa tiene la solidez deseada. Ya hay más de cien enfermos que viven gracias a que les parcharon reventones en el cerebro.

A pesar de que el corazón es un órgano robusto y musculoso, no tolera bien los materiales extraños. En 1952, el Dr. Charles Hufnagel, cirujano de Washington, superó esa intolerancia al insertar las primeras válvulas aórticas artificiales, que hizo con una esferita de ple-



xiglás que corría dentro de un tubito del mismo material. La esferita se hizo después de silástico, y en lugar del tubito se usó una especie de jaula en la que sube y baja una bolita de silicón. El Dr. Albert Starr, de la Universidad de Oregón, ha instalado 33 de esas válvulas en 11 enfermos, tres a cada uno, en sustitución de válvulas aórticas, mitrales y tricúspides.

Más recientemente, el Dr. Vincent Gott y el profesor de ingeniería Ronald Daggett, ambos de la Universidad de Wisconsin, fabricaron válvulas como alas de mariposa, hechas de teflón, que se parecen más a las naturales. El esfuerzo que se exige al material plástico de esas válvulas es tremendo: las membranas deben plegarse en un sentido y otro 40 millones de veces por año. Con todo, ya se han instalado en 42 enfermos y algunas llevan funcionando 22 meses.

Para sustituir o derivar la circulación de arterias principales, a menudo se emplean injertos de tejidos de dacrón, como ocurrió el pasado diciembre en la operación que le hicieron al duque de Windsor. En la actualidad, más de 10.000 enfermos tienen injertados bajo la piel del abdomen, y conectados al corazón, estimuladores eléctricos para regular o remplazar los latidos de un corazón vacilante.*

Los riñones artificiales que se usan hoy son del tamaño de una lavadora de ropas, pero los ingenieros especialistas en cuestiones médicas esperan inventar uno que pueda colocarse dentro del cuerpo. Sus esperanzas se fundan entre otras cosas en el material plástico llamado polivinil o pirroidón (PVP), muy usado como fraguador de las lacas que las mujeres se ponen en el peinado con atomizadores. Las membranas hechas de PVP permiten que las sustancias tóxicas de la sangre pasen al agua de purificación del riñón artificial casi tres veces más rápidamente que las membranas de celofán empleadas en la actualidad. El PVP tiene otra ventaja en un riñón postizo: como el silástico, parece ser compatible con la sangre y no suele provocar la coagulación.

Para sustituir huesos en 700.000 operaciones que se practican cada año en los Estados Unidos, los cirujanos disponen ahora de una provisión inagotable de huesos de becerro tratados especialmente para eliminar de ellos toda proteína peligrosa. Los Laboratorios E. R. Squibb & Sons anunciaron que el gobierno de ese país aprobó por primera vez el empleo de huesos de becerro esterilizados y envasados al vacío, que además pueden conservarse a la temperatura ambiente.

Como las córneas humanas trasplantadas no siempre conservan su trasparencia, el Dr. William Stone, hijo, ingenioso cirujano oftalmó-

*Véase *Reguladores electrónicos del ritmo cardiaco* en SELECCIONES de febrero de 1964.

JOHNSON ADVERTISING

Sí... pero con GILBEY!





GILBEY EL GIN INTERNACIONAL
Delicioso con
CINZANO y CINZANO ORO

Es riquísimo... Quesito ADLER para untar!

e conocen de lejos por su caja triangular. Un envase inconfundible para na calidad incomparable. Quesitos ADLER, calidad a simple vista. Corte na porción y verá la diferencia: manteca pura y abundante crema fresca. Realnente, ADLER es... otra cosa!



puro... con abundante crema fresca.

delicado... con legítimo Champignón importado.

especial... con auténtico Roquefort seleccionado.

sabroso... con trocitos de finísimo salame.

Quesitos
ADLER
para untar

iempre en su caja triangular quesitos ADLER para untar.

logo, ha ideado un injerto corneal correctivo de material plástico. La parte externa de la córnea trasplantada, aun estando turbia, puede quedar en su lugar. El Dr. Stone extirpa la mayor parte del engrosamiento central y coloca en su lugar una angosta córnea artificial, hecha de metacrilato polimetílico rodeado de un borde de teflón. El centro mismo del injerto se coloca como si fuese un tornillo para poder retirarlo y facilitar el tratamiento de complicaciones dentro del ojo. En cuanto al interior del globo ocular, donde el humor vítreo puede enturbiarse o escaparse por alguna lesión, un cirujano está utilizando un silicón espeso como melaza fría.

Para sustituir tejidos relativamente insensibles o de fácil acceso, los especialistas en cirugía plástica tienen a su disposición una amplia variedad de materiales. Esculpen esponja silástica para darle la forma de una oreja y luego la cubren con injertos de piel. Para las mujeres que han sufrido la extirpación de un pecho canceroso, se hacen mamas artificiales con sacos suaves de caucho y silicón, rellenos de un gel, también de silicón, y revestidos de un forro de dacrón con el que se adhieren a la pared torácica.

Hay algo irónico: una de las pocas partes del organismo para la cual el ingenioso cerebro humano no prevé posibilidad alguna de sustitución por materiales plásticos es el cerebro mismo.

La voz de la experiencia

La veterana actriz Thelma Ritter le decía a su hija, al debutar esta en el cine: "Debes estar siempre lista a aprovechar la oportunidad que tal vez nunca se presente". — E. W.

Durante su carrera, la cantante francesa Edith Piaf amadrinó a muchos cantantes compatriotas suyos a quienes ayudó a alcanzar la fama. Cierta vez comentó que cuando está uno arriba "debe mandar el ascensor abajo para que otros puedan subir". — *Times* de Nueva York

El actor Yul Brynner ha dicho: "Cuando me muera y me entierren quiero que escriban sobre mi lápida: *He llegado*, porque el que se cree que ha llegado es hombre muerto". — P. B.



Dos cosas denuncian debilidad de carácter: callar cuando conviene hablar, y hablar cuando es preciso callar. — Proverbio persa

Loción

VIEJA LAVANDA

FULTON

TAL PARA UD... Y ESTA BIEN QUE ASI SEA

resca, digna,
sponde a lo que usted aspira
rque posee elocuencia y la expresa con sobriedad.
municativa y dinámica, Vieja Lavanda Fulton.

Vieja Lavanda Fulton
LOCION
INDUSTRIA ARGENTINA

LUCIARTE

Jabones, talcos, taza de afeitar, espuma en aerosol. Estuches de regalo.



ún más blanca, más suave, más pura, más liviana, más digestibl

ZZA A LA MAIZENA

gredientes de la masa: 2 tazas de harina 40 gr.) - 1 taza de Maizena (120 gr.) - 2 cucha-das, al ras, de polvo de hornear - 1 cucharadita, al s, de sal - 1 taza de agua fría - 1 cucharada de aceite.

reparación: Encender el horno. Tamizar en un ol la harina, la Maizena, el polvo de hornear y sal. En el centro, colocar el agua fría y el aceite; nir todo bien con un tenedor. En una pizzera de) cm. de diámetro verter 4 cucharadas de aceite; xtender la preparación acomodándola con la palma e la mano, hasta los bordes del molde. Presionar obre toda la superficie con la yema de los dedos. ocinar en **horno caliente** alrededor de 15 minutos. Mientras tanto, preparar una salsa de tomates, olcarla sobre la masa ya cocida y condimentarla on orégano y ají molido. Completar la pizza gusto, ya sea con rodajas de muzzarela o queso mantecoso y anchoas, jamón, aceitunas, etc. Hor-near unos minutos más hasta que el queso se lerrita.

GALLETITAS RAPIDAS

Ingredientes: 2 tazas de harina (240 gr. 1 taza de Maizena (120 gr.) - 2 cucharaditas, ras, de polvo de hornear - 1 pizca de sal - 1 charadita, al ras, de canela - ¾ taza de azú (150 gr.) - ¾ taza de aceite - 2 huevos - 1 cuc radita de esencia de vainilla - ¼ taza de nue picadas (si se desea).

Preparación: Tamizar la harina con la Maize el polvo de hornear, la sal y la canela. En un mezclar el azúcar con el aceite. Añadir de a los huevos, la esencia, y mezclar bien. Agregar golpe los ingredientes secos, previamente tam dos, y seguir mezclando. Incorporar, por último nueces, mezclando siempre. Formar pequeños re deles del tamaño de una nuez pequeña. Col en una asadera enmantecada; espolvorear por cima con azúcar molida. Cocinar en horno a f moderado, de 10 a 12 minutos.



Enriquezca su vocabulario

Por Carlos F. Mac Hale

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

Cada una de las palabras consideradas a continuación tiene por lo menos dos significados, a veces tres o cuatro. El problema que se presenta es determinar cuáles son las acepciones principales de cada una. Basta para ello apartarse de lo que no se considere aplicable. El estudio de la polisemia (pluralidad de significación de algunos vocablos) contribuye eficazmente al enriquecimiento del vocabulario. Si subraya el lector sus elecciones o tacha lo que quiere rechazar, encontrará las diferentes acepciones señaladas en la página siguiente.

1) **acusar** — A: mentir. B: inculpar. C: declarar (en ciertos juegos). D: sobornar.
2) **bicho** — A: sabandija. B: bicoca. C: bíceps. D: adefesio.
3) **costurero** — A: una costura. B: un cuarto. C: un mueble. D: una cicatriz.
4) **chanclo** — A: un cerdo. B: un jinete. C: especie de zueco. D: zapato impermeable.
5) **dieta** — A: régimen alimenticio. B: cierta asamblea. C: hora. D: elixir.
6) **echar** — A: despedir. B: hacer. C: despedir de sí. D: marcharse.
7) **fortificar** — A: forcejear. B: vigorizar. C: formarse. D: consolidar.
8) **grave** — A: pesado. B: formal. C: importante. D: peligroso.
9) **hipar** — A: sufrir de hipo. B: gimotear. C: codiciar. D: helar.
10) **imperioso** — A: vano. B: mandón. C: urgente. D: parco.
11) **jifero** — A: relativo al jerife. B: al matadero. C: matarife. D: cuchillo de carnicero.
12) **labrar** — A: trabajar una materia. B: cultivar la tierra. C: arar. D: causar.
13) **nativo** — A: oriundo. B: natural. C: mineral puro. D: lato.
14) **órbita** — A: vez. B: una curva. C: ámbito. D: cierta cavidad.
15) **peña** — A: roca. B: cerro pedregoso. C: grupo de cerros. D: grupo de amigos.
16) **pipa** — A: lío. B: tonel. C: cachimbo. D: piñón.
17) **quedo** — A: en voz baja. B: flojo. C: solo. D: quieto.
18) **raja** — A: hendidura. B: tajada. C: un soberano. D: un jefe.
19) **saber** — A: ver. B: conocer. C: tener sabor. D: ser.
20) **trompa** — A: nariz prolongada. B: tenazas. C: instrumento músico. D: barreno.

Respuestas a "ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

(Vea la página anterior)

1) **acusar** — B y C: imputar a uno cualquier cosa vituperable: "Lo *acusó* de traidor". / declarar que se tienen ciertas cartas: "*Acuso* veinte de copas".
2) **bicho** — A y D: sabandija: "La tarántula es un *bicho* muy malo". / persona ridícula, desagradable: "Ese *bicho* estropeará como siempre la fiesta".
3) **costurero** — B y C: cuarto de costura: "Lleva las telas al *costurero*". / mueble o cesto para la costura: "Puse las tijeras en el *costurero*".
4) **chanclo** — C y D: especie de zueco. / zapato impermeable en que entra el pie calzado.
5) **dieta** — A y B: régimen alimenticio: "Más cura la *dieta* que la lanceta". / nombre de ciertas asambleas: "Lutero compareció ante la *Dieta* de Worms".
6) **echar** — A y C: despedir: "Te *echarán* del empleo". / despedir de sí alguna cosa: "*Echaba* chispas por los ojos".
7) **fortificar** — B y D: dar vigor y fuerza: "El tónico te *fortificará*". / hacer obras de defensa: "*Fortificarán* el puerto".
8) **grave** — A, B, C y D: pesado: "un cuerpo *grave*." / formal, serio: "un hombre *grave*". / importante: "un asunto *grave*". / peligroso: "una enfermedad *grave*".
9) **hipar** — A, B y C: sufrir de hipo / gimotear. (En esta acepción se aspira la h.) / codiciar, ansiar: "*Hipa* por llegar a ministro".
10) **imperioso** — B y C: mandón, autoritario: "carácter *imperioso*" / apremiante, urgente: "una obligación *imperiosa*".
11) **jifero** — B, C y D: relativo al matadero. (Del árabe *jifa,* carne muerta.) / matarife / cuchillo de carnicero.
12) **labrar** — A, B, C y D: trabajar una materia: "*labrar* madera". / cultivar la tierra / arar / causar: "*Labró* su propia desgracia".
13) **nativo** — A, B y C: originario: "suelo *nativo*" / connatural: "virtud *nativa*". / dícese del mineral que se encuentra en estado puro: "oro *nativo*".
14) **órbita** — B, C y D: curva que describen los astros: "la *órbita* del sol". / ámbito: "la enorme *órbita* de sus conocimientos". / cuenca del ojo: "se le saltaban los ojos de las *órbitas*".
15) **peña** — A, B y D: roca o piedra grande / cerro pedregoso / grupo de amigos: "Tu amigo fue ayer a la *peña* y me lo presentaron".
16) **pipa** — B y C: tonel: "una *pipa* de veinte arrobas". / utensilio para fumar: "una *pipa* de espuma de mar".
17) **quedo** — A y D: quieto, tranquilo: "¿Te estarás *quedo* muchacho?" / en voz baja: "Hablaba muy *quedo*".
18) **raja** — A y B: hendidura, abertura: "Esa viga tiene una *raja*". / tajada: "una *raja* de melón". (El soberano índico se llama *rajá*.)
19) **saber** — B y C: conocer, entender: "*Sabe* y habla el francés". / tener sabor: —¿A qué *sabe?*— *Sabe* a canela.
20) ***trompa*** — A y C: prolongación de la nariz de algunos animales: "*trompa* de elefante". / instrumento músico de viento, de tubo enroscado: "No toca el trombón; toca la *trompa*".

CALIFICACIÓN

20 respuestas acertadas........sobresaliente
15 a 19 acertadas........................notable
12 a 14 acertadas..........................bueno
9 a 11 acertadas...........................regular



Citas citables

Si en este atribulado mundo fuéramos capaces de formar suficientes hombres correctamente dirigidos, no tendríamos necesidad de proyectiles dirigidos. — Gral. David Shoup, Inf. de Marina de los EE.UU.

Pensar es como amar o morir. Cada uno tiene que hacerlo por sí mismo. — J. R.

La cometa se eleva más alto en contra del viento, no a su favor. — Winston Churchill

El problema teológico de nuestros días es hallar la forma de que brote en el hombre el espíritu religioso, no de inyectárselo. — R. P. Karl Rahner, citado en *Time*

¿Cómo puede gobernarse a una nación que tiene 246 clases de queso? — Gral. Charles de Gaulle

La única forma de que las cosas estén peor de lo que están, es decir que son peor de lo que son. — Lord Hailsham, citado en *The Observer*, de Londres

Para el hombre ordinario un buen sermón es aquel que no le afecta a él y sí es aplicable a su prójimo. — *Changing Times*

Es mejor consultar con la almohada lo que intentamos hacer que permanecer despiertos pensando en lo que hemos hecho. — *The Grapevine*

Para manejarnos a nosotros mismos valgámonos de la cabeza; para manejar a los demás, dejémonos llevar del corazón. — *The English Digest*

Nos sentimos libres cuando escapamos... aunque sea de la sartén al fuego. — Eric Hoffer, en *The Passionate State of Mind* (Editores: Harper & Row)

La única fortuna que vale la pena de hallar es una meta en la vida. — Roberto Luis Stevenson

TIENE POR CUNA UN CASCO DE ROBLE

En los depósitos de añejamiento de Destilerías Hiram Walker & Sons (Arg.) S. A., durante cuatro largos años "madura" la exquisitez de Old Smuggler – el insustituible whisky "que nació viejo". Elaborado a base de la mejor malta escocesa importada directamente de la Destilería Hiram Walker & Sons en Dumbarton – la más grande de Europa – y el más fino alcohol de cereales argentinos. Así nace el whisky de máxima jerarquía: OLD SMUGGLER, que ostenta las características de una auténtica tradición de calidad mantenida desde 1835.



Fuente de conocimientos



Por Leónidas de Vedia

Vicepresidente de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores) y Director del suplemento literario de "La Nación" de Buenos Aires

Tengo en mi propia casa, en Buenos Aires, el testimonio de algo que ha alcanzado un interés universal. Mi hijo, desde hace años, es lector asiduo de cierta revista entre cuyas páginas no elige este o aquel artículo, porque se siente atraído por todos. El ejemplar circula de un lado a otro de casa. Sus informaciones y relatos son comentados familiarmente, y en todos los casos dejan sus temas un eco de orden moral, espiritual o científico. A veces es la novedad de un aspecto del mundo lo que en esa revista nos llama la atención; otras, la coincidencia de un consejo o de una reflexión con lo que nosotros hemos experimentado o deseado en la vida. Tal encuentro con una voz humanitaria o cordial, amistosa o prudente, nos satisface o nos conmueve y nos acompaña como un recuerdo poblado de sugestiones.

Están a la vista otros motivos del éxito de esta publicación. Tiene todas las virtudes de la síntesis. Su lectura es fácil y reúne condiciones que atraen porque "enseña deleitando". No es sólo el resultado de una selección inteligente; es, además, una condensación. El lector halla en sus textos breves explicativos, fórmulas que ayudan a pensar, a conducirse, a vivir. Y todo está dicho con un sentido de literatura narrativa.

La verdad es que en casa ya no podemos prescindir de la compañía de Selecciones del Reader's Digest, de su sentido moderno de la síntesis en comunicación directa e inteligente. Esperamos los números como algo que nos trae siempre, con sus noticias, sus temas, su importancia y también su gracia, una fértil resonancia de las cosas mejores de la tierra.

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que Selecciones vale para todas las edades y que todos encuentran en sus páginas notas de perdurable y sano recuerdo.


LIMPIO SABOR DE TE...
NUEVO
TE
CROSSE & BLACKWELL
C&B
TE
CROSSE & BLACKWELL
C&B
TE
CROSSE & BLACKWELL
UNICO
con envase hermético termosellado
QUE PROTEGE SU PUREZA Y FRESCURA!
...y en cada paquete ¡siempre el mismo LIMPIO SABOR DE TE!

TOMO L
No. 297

Selecciones
del Reader's Digest

AGOSTO
de 1965

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

Historia de un aviador derribado en el Pacífico Sur, y de un acto de bondad cuyo recuerdo no borraron los años.

El retorno del aviador

Por John Reddy

Condensado de "The Saturday Evening Post"

Material adicional proporcionado por el autor

Extraña y llena de colorido fue la escena que se desarrolló hace poco en la costa setentrional de Nueva Bretaña, salvaje isla del Pacífico Sur. Un hombre de negocios norteamericano, Fred Hargesheimer, hablaba en el inglés chapurrado que se usa en Asia a una multitud de más de mil indígenas congregados en un claro del bosque, algunos con lanzas y cuchillos. Eran seres de los más primitivos que se encuentran en la Tierra, de un nivel de vida muy cercano al de la edad de piedra. Para ellos Hargesheimer inauguraba una escuela, cuyos antecedentes constituyen una de las historias más notables de la guerra en el Pacífico.

Un día nublado de junio de 1943, el teniente Fred Hargesheimer, de 27 años, piloto de la fuerza aérea de los Estados Unidos, volaba en su bimotor P-38 sobre la dentada costa de Nueva Bretaña. Llevaba la misión de fotografiar las instalaciones enemigas, con el fin de preparar un ataque norteamericano contra la



gran base japonesa de Rabaul. Vïo un claro en la selva, donde había un aeródromo enemigo, e inclinó la proa para acercarse. Oyó ruido de disparos y vio que su motor derecho estallaba en llamas. Pocos segundos después, otra andanada, disparada desde el avión japonés que lo acometía por la espalda, le inutilizó el otro motor. Con la cara bañada en sangre, tiró de la cuerda de emergencia y se puso de pie. Sintió que un ventarrón de 300 kilómetros por hora lo arrebataba y lo hacía girar en el espacio; pero el paracaídas se abrió y el aviador quedó suspendido en el aire balanceándose como un péndulo.

Algunos minutos después caía con rudo golpe en el cieno de la selva. Fuera de una cortadura en la frente, estaba ileso. Se vendó la herida lo mejor que pudo con jirones de la tela del paracaídas y trató de formularse un plan de acción.

Trabajos en la selva. Nueva Bretaña, isla en forma de bumerang, un poco mayor que El Salvador, estaba entonces ocupada por los japoneses, que tenían en el puerto de Rabaul una de sus más fuertes bases en el Pacífico. Además de los japoneses, 150 kilómetros de tupida selva y 300 kilómetros de mar abierto separaban a Hargesheimer de su base en Nueva Guinea. En su equipo de emergencia sólo llevaba brújula, cuchillo, fósforos, tres barras de chocolate, medicinas, cordel de pesca y anzuelos, y una cantimplora de lona. Por

en medio del bosque, casi impenetrable, emprendió camino en dirección hacia Nueva Guinea.

A los diez días, había acabado con la provisión de chocolate y tenía toda la ropa despedazada. Durante 31 días vagó por la selva, enredándose en los bejucos y cayendo en el cieno resbaladizo. Al atardecer del trigésimo primer día, mientras recogía retoños de bambú a la orilla de un río, lo sorprendió un grupo de indígenas que navegaban en una canoa, y que lanzaron grandes exclamaciones cuando lo vieron.

El aviador, excesivamente debilitado para huir, se quedó clavado donde estaba. ¿Lo entregarían a los japoneses?

—Señor, señor —dijo uno de ellos—, tú número uno.

—Tú también número uno —contestó Hargesheimer.

El jefe de los recién llegados, hombre fornido, de piel muy oscura y cabello corto ensortijado, mostró una nota muy manoseada en que se decía que era Lauo, cacique leal a los Aliados. Estaba firmada por John Stokie, un vigía australiano. Al leerla Hargesheimer, se le humedecieron los ojos de emoción. En seguida los indígenas obsequiaron al desfallecido piloto con bananas, piñas, pescado ahumado y un trozo de carne, y al día siguiente lo llevaron en su canoa a su pueblo, un caserío de chozas de hierba a la orilla de una laguna. Los naturales salieron presurosos a su encuentro y estrecharon cordialmente la flaca y pálida mano del extranjero. Aquel caserío, llamado Nantambu, iba a ser el refugio de Hargesheimer durante muchos meses. Lauo, cuya autoridad era absoluta, llamó a su gente y le impartió órdenes de proteger al aviador.

"¡Palomas japonesas!" Cuando pasaban por encima los aviones japoneses, los naturales gritaban "¡Palomas japonesas!" para que se escondiera. A veces aparecían patrullas niponas en la playa, y entonces tocaban una caracola a modo de trompa, y al oírla él corría a un escondite en un pantano próximo. Cuando andaba con botas, dos niños iban detrás de él borrando sus huellas.

Por la noche "el señor Freddy" se sentaba a charlar con los indígenas en torno a una hoguera. Se entendían en el inglés chapurrado que se usa en Asia. Aquellos hombres melanesios de piel oscura y pelo crespo eran primitivos y sencillos, generosos y fieles. Al ofrecer asilo al blanco se limitaban a practicar los rudimentos de cristianismo aprendidos de los misioneros antes de la guerra. Así lo comprendió él a medida que los fue conociendo, y comprendió también que esa fe sencilla y esa lealtad era lo único que se interponía entre él y los japoneses. Aunque en varias ocasiones el caserío fue registrado por patrullas, nadie lo traicionó jamás. A Lauo lo llamaban periódicamente para interrogarlo sobre el "hombre-pájaro" derribado, pero nunca reveló nada, a pesar de que lo ame-

nazaban con la punta de una espada.

Hargesheimer sufrió un ataque de paludismo y se fue debilitando hasta el punto de que ya no se podía mover ni toleraba ningún alimento. Un misionero indígena llamado Apelis le llevó una Biblia y los naturales se congregaban en torno a su lecho para cantar himnos y rezar. Hargesheimer le dijo a Apelis que pronto moriría, a menos que comiera algo que pudiera digerir. Apelis se marchó y regresó poco después con su mujer, Ida, y su hijito recién nacido; le dio a la mujer una taza y ella se retiró detrás de la cabaña. A los pocos minutos devolvió a su marido la taza, llena de leche materna. Durante los diez días siguientes, Ida se presentó en la choza llevando siempre una taza de leche. Gracias a este tratamiento, Hargesheimer pudo volver a comer un poco de fruta, a sentarse durante algunos minutos, y al fin se recuperó lo suficiente para dar unos pasos.

Una noche llegó un indígena desconocido y dijo que tres australianos estaban escondidos en las colinas con un inalámbrico. Eran vigías de la costa que habían desembarcado en la isla para espiar al enemigo. Pocos días después, Hargesheimer, que todavía estaba muy débil, emprendió camino con un grupo de naturales en busca del escondite de los australianos: tres chozas ocultas entre los árboles en



una elevada colina desde donde se dominaba una amplia vista de la selva circundante y del lejano mar. Los aviones enemigos que se elevaban en Rabaul para ir a atacar las bases aliadas de Nueva Guinea pasaban directamente por encima de aquel lugar, lo que permitía a los vigías enviar por radio la correspondiente alarma. Meses después, estando Hargesheimer de servicio en el inalámbrico, captó un mensaje de una estación de Nueva Guinea, que comenzaba: "Los aviadores pueden ser evacuados..."

A la mañana siguiente, Hargesheimer y dos aviadores australianos que habían sido derribados sobre

el mar y habían logrado llegar al mismo lugar, se encaminaron acompañados por algunos naturales al punto de la costa a donde se les había ordenado acudir. Llegaron después de varios días de marcha y uno de los naturales señaló un gran objeto negro que sobresalía del agua.

—Una isla —dijo Hargesheimer.

—No, no, señor —murmuró el indígena —¡Es buque de cañones!

—Un submarino —exclamó uno de los australianos.

Poco después atracaba en la arena de la playa un bote de caucho del submarino y un marinero les gritaba: "¿Dónde han estado ustedes? Vienen con un día de retraso".

La obsesión de los recuerdos. Después de la guerra, Fred Hargesheimer se casó con una linda muchacha norteamericana, tuvieron dos hijos y una hija y compraron una casa cerca de St. Paul (Minnesota), donde Fred trabajaba con la Remington Rand. Su vida era muy grata y llena de ocupaciones, pese a lo cual pensaba cada vez más en los indígenas que lo habían protegido con riesgo de sus propias vidas. Empezó a enviarles por Navidad pequeñas sumas de dinero por intermedio de la Misión Metodista de Rabaul; pero inexplicablemente esto no le satisfacía, y cuando jugaba con sus hijitos en su casa, lo asaltaba el recuerdo de los tímidos niños melanesios que le seguían por las playas de Nueva Bretaña para borrar las huellas de sus pisadas. A veces despertaba sobresaltado en medio de la noche creyendo haber oído el toque de la caracola poniéndolo en guardia. ¿Qué habría sido de Lauo y los demás?

El deseo de regresar se le hizo irresistible. "La mayoría de los norteamericanos que se batieron en el Pacífico, afirman que jamás volverán a esos lugares. Yo, por el contrario, sentía la necesidad de regresar", dice Hargesheimer.

Como la falta de dinero era un problema, la familia renunció con gusto a sus acostumbradas vacaciones, y así, en el verano de 1960, Fred voló a Nueva Guinea, donde se le unió Matt Foley, uno de los vigías que habían contribuido a su salvamento; para ir a Nantambu, consiguieron en Rabaul una vieja embarcación pesquera.

Vuelve "el señor Freddy". Era ya noche cuando el pesquero llegó frente al caserío ribereño. Hargesheimer, presa de extraña emoción, permanecía a proa escudriñando la oscuridad a medida que se acercaban a la playa. ¿Recordarían los indígenas al aviador a quien habían salvado 17 años atrás? De pronto salió de las sombras una canoa grande que venía a su encuentro, pues los naturales habían sido avisados de su visita por un oficial australiano de patrulla. "¿Tú, señor Freddy?" gritó una voz desde la canoa. Era Lauo, ya viejo, y cuando Hargesheimer se pasó a la canoa, los dos amigos se abrazaron con lágrimas en los ojos.

A la mañana siguiente se hicieron los festejos en grande. Los

hombres de Nantambu, que se habían puesto las medallas ganadas por su lealtad durante la guerra, y las mujeres, que vestían blusas blancas, entonaron con entusiasmo el himno nacional británico. Fred les contó, en el inglés chapurrado que se habla en la región y que apenas recordaba ya, que había regresado para expresarles su gratitud por haberlo salvado y les entregó los regalos que llevaba para ellos. Lauo, a su vez, le regaló la caracola que había servido para dar la alarma cuando se acercaban los japoneses. A la hora de la despedida, cuando los habitantes formaron en fila para estrecharle la mano, Hargesheimer notó la ausencia de Ida y Apelis. Lauo le dijo que Apelis había muerto de pulmonía y que Ida se había ido a vivir a otra isla.

Al regresar a Rabaul le esperaba otra gran emoción. Un misionero le dijo que Ida había atravesado 40 kilómetros de mar abierto en una canoa de cinco metros solo para saludarlo. Fred tuvo el gusto de conocer a seis de sus siete hijos. El mayor, Robert, era un muchacho de 17 años, el mismo a quien la madre amamantaba cuando su leche salvó la vida del aviador.

Un milagro por otro. Horas después, en el avión de regreso a los Estados Unidos, todo aquello le parecía un sueño. Con el placer de haber vuelto a ver a los indígenas se mezclaba la pena de encontrarlos en tan triste estado; su condición era tan dura como cuando los conoció: seguían ganándose miserablemente el sustento con unos pocos cultivos y con el producto de la pesca y eran todavía víctimas de la desnutrición y las enfermedades. Comprendió que lo que más falta les hacía era educación. ¿Pero cómo podría él ayudarlos? Concibió el proyecto de recaudar fondos para construirles una escuela, por más que semejante idea tuviera visos de irrealizable fantasía. Más tarde comentaba: "Pensé que se necesitaría un milagro para llevarla a cabo, pero también mi salvación había sido un milagro".

De regreso en St. Paul, los misioneros lo aconsejaron y lo estimularon a seguir adelante con su plan, y un arquitecto le hizo los planos de la escuela sin cobrarle nada. Basándose en presupuestos que le prepararon algunos contratistas de Rabaul, Fred llegó a la conclusión de que con la ayuda de trabajadores voluntarios, por 15.000 dólares se podría construir una escuela, sencilla pero práctica. Era sin duda una suma muy considerable, pero empezó a recibir invitaciones para exponer su idea ante diversos clubs e iglesias, y encontró un apoyo generoso. Una vez, viajando en un avión, le habló de su proyecto a una señora que iba a su lado, y ella le dio allí mismo un cheque de 500 dólares. Por fin, después de dos años y medio, logró reunir los 15.000 dólares.

Se levanta la escuela. En junio de 1963, Hargesheimer y su hijo de 17 años, Dick, llegaron a Rabaul.

Cargaron 400 sacos de cemento y otros materiales a bordo de un viejo barco de motor y se dirigieron a Nantambu.

Los naturales, que ya habían tenido noticia de su visita, acudieron a recibirlos y a la mañana siguiente todos se pusieron a trabajar para limpiar un terreno de más de una hectárea cerca del pueblo de Ewasse, y a las seis semanas, cuando Hargesheimer regresó, el trabajo estaba muy adelantado. La escuela, que consta de tres secciones llenas de luz y aire, se abrió en febrero de 1964, con un maestro australiano y dos nativos, bajo la administración del gobierno de Australia. Asisten unos 130 niños que van a pie o en canoas desde varios pueblos vecinos y desde el corazón de la selva.

La inauguración oficial se hizo el 11 de julio de 1964, y con ese motivo Hargesheimer voló otra vez a Nueva Bretaña. Ahí estaban también el comodoro del aire Townsend, uno de los aviadores australianos salvados junto con él, y el antiguo vigía Matt Foley. Fred explicó a los circunstantes que la escuela era un regalo del pueblo norteamericano, no de su gobierno, y que el dinero lo habían suministrado, en pequeñas sumas, individuos que vivían agradecidos a los hombres, mujeres y niños de Nueva Bretaña por la ayuda prestada a los aviadores norteamericanos durante la guerra. Terminó diciendo que por tanto el nombre que mejor le cuadraba era el que los naturales le habían dado ya: "La Escuela de la Amistad".



Sociedad conyugal

Un joven casado había leído muchos libros sicoanalíticos y religiosos sobre la manera de amoldarse a la vida, al matrimonio y a otros problemas. Llegó un día en que su joven esposa, que se había esforzado por vivir conforme a las normas de todas esas obras, se rebeló. "Bueno, ahora que hemos hallado la verdadera felicidad", dijo, "¿no podríamos también divertirnos un poquito?"

— Gerald Kennedy en *A Reader's Notebook* (Editores: Harper & Row)

En Coventry (Inglaterra), un sujeto acudió a la Oficina Civil de consulta y solicitó que le localizaran a su esposa. Contó que se habían separado a los tres días de celebrado su matrimonio, hacía casi 25 años, y que jamás habían vuelto a verse desde entonces. Le preguntaron si se proponía obtener el divorcio, y el buen señor repuso: "No, no, nada de eso. Estaba pensando que sería bueno reunirnos para celebrar nuestras bodas de plata". — *Weekly News*, de Londres

Un extraordinario episodio de la historia de la medicina, relatado por uno de los investigadores que participaron en la lucha que precedió al triunfo.

Cómo logramos dominar la penicilina

Por el Dr. Ernst Chain
Redacción de J. D. Ratcliff

Era un ratoncito ordinario, salvo por una cosa: le habíamos inyectado un medicamento en cuya elaboración tardamos largos meses. Temíamos que nuestro medicamento, que era un enemigo mortal de los microbios cultivados en el laboratorio, fuera igualmente mortífero para los ratones y para el hombre, y resultara así una interesante curiosidad de laboratorio, pero inútil en la medicina humana. Por eso observábamos atentamente al ratoncito, temerosos de que cayera muerto patas arriba.

Pero no murió.

El hecho, aunque insignificante en sí, podría ser de gran trascendencia: quizá teníamos en nuestras manos el supremo exterminador de microbios tanto tiempo buscado, el posible vencedor de enfermedades que han venido torturando a la humanidad desde el principio de los tiempos.

Microbios buenos y microbios malos. Nuestra investigación se inició una tarde en el otoño de 1938, en el despacho del Dr. Howard Florey, director de la Escuela de Patología Sir William Dunn, de la Universidad de Oxford. Florey, de 40 años de edad, era un australiano vigoroso que había venido a Inglaterra gracias a una beca Rhodes. Yo había vivido en Berlín hasta 1933, pero el 31 de enero de ese año subió Hitler al poder y mi porvenir, por ser yo judío, se me revelaba claramente, así que me marché al día siguiente. Durante algún tiempo trabajé en la Universidad de Cambridge; en eso Florey, que estaba formando un nuevo grupo de investigadores, necesitó un bioquímico y me

uní a su grupo. Acordamos que el estudio de los antagonismos microbianos podría resultar fructífero.

Los microbios son partículas vivas siempre fascinantes. Sin cesar y sin piedad se combaten entre sí, frecuentemente hasta la aniquilación total. En 1877, el gran Pasteur observó este fenómeno cuando unos microbios no identificados destruyeron una colonia de virulentos bacilos del carbunco. ¿No se podrían encontrar microbios buenos para combatir a los malos? El mismo Pasteur especuló sobre esta posibilidad.

En 1928, un patólogo que trabajaba en el hospital St. Mary's de Londres, dio con otro ejemplo del mismo fenómeno. Una espora de moho cayó accidentalmente en una placa de Petri, que contenía una próspera colonia de mortales estafilococos, y la repentina detención del desarrollo de los estafilococos que de ello resultó fue sorprendente. Posteriormente se le daría al moho el nombre de *Penicillium notatum*. El investigador se llamaba Alexander Fleming.

Se sabía de muchos otros ejemplos de tales antagonismos: en la biblioteca encontré más de 100 referencias sobre ello. Ahora bien, ¿conseguiríamos establecer *cómo* lesiona o destruye un microbio a otro y extraer la sustancia que produce ese efecto? Florey convino conmigo en que esto sería sumamente interesante y tal vez de gran valor. Pero, ¿quién nos financiaría? Los fondos del laboratorio estaban agotados. Recurrimos a la Fundación Rockefeller... ¡y con gran asombro de nuestra parte, llegó una subvención de 5000 dólares anuales por cinco años!

Aunque en nuestra solicitud de subvención manifestaba optimismo, yo estaba íntimamente convencido de que, como medicamento para seres humanos, la penicilina no tenía porvenir alguno. Fleming había comprobado que el caldo viscoso en que se cultivaba el moho era tan poderoso que, aun diluido 800 veces, detenía el desarrollo de microbios mortales. Algo tan enérgico, pensaba yo, podría resultar peligroso para el hombre. El organismo humano tolera a veces una dosis de alguna sustancia extraña, pero luego se vuelve sensible a ella; así pues, una segunda dosis podría ser mortal. ¿De qué serviría un medicamento que a la segunda aplicación resultara mortal? Sin embargo...

A la sazón se había unido a nosotros Norman Heatley, hombre tímido pero extraordinariamente talentoso. Él se encargaría de aprender a cultivar el moho productor de la misteriosa sustancia, yo trataría de extraer penicilina del cultivo y Florey la probaría luego en cultivos de bacterias y en animales infectados... si es que alguna vez

---

LA HISTÓRICA labor que se describe en este artículo le valió al Dr. Ernst Chain, actualmente profesor de bioquímica de la Universidad de Londres, compartir el Premio Nobel de Fisiología y Medicina, en 1945, con sir Alexander Fleming y sir Howard Florey.

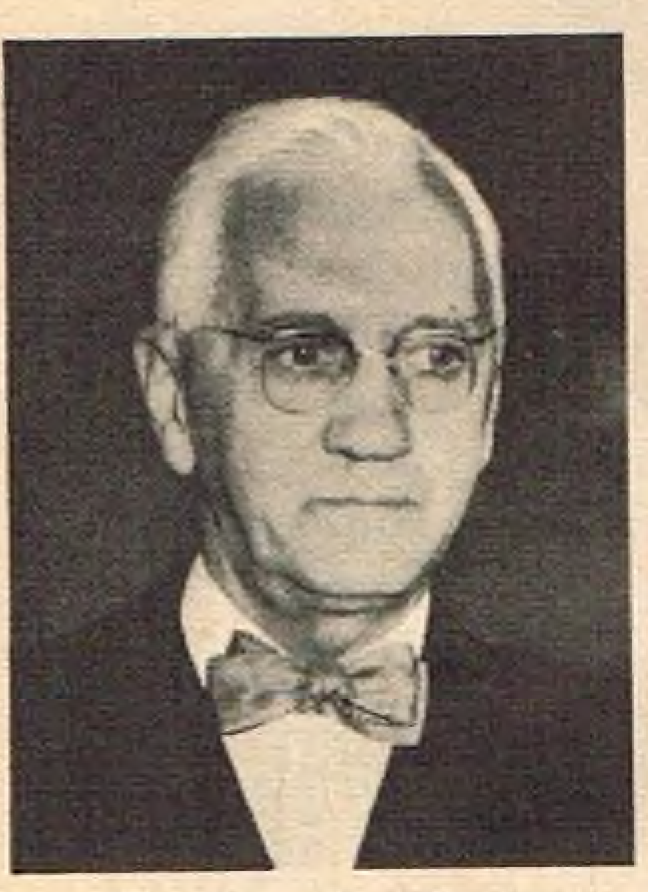
llegábamos a reunir la suficiente para realizar esas pruebas.

Así dio comienzo aquella empresa. Y si bien es imposible citar aquí a cuantos en ella intervinieron, sí diré que hubo muchas personas que desempeñaron importante papel, entre otras: Gardner, Abraham, la finada señorita Orr-Ewing, Jennings y las "chicas de la penicilina".

Extremadamente veleidoso. El moho crece con facilidad donde nadie lo quisiera: en el pan o en el calzado que se guarda en un armario durante un húmedo verano. En una mezcla de glucosa, levadura y sales minerales que pusimos en pequeños frascos de Roux sembramos el *Penicillium notatum*. Tras diez días de incubación, se formó un arrugado y gomoso cultivo de moho verde azulenco. Debajo, en un caldo oscuro, estaba a veces la penicilina que buscábamos.

Pronto advertimos que el moho era extremadamente veleidoso. Por motivos que no alcanzábamos a comprender, había veces que no producía penicilina alguna. Además todo tenía que estar perfectamente esterilizado, pues aunque la penicilina destruía microbios, también había microbios que la destruían.

Por añadidura, la tarea de aislar el principio activo del caldo de cultivo nos causaba muchos quebraderos de cabeza. Ya otros lo habían intentado pero se habían dado por vencidos, descorazonados. "Se desvanece casi en el momento mismo de mirarlo", había observado un investigador. Sin embargo, uno por uno fuimos resolviendo los problemas. Si no podíamos calentar la penicilina para concentrarla (pues el calor la destruye), podíamos desecarla por congelación, y así, del cultivo fluido, ácido y frío la extraíamos por medio de un disolvente orgánico... y la recuperábamos



Sir Alexander Fleming



Sir Howard Florey



Dr. Ernst Chain

del disolvente añadiendo álcali para neutralizar el ácido.

Después de varios meses de trabajo contábamos con una pizca de un polvo de barroso color pardo. Era un extraordinario represor de microbios: aun en soluciones de una parte en *50 millones*, detenía el desarrollo de algunas bacterias. ¡Y además el ratón que inyectamos con ella sobrevivió no sólo a la primera inyección, sino a una segunda y a una tercera!

Creíamos que nuestro lodoso polvillo era penicilina pura. Pero más adelante, conforme fuimos refinando el extracto y este fue cambiando de pardo a amarillo y luego a blanco, comprobamos que nuestra sustancia original apenas contenía de uno a dos por ciento de penicilina. Las impurezas que constituían el 98 o 99 por ciento restante habrían podido matar a nuestro ratoncillo, lo cual nos habría hecho creer que la penicilina era mortal. Afortunadamente, no sucedió así.

Condena de muerte. Sabíamos, pues, que la penicilina no mataba a los ratones. Pero ¿sobreviviría en su organismo y lo *protegería* contra microbios mortales? Las luces permanecían encendidas en nuestros laboratorios hasta bien entrada la noche.

El laboratorio de Heatley, en el segundo piso, se convirtió en un manicomio maloliente; el moho se cultivaba allí en cualquier cosa que estuviera a la mano: en latas de galletas, ollas de cocina, recipientes de cristal para laboratorio y en 16 orinales. Empleando cualquier objeto disponible, construimos un aparato de extracción continua para obtener penicilina de los cultivos de moho. Nuestro minúsculo tesoro comenzó a aumentar. Finalmente reunimos suficiente penicilina para la segunda etapa de pruebas.

Poco antes del mediodía del 26 de mayo de 1940, inyectamos estreptococos a ocho ratones. A cuatro de ellos se les administró penicilina; para los otros los estreptococos representaban una irrevocable sentencia de muerte. Esa noche, Heatley mantuvo una solitaria vigilia junto a las jaulas de los ratones. A las 3:30 de la mañana murió el último de los ratones que no recibieron protección. Todos los inyectados con penicilina estaban vivos.

De los ratones a los hombres. Hacia julio, ya estábamos salvando vidas de ratones en proporción cercana al 100 por ciento. Ahora, la tarea consistía en reunir penicilina en dosis suficientes para el ser humano (después de todo, un hombre es 3000 veces más grande que un ratón).

Según los cálculos de Florey se necesitarían unos 475 litros de caldo de moho por semana, lo cual nos parecía una cantidad fantástica (los aparatos de fermentación empleados en la actualidad producen casi 53.000 litros de una sola vez). Ahora sabemos que 475 litros dan menos de 200.000 unidades de penicilina: ¡la cantidad que contiene una sola de las pastillas de hoy!

Mas para nosotros era una cifra aterradora.

De nada necesitábamos con tanta urgencia como de grandes tanques de fermentación. Encontramos una batidora de leche de 760 litros de capacidad. También nos hacían falta recipientes de cristal fabricados especialmente, poco profundos, planos y fáciles de apilar. Afortunadamente, Florey se acordó de un amigo que trabajaba en una fábrica de loza en Staffordshire. El 23 de diciembre de 1940 estuvo lista la primera hornada de 172 recipientes. Heatley recorrió 170 kilómetros bajo una tormenta de nieve, en un camión prestado, para ir a recogerlos, y al día siguiente se dedicó a limpiarlos y esterilizarlos. La mañana del día de Navidad, mientras la mayoría de la gente estaba con sus familias, Heatley la pasó sembrando *Penicillium notatum* en los recipientes.

En la revista médica *The Lancet* publicamos los resultados de nuestros primeros trabajos con animales. Se presentó en el laboratorio un hombre pequeño de cabello blanco que observaba mucho y hablaba poco. "He sabido que están trabajando con mi vieja penicilina", dijo. Era Alexander Fleming. Aunque había leído sus trabajos, nunca lo había conocido; lo creía muerto.

Nos acercábamos a la etapa de experimentación en seres humanos. Florey, enfermo de amigdalitis, llegó a hacer gargarismos con el caldo de moho, que tenía un sabor horrible, y creía que le había hecho algún bien. Sin embargo, aún quedaba mucho por resolver. ¿Tolerarían los seres humanos inyecciones de nuestro medicamento? En un hospital cercano había una mujer con cáncer en el pecho, que moriría a las pocas semanas. No le dijimos que la penicilina fuera a influir favorablemente en su enfermedad, pero sí que si se dejaba inyectar, tal vez contribuyera modestamente al progreso de la medicina. Después de la inyección la enferma tuvo ligeros escalofríos y algo de fiebre. Evidentemente, la penicilina no era aún lo bastante pura para hacer pruebas con seres humanos, por lo que la seguimos refinando en el laboratorio. Finalmente, estuvimos listos.

El destino de un policía. Como ninguno de nuestro grupo era médico, conseguimos la ayuda del Dr. Charles Fletcher, joven médico graduado en la Universidad de Oxford. En la sala de enfermos infecciosos del hospital Radcliffe el Dr. Fletcher tenía un paciente idóneo para nuestras pruebas, en quien habían fracasado todos los tratamientos. Era Albert Alexander, un policía de Oxford de 43 años de edad, que cinco meses antes, podando rosales, había sufrido un leve rasguño en la comisura de los labios. La herida se le infectó con estreptococos y estafilococos; la mayor parte de su cuerpo estaba cubierta de úlceras rezumantes; los microbios también habían atacado huesos, pulmones y ojos (uno de estos tan gravemente

afectado que se lo tuvieron que sacar). A Alexander le quedaban muy pocos días de vida... y lo sabía.

El 12 de febrero de 1941, el Dr. Fletcher inyectó penicilina en una vena del brazo del extenuado cuerpo de Alexander. Se le aplicaron inyecciones cada tres horas. Se recogió hasta la última gota de su orina, y de ella recuperamos en el laboratorio la preciosa penicilina que contenía. A las 24 horas comenzó a secarse la secreción de una de las peores úlceras que el enfermo tenía en el cuero cabelludo y a limpiarse el ojo derecho que estaba lleno de pus. ¡La penicilina estaba ganando el primer encuentro contra las huestes microbianas!

Durante cinco días la mejoría fue constante. El enfermo incluso se sentaba en la cama y comía. Entonces le inyectamos la última dosis de nuestra penicilina. No había más, en ninguna parte del mundo. Si bien había muerto la mayoría de los microbios que pululaban en el organismo de Alexander, los pocos pero vigorosos sobrevivientes cobraban gran vitalidad ahora que faltaba penicilina para combatirlos. El enfermo decayó rápidamente.

Florey, igual que todos nosotros, se sintió profundamente conmovido por la muerte del policía y declaró que jamás intentaríamos curar a un enfermo hasta no estar seguros de contar con penicilina suficiente. En adelante, sólo nos ocuparíamos de niños, que requerirían menores cantidades del medicamento.

Se vuelven las tornas. Encontramos a un enfermo de cuatro años de edad, un niño muy simpático, cuyo rostro era una pequeña máscara, hinchada y triste. Los estafilococos habían invadido los tejidos, los vasos sanguíneos y las cavidades de la cara.

Esta vez tuvimos suficiente penicilina. Desapareció la hinchazón de los ojos; se eliminaron de la sangre, casi por completo, los mortales estafilococos. Fue aquella una hermosa victoria. El niño, sentado en la cama, charlaba y se divertía con sus juguetes. Sin embargo, cinco días más tarde murió porque un vaso sanguíneo del cerebro, debilitado por la enfermedad, se le rompió.

No obstante que habíamos averiguado mucho, nos sentíamos desalentados. Fue entonces cuando se volvieron las tornas. La penicilina comenzó a vencer con regularidad alentadora. Hacia junio habíamos tratado otros ocho casos y todos reaccionaron maravillosamente.

Los albores de una era. Un hecho resultaba claro: debíamos considerar las cosas conforme a nuevas dimensiones. Para que nuestra penicilina llegase a cerrar permanentemente las horrendas salas de infecciosos, para que lograse salvar la vida a millones de personas, que de otra manera estarían condenadas a muerte, tendría que fabricarse no por miligramos sino por toneladas. ¿A dónde o a quién recurrir?

En cerca de dos años de trabajo apenas habíamos logrado producir

cuatro millones de unidades de penicilina: ¡cantidad que hoy se emplea frecuentemente para curar una simple amigdalitis! La industria farmacéutica británica, abrumada por el esfuerzo bélico y la escasez de equipo, no estaba en condiciones de acometer tarea semejante. Los Estados Unidos eran nuestra única esperanza. En julio de 1941, Florey y Heatly abordaron el avión y partieron con destino a ese país.

El éxito que como viajantes alcanzaron esos hombres de ciencia pertenece a la historia. Al poco tiempo el cultivo se producía ya por carretadas. La penicilina comenzó a salir en billones de unidades. La era de los antibióticos, la era que mantendría a raya a las más de las principales enfermedades infecciosas del hombre, alboreaba.

»»««

El periodista Paul Smith, en su libro *Personal File*, cuenta que siendo presidente de la editorial Crowell-Collier había colocado en su escritorio, donde pudiesen verlo las muchas personas que solían visitarle, uno de sus aforismos predilectos: "Hoy, orgulloso pavo real; mañana, humilde plumero". — Editado por Appleton-Century

»»««

Carrusel matrimonial

Decía entre sollozos la esposa al marido:

—¡Ya no me quieres! Si me ves llorando, ni siquiera me preguntas por qué lloro.

—Lo siento en el alma, mi amor —repuso el marido—. Es que esa pregunta ya me ha costado mucho dinero. — G. F. C.

Una señora llamó por teléfono a una cantina y pidió hablar con el cantinero. Cuando este tomó el aparato la señora le dijo: "Hágame el favor de decirle a mi marido que usted me ha dicho que él acaba de salir". Y cortó la comunicación. — D. W.

Dos amigos hablaban sobre un suceso reciente:

—Para darle gusto a mi mujer dejé de fumar, de beber y de jugar a la baraja.

—Debe de estar muy contenta —comentó el otro.

—Al contrario —dijo el primero—. Ahora, cada vez que empieza a hablarme, ya no sabe qué decirme. — C. W.

Un señor que compró una manta eléctrica con doble regulador, se queja de que los dos reguladores están del lado de su esposa. — D. W.

Informe presentado, como testigo de vista, por el consejero especial del Presidente Johnson sobre la crisis en la República Dominicana.

Misión en Santo Domingo:

Diplomacia entre dos fuegos

POR JOHN BARTLOW MARTIN
Ex-embajador de los EE.UU. en la República Dominicana

Condensado de Life

DESDE mi primera visita a Santo Domingo, en 1937, había yo cobrado profundo afecto al pueblo dominicano. Cuando el dictador Trujillo fue asesinado en mayo de 1961, el Presidente Kennedy me envió allá con el propósito de que estudiara la situación, y en marzo de 1962 me nombró embajador de los Estados Unidos en ese país.

En diciembre de ese mismo año, los dominicanos celebraron las primeras elecciones libres que habían visto en 38 años y eligieron Presidente, por arrolladora mayoría, a Juan Bosch, uno de los líderes de la izquierda demócrata no comunista. Como embajador hice cuanto estuvo en mi poder para ayudarle en su tarea de proporcionar a los dominicanos la libertad y una vida mejor. Bosch, sin embargo, contaba con pocos colaboradores experimentados, y su ineficaz gobierno fue una desilusión para su partido y para el pueblo. La falta de tradiciones democráticas de que adolecía su país y su propio y difícil carácter frustraron sus esfuerzos. El ejército dominicano lo derrocó en setiembre de 1963.

El pretexto que esgrimió el ejército fue el de que Bosch era un

Castro-comunista, o al menos que estaba entregando la República en manos de los Castro-comunistas. Por mi parte nunca di crédito a tal cosa. Juzgué entonces, como lo juzgo aún ahora, que el derrocamiento de Bosch fue un serio golpe para la democracia dominicana, la política estadounidense y las aspiraciones del común de la gente en toda Iberoamérica.

El 24 de abril de este año, la República Dominicana hizo explosión. Las primeras noticias recibidas indicaban que la revuelta había comenzado como un intento por parte del partido de Bosch, el PRD (Partido Revolucionario Dominicano), con apoyo de algunos jóvenes oficiales del ejército, para reinstalar a Bosch en el poder.

La ley y el orden desaparecieron rápidamente, y se mataba sin distinción de personas; el 28 de abril, el Presidente Johnson ordenó el desembarco de los infantes de marina a fin de proteger la vida de los norteamericanos radicados en Santo Domingo. Muchos opinaban entonces que la revuelta estaba dirigida por elementos comunistas.

Hacia la medianoche del 28 de abril pasado, Bill Moyers, ayudante especial del Presidente, me telefoneó a mi casa en Connecticut. El Presidente deseaba consultarme acerca de la crisis surgida en la República Dominicana. A las 7 de la mañana del 29 ya estaba yo en Washington. Conferencié con los Secretarios Rusk y McNamara y con otros altos funcionarios. El Presidente me invitó a trasladarme a Santo Domingo para que hiciera allí cuanto fuera posible en ayuda del embajador norteamericano en ese país, Tapley Bennett, hijo; estableciera contacto con los rebeldes y mantuviera al Presidente detalladamente informado de la situación de estos; para que ayudara a la OEA (Organización de Estados Americanos) y a los empleados de la embajada estadounidense a poner fin al derramamiento de sangre y restablecer la paz.

Al desembarcar, el 30 de abril, en San Isidro, base de la fuerza aérea dominicana, era yo presa de graves recelos. ¿Existía realmente una seria amenaza comunista? Temía yo que los Estados Unidos corrieran el peligro de equivocarse y que al tomar partido eligieran al que estaba contra el pueblo.

En todo caso, lo más urgente era pactar una tregua. Con objeto de concertarla, monseñor Emanuele Clarizio, el nuncio apostólico que representa al Vaticano en la República Dominicana, y el embajador Bennett celebraban pláticas en San Isidro con el coronel Pedro Bartolomé Benoit, presidente de la junta militar (compuesta de tres personas), con otros oficiales y con un joven emisario de los rebeldes. Las pasiones se habían adueñado de todos los ánimos: todo el mundo de-

---

ANTES de que John Bartlow Martin fuera nombrado embajador de los Estados Unidos, ya había conquistado una brillante reputación en el periodismo.

seaba que se acordase una tregua, pero ¿quién querría aceptarla tras de haber visto asesinar a sus amigos? Alguien propuso una tregua temporal para que los camiones de la recolección de basura pudieran levantar los cadáveres que se amontonaban en las calles. La reunión comenzó luego a disolverse; había llegado la noticia de que los rebeldes estaban atacando en masa.

Atraje aparte al general Elías Wessin y Wessin. Este, que había encabezado el movimiento que provocó la caída de Bosch, fue en ese tiempo quien tuvo el poder en sus manos pues disponía entonces de los tanques.

—El Presidente Johnson está profundamente preocupado por la insensata matanza entre el pueblo dominicano —le dije—. Me ha enviado aquí para que trate de evitar que continúe. Le ruego, general, que sea usted el primero en firmar una tregua.

El general Wessin vaciló. En seguida él y yo nos entrevistamos con el nuncio papal y Wessin estampó su firma. Y el nuncio salió para dar al pueblo la buena nueva por la radio.

Reuniones nocturnas. Después el embajador Bennett y yo nos dirigimos a la embajada de los Estados Unidos que, en el centro de la ciudad, tenía las ventanas cerradas y estaba fuertemente custodiada. Me había traído conmigo a Santo Domingo a Harry Shlaudeman, funcionario de carrera en la Secretaría de Estado que había sido agregado político mío en esa república. Ya en la cancillería, que se hallaba atestada de líneas telefónicas tendidas con urgencia y de vasos de papel, Shlaudeman y yo hablamos con el embajador y luego iniciamos una serie de entrevistas con algunas personas conocidas de nosotros.

No había luz en las calles. Fuimos deteniéndonos en los puntos sujetos a vigilancia, de los que cuidaban vagas figuras armadas. A veces, a lo lejos, escuchábamos disparos de armas de fuego, que en ocasiones se oían más cercanos. Como era imposible penetrar por la noche en la zona rebelde, fui a verme con varios dominicanos que estaban en la zona internacional. Uno de estos era el general de brigada Antonio Imbert Barrera, uno de los dos hombres que viven aún de entre los que asesinaron al generalísimo Trujillo. Imbert es hombre de corta estatura, robusto, valeroso, astuto y brusco, que en todas partes dispone de relaciones.

Cuando me contaba cómo había dado comienzo la revuelta, recibí una comunicación urgente: Juan Bosch me llamaba desde Puerto Rico. A través de una débil línea telefónica, Bosch y yo conversamos. Le dije que esperaba ver al coronel Francisco Caamaño Deñó, el comandante de los rebeldes de Bosch, al día siguiente. Bosch me dijo que la noticia de mi llegada a Santo Domingo era la mejor que había recibido.

Serían las 3 de la mañana cuan-

do regresamos por fin a la embajada. La residencia de esta se hallaba atestada de empleados que no habían podido trasladarse a su casa. El embajador y yo dormimos en el suelo. La residencia fue blanco de intermitentes descargas de los rebeldes durante toda la noche.

Por la mañana iniciamos un complicado juego a fin de vernos con el coronel Caamaño. El coronel se negó a abandonar la posición rebelde para hablar conmigo; yo tendría que ir en su busca: cruzar la línea divisoria y salir de la zona internacional, cuyo perímetro estaba custodiado por tropas norteamericanas. Caamaño me hizo saber que trataría de prevenir a los tiradores que tenía apostados por allí, pero que no podía garantizar plenamente la seguridad de mi persona. Acompañados por el emisario de Caamaño, Shlaudeman y yo partimos en el automóvil del nuncio papal; el propio nuncio conducía el vehículo, la tapa de cuyo motor iba cubierta con la bandera vaticana. Ya en territorio rebelde, avanzamos lentamente, con las ventanillas cerradas para que los tiradores supieran que nosotros no teníamos intención alguna de disparar.

Los rebeldes se habían apoderado del centro de la ciudad, incluido el principal sector comercial, pero su posición militar se hallaba en Ciudad Nueva, el viejo barrio de la época colonial española. Allí las ventanas y puertas se mantenían generalmente abiertas a fin de aprovechar cualquier soplo de la brisa. Entonces se encontraban herméticamente cerradas. Las calles, habitualmente abarrotadas, estaban poco menos que desiertas, cubiertas de basuras y desperdicios, vidrios rotos y pedazos de yeso.

Libreto equivocado. Llegamos al fin al cuartel general del coronel Caamaño. Era este un hombre joven (de 32 años), corpulento, moreno de tez, que vestía de caqui y mostraba un aspecto vigoroso aunque un tanto inseguro. Era oficial de la fuerza aérea y se había unido a la rebelión cuando estalló esta. Con él se hallaba un joven de corta estatura que ya me era conocido: Héctor Aristy, un individuo sutil en lo que hacía a la política y los negocios.

—La ciudad entera clama por el restablecimiento de la constitución de 1962 —declaró Caamaño—, con Juan Bosch de presidente.

Aristy se apresuró a corregirlo: la constitución que deseaban restablecer era la de 1963, no la de 1962, herencia de Trujillo. Caamaño había firmado ya la tregua concertada y prometió que la respetaría. ¿Podría dominar a todas sus tropas?, le preguntamos. Aristy, contestando por Caamaño, habló volublemente de política constitucional, e hizo frecuente uso de la palabra.

Cuando llegó la hora de partir, una multitud, que lanzaba entusiastas vítores, alargaba insistentemente las manos hacia el interior de nuestro automóvil por estrechar

las mías, a la vez que gritaba:

—¡Confiamos en usted, señor Martin! ¡Queremos la democracia!

Aquel era el pueblo, el de los hambrientos, los indigentes, los enfermos e indefensos, que nada sabían de política. Los que lo componían habrían de ser los que muriesen en caso de un ataque militar generalizado contra Ciudad Nueva. Y esta gente era la que decía contar conmigo.

Con todo, tal manifestación había sido organizada, y bien. Y Shlaudeman observó algo más: un joven de camisa negra, en quien aquel reconoció a un elemento de algún partido terrorista Castro-comunista, había llegado hasta nuestro automóvil para gritar:

—¡Yanquis! ¡Vuélvanse a su tierra!

Inmediatamente apareció una mano que lo asió por el hombro con firmeza y lo alejó de allí. Evidentemente, el joven terrorista había dicho una frase que no estaba en el libreto.

El domingo llegó la misión de paz de la OEA, compuesta de cinco emisarios, que fue precedida por José Mora, secretario general de aquel organismo. Shlaudeman y yo nos retiramos con objeto de estudiar el cúmulo de datos reunidos por las agencias de información norteamericanas y celebrar nuevas conversaciones con los dominicanos de ambos bandos con quienes llevábamos relaciones. Esa misma tarde pasamos revista a la situación general.

Anatomía de una revolución. En un principio la revuelta había obedecido a un movimiento cuidadosamente planeado, dirigido principalmente por el PRD, el partido de Juan Bosch, y especialmente por algunos jóvenes apasionadamente consagrados a los ideales de libertad y de justicia. Casi inmediatamente se habían adherido al movimiento varios militares dominicanos, entre los cuales había algunos que eran simples aventureros, como también los había que eran tropas avezadas, hartas de la corrupción existente entre los generales.

Y casi inmediatamente habíanse incorporado también a la revuelta activos elementos comunistas. Entre estos se contaban algunos que en mi tiempo habían formado entre los líderes de los tres partidos comunistas básicos de Santo Domingo: el PSP, el MPD y el PNR*, así como varios componentes del ala extremista del partido castrista "14 de Junio". Yo mismo reconocí los nombres de cosa de una docena de ellos: individuos que en mi tiempo habían viajado a Cuba, a la China roja o a la Unión Soviética para adiestrarse en la guerra de guerrillas o para empaparse en las teorías comunistas, y habían vuelto a la República Dominicana con grandes sumas de dinero. Las fuentes norteamericanas de información citaban a otros 70 de

*Partido Socialista Popular, Movimiento Popular Dominicano y Partido Nacional Republicano, respectivamente.

tales sujetos. Los agentes estadounidenses habían visto a muchos de aquellos hombres en el cuartel general o en las plazas fuertes de los rebeldes. Aparte de esto, de fuentes absolutamente fidedignas Shlaudeman y yo supimos que aquellos comunistas se encontraban en verdad en tales sitios.

Finalmente, centenares, quizá miles de ciudadanos dominicanos corrientes se habían unido a la rebelión; muchos de ellos eran personas pobres y analfabetas, que habían escapado a la tiranía de Trujillo con el anhelo de disfrutar de una vida mejor, y a quienes yo, al igual que otras personas, les había asegurado que los Estados Unidos les ayudarían a alcanzarla y que habían visto desvanecerse sus esperanzas.

Fue así como se inició la revolución. Sin embargo, cambió de aspecto con la rapidez del relámpago.

Los militares rebeldes se habían llevado consigo enormes cantidades de pertrechos; en plena calle distribuían armas de fuego entre quienes las quisieran. A los empleados de las gasolineras los obligaban a llenar de gasolina las botellas que trajera consigo cualquier desconocido a fin de improvisar bombas caseras.

Y comenzó la matanza. La anarquía se adueñó de la ciudad. Tropas dominicanas daban muerte a tropas dominicanas, los civiles se mataban entre sí. Nadie sabe con exactitud cuántas personas perdieron entonces la vida. El coronel Caamaño me dijo que había sufrido 1400 bajas. Los hospitales se hallaban repletos; los médicos operaban a los heridos en el piso mismo de las salas, a la luz de una lámpara y sin emplear anestésico alguno. Lo sucedido fue que con el derrocamiento de Bosch, los odios cristalizaron, la estructura política se fue al traste, y el diluvio de sangre que podría haber ocurrido inmediatamente después del asesinato de Trujillo, se desataba ahora, cuatro años más tarde.

Y el diluvio de sangre arrastró consigo los ideales; desaparecieron las diferencias entre hombres, partidos, móviles. Cuando llegué encontré muy cambiadas a muchas de las personas a quienes había conocido en otro tiempo. Se habían convertido en verdaderos extremistas, en seres dados a la violencia; en bestias o poco menos. Y los hombres caídos en tal estado, encuentran cerradas todas las puertas... salvo las puertas del comunismo.

Cierta señora, que fuera izquierdista moderada, idealista, pero decidida enemiga del comunismo, se encaminó cierto día al cuartel general revolucionario en busca de provisiones. Un adolescente la detuvo para preguntarle si llevaba alguna nota. La señora hizo venir a uno de los jefes rebeldes y acusó al muchacho de "contrarrevolucionario".

Como todo el mundo lo sabe, los comunistas ya no hacen las revoluciones: se adueñan de ellas. La

trasformación operada en la mente de esa mujer revela el fenómeno ocurrido. Ella se había olvidado de sus convicciones, de los motivos por los cuales luchaba en un principio. En una palabra, estaba trastornada, como tantos otros.

Por esos días parecía imposible llegar a ningún arreglo en lo político. La solución obvia, y que algunas personas aconsejaban, resultaba también inaceptable: consistía en lanzar contra los rebeldes un preponderante ejército estadounidense. La sola esperanza estaba en sostener la tregua y confiar en que las partes interesadas recobraran el buen sentido.

Así se lo comuniqué por teléfono al Presidente Johnson. Lo anuncié así públicamente, cosa que también hizo el Presidente el domingo 2 de mayo. Y esa noche, por recomendación suya, me trasladé a Puerto Rico con el propósito de entrevistarme con Juan Bosch.

"Estoy gastado". Bosch, peliblanco, erguido, me escuchaba en tanto le describía la situación según yo la juzgaba: aventureros y Castro-comunistas habían asumido la dirección del partido de Bosch y su país estaba hecho jirones. Bosch se resistía a dar crédito a mis palabras, y esto era comprensible hallándose él en Puerto Rico. Yo mismo no lo habría creído posible, de no haberlo visto.

En seguida le expliqué cuál era el propósito que perseguía mi gobierno al hacerse presente en Santo Domingo: proteger la vida de los ciudadanos estadounidenses, evitar que el Castro-comunismo se adueñara del poder, restablecer la paz. Bosch y yo estuvimos conversando hasta pasada la una de la mañana sin llegar a solución alguna. En determinado momento, Bosch me expresó su devoción hacia el constitucionalismo; en otro habló de que lo único que podría sustituir a este sería la prolongada ocupación de su país por los infantes de marina norteamericanos.

A la mañana siguiente analizamos juntos todas las soluciones posibles, y pregunté a Bosch si acaso intentaba regresar a su patria. Levantó una mano y replicó:

—No, no puedo. Yo ya estoy... ¿cómo le diré? ... gastado.

En todo momento se observaba en el fondo del pensamiento de Bosch una chispa reveladora de su dura comprensión de la realidad.

—¿Regresaría usted a su patria para prestar consejo al gobierno y colaborar en la reconstrucción de su país? —le pregunté.

—No, me es imposible. Si he de volver será como presidente.

Hablamos también de la posibilidad de que hiciera una declaración pública, pero no llegamos a conclusión alguna. Me dirigí, pues, a la base naval, informé telefónicamente al Presidente Johnson, y hacia el anochecer emprendí el regreso a Santo Domingo.

Fin de la 1a. fase. La tregua convenida se cumplía con gran desasosiego; el fuego de los tirado-

res furtivos, y a veces de ametralladoras, la violaba constantemente. Sin embargo, no se había visto rota por disparos de armas de gran calibre.

Las tropas norteamericanas, que operaban ya con el carácter de un contingente internacional a las órdenes de la OEA, patrullaban la zona internacional, así como un corredor situado entre esta y el puente Duarte, que había que cruzar para llegar al aeropuerto. Si, como afirmaban los rebeldes, la intención hubiera sido hacer fracasar la revuelta, Washington no habría insistido en la tregua, con la cual se dejó a aquellos en posesión del centro de la ciudad, de la compañía de teléfonos y de la importantísima radioemisora. Tampoco las fuerzas norteamericanas aislaron por completo la posición de los revolucionarios en Ciudad Nueva: no impedían que gente de paz atravesara libremente el corredor, y lejos de "obligarlos a salir por hambre", alimentaban a los rebeldes y les proporcionaban medicinas y agua. En una palabra, la tregua fue muy ventajosa para estos.

Fase No. 2. Ya entrada la noche de ese mismo lunes, Imbert me hizo ir a su casa y me dijo que varias personas, así militares como civiles, le habían dicho que no podían dar su apoyo ni a los revolucionarios ni a la antigua junta de San Isidro; que insistían en que se volviera a integrar la junta de tres militares encabezada por el coronel Benoit, y que sólo Imbert era lo bastante fuerte para encargarse de ello.

—¿Quiere usted hacer tal cosa? —le pregunté.

—Sí —repuso Imbert—. En bien de mi país, no por interés mío. ¿Por qué diablos he de querer meterme en este berenjenal?

—Nosotros los norteamericanos no apoyaremos una dictadura militar —declaré yo—. ¿Quién estará incluido en el gobierno?

Imbert quería integrarlo primeramente con su propia persona y el coronel Benoit, además de tres civiles, individuos ajenos a la política y de relevante posición, que carecían de toda liga con uno u otro de los bandos en conflicto. Imbert citó algunos nombres, sus amigos propusieron otros, yo mismo di algunos, mas pocos eran los que estaban dispuestos a aceptar ninguna responsabilidad.

Los días y las noches trascurrían confusamente. Por fin, durante la semana del 10 de mayo, el Gobierno de Reconstrucción Nacional prestó juramento y dio comienzo a sus funciones. Lo componían hombres aptos, inteligentes, serenos, que estaban muy lejos de constituir una dictadura militar.

Imbert se desembarazó de la mayoría de los odiados generales de San Isidro, para lo cual los atrajo a la base naval, los hizo desarmar, los puso a bordo de un barco de guerra dominicano y ordenó que este se hiciera a la mar. Wessin, sin embargo, se negó a seguirlos.

Durante todo este tiempo el em-

bajador Bennett trabajaba día y noche... y absorbía las críticas que se enderezaban a los norteamericanos. Los rebeldes arrojaban sobre él, rencorosamente, la culpa de la catástrofe y afirmaban que era un "demonio", un "maniático", y que cuanto decía eran "mentiras".

Fase No. 3. Entonces comenzó la busca de una solución política. Entre tanto los rebeldes habían anunciado que el "Congreso" había "elegido" a Caamaño como presidente. Empezamos a tratar de que se entablaran pláticas entre Imbert y Caamaño, con la esperanza de que se operase una reconciliación. Shlaudeman y yo hablábamos con quienquiera que pudiera contribuir a tal fin.

A la sazón ya la gente empezaba a dejarse ver. Los automóviles circulaban en mayor número. En la valla de la zona internacional los infantes de marina estadounidenses distribuían bombones entre los niños. Se empezó a apremiar insistentemente a las fuerzas norteamericanas para que se apoderasen de la ciudad, pues los revolucionarios se estaban aprovechando de la tregua para introducir agitadores y armas de fuego en la parte norte de la ciudad y enviarlos al interior del país.

Por añadidura, su radioemisora venía promoviendo la causa revolucionaria vigorosamente. Los insurrectos dieron en organizar mítines de masas, y de pronto su grito de guerra dejó de emplear el nombre de Juan Bosch para invocar la constitución e incitar al antinorteamericanismo.

Por la mañana del 11 de mayo se nos comunicó que Caamaño estaba dispuesto a hablar con Imbert, pero que antes de ello quería entrevistarse conmigo. Así pues, el nuncio apostólico, Shlaudeman y yo penetramos una vez más en la zona rebelde. Hallamos a Caamaño en una escueta oficina, en compañía de Héctor Aristy y del "ministro de negocios extranjeros" de los revolucionarios. Estos hicieron patente su estrategia: no accederían a hablar con Imbert hasta que el general Wessin y otros dos oficiales fueran eliminados. Yo repuse que esto era cosa que Caamaño debería tratar con Imbert; lo importante era conseguir que ambos comenzaran a negociar. Aristy, sin embargo, insistía en desviar la conversación para hablar de incidentes en que, según decía, el bando opuesto había violado la tregua.

Conseguí que Caamaño se volviera a mirar el mapa que estaba al otro extremo de la mesa, lejos de Aristy, y le pregunté en voz baja:

—¿Obra usted con libertad?

—Obro con entera libertad.

—¿Podría usted salir de aquí para entablar conversaciones?

Caamaño vaciló y en seguida repuso:

—Mi gente me informa que sería inútil hablar mientras esos tres generales sigan allí. Si quisiera hacerlo, me pondrían en la calle.

—¿Quién es "su gente"? ¿Quién

lo pondría a usted "en la calle"?

—Tendría yo que consultar a mis consejeros, a mis *militantes*; al Gabinete, a algunos senadores.

Lo de *militantes* podría significar igualmente soldados como él que comunistas. Le pregunté si se trataba de unos u otros. Caamaño vaciló de nuevo y en seguida dijo:

—Hablo de los oficiales.

—¿No de los comunistas?

—Aquí no hay comunistas —replicó.

—Yo sé bien que los hay. Lo que le pregunto es si no está usted sujeto a ellos.

Caamaño apartó la vista y, vacilando al hablar, respondió:

—Es posible que haya algunos individuos comunistas en mi zona, pero no ocupan posiciones de mando. Una vez que terminemos con esto, nos libraremos de ellos.

Yo distaba mucho de estar seguro de eso, y me parece que a él le ocurría otro tanto.

—Si quiere usted que esto se solucione pacíficamente —le dije—, será mejor que inicie negociaciones con el bando contrario. El tiempo se agota. Hemos estado tratando de hacer venir a Betancourt, Figueres y Muñoz Marín en representación de la OEA... pero se niegan a venir.

Caamaño se mostró desconcertado. Creía contar con el apoyo de aquellos personajes, todos eminentes líderes de la izquierda democrática y no comunista en el Caribe. Juan Bosch había sido amigo de los tres y compartía sus ideales.

Después de larga discusión, Caamaño accedió a tratar con Imbert, pero antes, dijo, tendría que consultar a sus consejeros, e insistió en que se haría acompañar por Aristy. Se mostraba tenso, incluso atemorizado.

Fui en busca de Imbert y obtuve de él la promesa de que hablaría con Caamaño. Luego, de regreso en la cancillería, nos pusimos a esperar. Dos horas pasaron, tres. Poco después de las tres nos dieron la noticia de que Caamaño había cancelado la proyectada reunión, diciendo que "las tropas de Wessin" (quien no mandaba tropa alguna en la capital) habían atacado el restaurante del Dragón, situado en la zona rebelde, para lo que contaron con la protección de algunas fuerzas norteamericanas, y que habían dado muerte a uno de los rebeldes y herido a otros más.

Quisimos informarnos de lo ocurrido en el restaurante del Dragón, pero crecían nuestras sospechas de que en realidad los insurrectos no tenían interés en entablar pláticas, que estos (no el propio Caamaño, sino los comunistas que tras él se escudaban) venían provocando incidentes con objeto de sabotear las negociaciones.

A la orilla del precipicio. Llegado el miércoles la gente de Imbert se hallaba descorazonada: los rebeldes estaban ganando la guerra política y de propaganda, sembrando la rebelión en el resto del país y apoderándose de otros lugares, en tanto que Imbert mismo tenía

las manos atadas por la OEA y la tregua concertada. Esa noche nos pareció que los disparos eran más tupidos de lo que fueran desde la primera o segunda noche de la tregua.

A la mañana siguiente el "ministro de negocios extranjeros" de Caamaño llamó por teléfono.

—Los soldados norteamericanos han violado la tregua —dijo, y citó dos puntos determinados en que, según él, esto había ocurrido—. El coronel Caamaño ha dado órdenes de que si esas tropas no vuelven a su posición antes de media hora, se rompa el fuego contra todos los soldados norteamericanos.

—Quiero hablar con Caamaño, y con nadie más —repliqué.

Después de larga demora, Caamaño tomó el teléfono. Casi a voces anunció:

—Somos hombres de honor... Estamos hartos de hablar... ¡Lucharemos hasta la muerte!

—Un momento —repuse—. No es posible entablar negociaciones por medio de ultimátums. Me informaré de lo ocurrido y le telefonearé de nuevo.

Alguna otra persona le arrebató el aparato.

—Atacaremos a las tropas, cualesquiera que sean, que anden fuera...

—¡Comuníqueme con Caamaño! —exclamé.

De nuevo oí la voz del coronel:

—... la hora postrera. Estamos en guerra... Somos hombres de honor...

Se interrumpió, y alguien me dijo:

—Ha ido a ponerse al frente de sus tropas.

Me entrevisté con el general brigadier Bruce Palmer, comandante de las fuerzas estadounidenses. A lo que él sabía, la noche anterior los rebeldes habían disparado contra las tropas norteamericanas, cerca de la fábrica de energía eléctrica, desde un edificio que estaba fuera del alcance de las armas disponibles. Aquella misma mañana los soldados estadounidenses habían efectuado una salida y acallado el fuego de los atacantes... de acuerdo con las órdenes que tenían y los términos de la tregua, pero a la sazón habían regresado ya a sus posiciones.

Logré comunicarme nuevamente con Caamaño, le di a saber lo que me informara el general Palmer, y agregué:

—Escúcheme, estos incidentes son inevitables. Henos aquí hablando de una vida humana o dos cuando debiéramos hablar de miles de ellas. Es necesario que empiece usted a tratar con Imbert... y sin demora.

—Ya estamos cansados de hablar —contestó.

—Mire, coronel —le dije—, usted y yo nos entendemos, pero entre los de su bando hay algunos que están provocando tales incidentes y creándonos dificultades a usted y a mí. Si queremos que haya paz, debemos impedir que estas cosas se repitan.

Ataque aéreo. Me hallaba yo en una apartada habitación de la cancillería, redactando un cablegrama, cuando de repente estalló un ruido infernal; lo causaban tupidas descargas, acompañadas del rugir de aviones que volaban a poca altura. Me retiré a un rincón (las paredes de la cancillería son de cemento, y muy gruesas) y esperé. Al fin los fusilazos cesaron.

Varios aviones de combate, que no fue posible identificar, habían pasado a poca altura frente a la embajada y las tropas norteamericanas habían disparado contra ellos. Más adelante supimos que el comandante de la fuerza aérea de Imbert había destacado cinco aviones con instrucciones de atacar a la Radio Santo Domingo que, a unas cuantas calles al norte de la embajada, estaba en poder de los revolucionarios. Los soldados estadounidenses habían disparado sobre los aviones y lo mismo habían hecho los rebeldes cuando aquellos cruzaron los límites de la zona. Los aviones descargaron cohetes sobre la radioemisora y la hicieron callar. De resultas de las descargas hechas desde tierra, probablemente de las norteamericanas, se desplomó uno de los aviones atacantes. La embajada estadounidense protestó ante la OEA y también protestaron los rebeldes. Todo andaba de cabeza. A la mañana siguiente ya Radio Santo Domingo funcionaba de nuevo, empleando otro trasmisor. Y en las Naciones Unidas el Consejo de Seguridad votaba el envío de un representante a la República Dominicana.

Todo andaba de cabeza. Sólo así se puede describir la situación que prevalecía entonces en Santo Domingo. Las poderosas fuerzas que están en juego en nuestros peligrosos y revolucionarios tiempos han hecho garras a la isleña república... como han despedazado a otras naciones en todo el mundo. Es al choque de esas fuerzas al que los Estados Unidos deben enfrentarse. Y por el hecho mismo de la enorme magnitud del poderío norteamericano, sus límites resultan estrechos en extremo. Los estadounidenses se encontraban en Santo Domingo con armas y fuerzas suficientes para arrasar la ciudad. Pero ¿qué pasaría si así lo hicieran? ¿Iban a acabar con millares de dominicanos inocentes sólo por librarse de un puñado de comunistas? ¿Habían de ocupar el país entero durante varios meses, quizá durante varios años? Nada está más lejos de su ánimo.

Los rebeldes se conquistaron, en parte y al menos por algún tiempo, las simpatías del común de la gente, y mal harían los norteamericanos si creyeran que ello se debió solamente a que los revolucionarios tenían en su poder el valioso medio de la radio. El anhelo de una vida mejor que acaricia el pueblo dominicano ha echado hondas raíces. Los Estados Unidos estimularon ese anhelo, y con justa razón, y deben continuar haciéndolo así. Al propio tiempo deben impedir

que se aprovechen de tal anhelo quienes estaban dispuestos a traicionar a la República Dominicana... como ya estaba sucediendo en Santo Domingo, sin que se percatase la generalidad del pueblo.

Cualesquiera que sean los acontecimientos venideros, el papel de los Estados Unidos no es cosa fácil. Según lo ha dicho ya el Presidente Johnson, los norteamericanos no pretenden imponer a Santo Domingo solución alguna, nada buscan sino devolverle la paz y la libertad en la autodeterminación. En aquella islita podemos observar, en pequeña escala, la revolución mundial que se opera en nuestro tiempo. Y por la confusa, sangrienta y compleja cadena de los sucesos descritos en estas páginas podremos comprender cuán dificultoso es el problema que encaran los Estados Unidos.



De todo y de todas partes

Un tribunal se negó a conceder compensación alguna por daños y perjuicios a cierta señora que tuvo que someterse a tratamiento siquiátrico después de que su máquina de lavar (durante la operación en que el tambor gira rápidamente para extraer el agua) la persiguió por toda la pieza. —C. M.

Los contribuyentes en el Brasil han tenido que someterse al colmo de la ignominia: por disposición del gobierno, ahora tienen que comprar en las papelerías formularios para la declaración del impuesto sobre la renta.

— F. J. C., suplemento del *Times* de Nueva York

Pruebas efectuadas en una exposición de automóviles en la ciudad de México indican que el nuevo Chrysler, de motor a turbina, puede funcionar con tequila de 40 grados.

— UPI

Cuando los ciudadanos de High Wycombe (Inglaterra) eligen nuevo alcalde, todos los concejales, siguiendo una antigua costumbre, se pesan en público. Los que pesan igual o menos de lo que pesaron al asumir el cargo son objeto de calurosos aplausos: evidentemente, no han engordado a expensas del fisco.

— *Ospitalità e Alberghi*, Italia

En una lista de sociedades filantrópicas europeas figura una de Holanda que auxilia a los jockeys que, por haber crecido demasiado, ya no pueden ejercer su profesión.

— *Algemeen Handelsblad*, Amsterdam

Una gasolinera de Osaka (Japón) ofrece a sus parroquianos té y baños calientes mientras se está dando servicio a sus coches. Así hombre y máquina se pueden lavar y llenar simultáneamente. — *Quote*

¿Por qué casarse?

Se ha hecho tan común pensar que los jóvenes deben ingresar en las filas del matrimonio, que la gente ha olvidado los méritos del celibato.

Por la doctora Leslie Koempel

Profesora de sociología y presidenta del Departamento de Economía, Sociología y Antropología de la Universidad de Vassar

Condensado de "The Saturday Evening Post"

Sin advertir bien lo que hacemos, es lo cierto que estamos tratando de declarar ilegal la soltería. De salirnos con la nuestra, el porvenir nos resultará muy aburrido. Sí, porque al insistir en la necesidad de que la gente se case, nos privamos muchas veces del talento, de la aportación y, ¿por qué no decirlo?, hasta de la divertida excentricidad que solteras y solterones pueden proporcionarnos.

Partimos de la filantrópica suposición de que lo ventajoso para algunos debe extenderse a todos, y exigimos que todos (artista, escritor o erudito; deportista, militar o científico) se incorporen a las nutridas filas matrimoniales y abracen la vida doméstica.

El moderno Matrimonio Modelo ha de ser dinámico, feliz, creador, un centro vital; esto es, un fin en sí mismo. Se le añaden innumerables requisitos y complicaciones. Un matrimonio que no "progresa espiritualmente" es considerado intolerable. Toda pareja debe constituir un matrimonio que, como en los grandes episodios amorosos de la historia, represente una realización per-

sonal. Hay muchos maridos que no pueden tener amigos íntimos ni pasatiempos propios, que no compartan con sus esposas.

Sin embargo, este tipo "ideal" de comunión, comunicación e ininterrumpido compañerismo es imposible de alcanzar en la vida real. No poca de la infelicidad conyugal proviene, desde luego, del esfuerzo para alcanzar aquel ideal tan imposible. Y no obstante, los que son desdichados en el matrimonio se imaginan sencillamente que les iría mejor con otro cónyuge.

A veces me pregunto dónde estaríamos si en el pasado se hubiese impuesto como norma el moderno Matrimonio Modelo. Muchos hombres y mujeres que han tirado solos o con un cónyuge al que prestaban escasa atención han contribuido enormemente a la historia. Los monjes medievales, por ejemplo, salvaguardaron lo que la era clásica nos legó y evitaron que desapareciera durante los tiempos del oscurantismo. Los solteros desempeñaron un papel fundamental al encabezar la emigración en masa. Hace una generación apenas, muchas mujeres solteras se consagraban sin vacilar a la enseñanza, a la acción social, al cuidado de los enfermos, a la literatura y la obra reformista. Los solteros podían elegir entre muchas actividades interesantes: la de explorador, aventurero, hombre de mundo, revolucionario, letrado, deportista o bohemio. Florencia Nightingale podía haberse casado y aun así fundar la noble profesión de enfermera, pero es difícil imaginar un marido del siglo XIX o aun del actual que accediera a que aquella acometiera su peligrosa excursión a la guerra de Crimea. Clara Burton, la fundadora de la Cruz Roja Norteamericana, era una solterona.

En una encuesta efectuada entre los profesores de una universidad para que nombrasen las diez personalidades que más han contribuido al adelanto de los conocimientos humanos, de los diez señalados, Platón, Newton y Leonardo de Vinci nunca se casaron; Sócrates no hizo un matrimonio venturoso; Aristóteles y Darwin se casaron mucho tiempo después de haber iniciado su obra; y no parece que la vida conyugal ocupara lugar importante en la existencia de Galileo, Shakespeare, Pasteur o Einstein.

Hace más de treinta años, cuando decidí graduarme en sociología, me incorporé al núcleo, bastante pequeño pero bien definido, de esas mujeres que a sabiendas eligen el seguir una carrera en vez de abrazar el matrimonio. Hoy, cuando oigo a mis alumnas, advierto que no se sienten con esa libertad de elección, sino más bien piensan que deben darse prisa a cazar un marido antes que se agote la partida de hombres casaderos disponibles para las de su edad. Las más sensibles tienen la impresión de que se están poniendo en subasta tan despiadadamente como antes se entregaba a las jóvenes en matrimonio según arreglo previo,

y las que dan mayor importancia a su hondo afán de saber que a cazar marido, sienten un poco de miedo.

Mis alumnas se desconciertan cuando les explico que hoy pueden elegir entre casarse o no, y que, en el caso de algunas, muchas de las energías que se dedican al matrimonio podrían aprovecharse mejor en la ciencia, el arte, la exploración, la política y la acción social. Así están constituidas y no quieren verse en situación de poder elegir; quieren creer que lo mejor para todos, en todos sentidos, es consagrar todo su tiempo a formar y sostener el Matrimonio Modelo.

Se ha dado en ensalzar las ventajas para todos de la vida doméstica. A las jóvenes se les hace oír una nueva letanía: "No tenéis que elegir. Podéis, y en realidad debéis, hacer un matrimonio dinámico y tener cuatro hijos. El matrimonio no tiene por qué estorbar a la realización de vuestras otras aspiraciones. Más aún: incluso puede ayudaros a aplicar vuestro talento creador a las artes o las ciencias".

Es preciso que nos detengamos a analizar el camino estrecho y destructor que atolondradamente hemos tomado. El creer que el matrimonio es cosa imprescindible, universal y sujeta a conceptos uniformes, induce a los jóvenes, incluso a los de más talento, a tomar como único criterio para juzgarse su aptitud para el matrimonio y su "adaptabilidad" a él. Así se malgastan energías que son necesarias para el arte, la ciencia y la política. A menos que se permita, e incluso se anime, a algunos de los jóvenes mejor dotados a crear su propia forma de vida, tal vez el interés y la solicitud que se requieren para mejorar la sociedad se verán sacrificados al afán de hacer vida doméstica.



Dedicatorias delicadas

El antropólogo John Greenway dedicó su libro *Literature Among the Primitives* (*La literatura entre los pueblos primitivos*): "A MacEdward Leach, caro amigo y venerado maestro, sin cuya inspiración, consejo y estímulo hoy me hallaría dedicado a una profesión más productiva".

— Editado por Folklore Associates

Gerald Lieberman dedicó su antología *The Greatest Laughs of All Time* (Los mejores chistes de todos los tiempos) a las mujeres que figuraron en su vida: "A mi madre, Frieda Seidman; a mis hijas, Laurie Jo y Mona Helene; y a mi esposa, Silvia, que me son todas igualmente queridas, pero a quienes menciono aquí en orden alfabético, por sus nombres de pila, para mayor seguridad".

— Editado por Doubleday

Tenía ya cincuenta años cuando se inició en la aviación, sin saber una palabra de esa industria. No obstante, William Piper es hoy el hombre que más aviones ha construido en el mundo.

POR ROBERT BUCK
Condensado de "Air Facts"

El hombre que me rejuvenece en espíritu

CONOZCO a un hombre maravilloso que considera la oportunidad de trabajar como uno de los grandes dones de la vida y no cree que la edad tenga por qué impedirle a uno emprender lo que le guste. Es William Piper, padre de la famosa avioneta "Piper Cub". Demostró su tesis fundando una fábrica de aviones a los 50 años y aprendiendo a volar ese mismo año, el de 1931. Hoy, a los 84, sigue en plena actividad y puede enorgullecerse de que ninguna otra empresa del mundo ha construido tantos aviones como la suya.

Hasta poco antes de cumplir los 50, el señor Piper, hombre de negocios de Bradford (Pensilvania), no se había acercado jamás a un avión, y menos aún se le había ocurrido volar en uno. La Cámara de Comercio, que había atraído al pueblo una pequeña empresa de aviación, le pidió que entrara a formar parte de la junta directiva de la empresa; mas no bien había él ocupado su silla cuando la compañía entró en barrena y fue directamente a la quiebra. Sin embargo, Piper había visto lo suficiente y su despierta in-



teligencia comprendió lo que sería el futuro de la aviación. Se asoció con un ingeniero de 28 años, C.G. Taylor, y estableció una nueva compañía para fabricar aviones.

En lo primero que pensó fue en construir un avión de tan bajo costo que todo el mundo pudiera comprarlo; y aunque no lo logró del todo, puesto que los aviones siguen siendo relativamente costosos, sí fabricó el mejor y el menos caro de cuantos se producen en serie: el "Cub". Hoy no se puede hablar del señor Piper sin hablar del Cub; son como Henry Ford y su Modelo T.

Los primeros Cubs eran monoplanos amarillos de dos asientos, con motores de 37 caballos. Con todos los 37 caballos al galope y sometido el aparato a máximo esfuerzo, se decía que desarrollaba 135 kilómetros por hora y aterrizaba suavemente a 45. De entonces acá, los Cubs han tenido toda clase de motores; hoy tienen 150 caballos, vuelan a 200 k.p.h. y suben como ángeles con nostalgia de cielo.

El primer Cub en que volé llegó a nuestro aeródromo en vuelo de exhibición. Casi daba risa verlo tan pequeño, como si hubiera sido hecho en casa, con tubos y armazón al descubierto y tres sencillos instrumentos solitarios en el tablero. El fuselaje era tan estrecho que yo casi tocaba las paredes con los hombros. Gritaron "¡Contacto!" y le dieron vuelta a la hélice. Entonces el pequeño motor se puso en marcha con un discreto rumor, como el de una podadora de césped, en vez del vigoroso rugir a que yo estaba habituado en mi poderoso Pitcairn de 225 caballos, modelo 1930.

Empujé suavemente hacia adelante el acelerador y el pequeño motor adquirió mayor velocidad, la hélice se convirtió en un disco brillante y el aparato se deslizó sobre el terreno. Abrí entonces todo el acelerador, levanté la cola del avión, lo hice correr un poco y lo elevé. No tenía fuerza suficiente para una ascensión veloz y empinada, de modo que hube de moderar el ángulo ascensional de acuerdo con la capacidad de los 37 caballos. El aparato, sin embargo, volaba muy bien, los mandos daban la sensación de seguridad, y aterrizaba lentamente. Ya de nuevo en tierra, se me quitaron las ganas de bromear. Presentía que esta avioneta sería importante para el futuro de la aviación.

Lo fue, sin duda. El Cub vino a ser la guardería en que se crió la aviación. Al comenzar la segunda guerra mundial, cuatro de cada cinco pilotos habían aprendido a volar en un Cub, entre ellos algunos de los más famosos, como Joe Walker, piloto de pruebas de la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio, que ahora vuela en el avión más veloz del mundo, el

---

ROBERT BUCK es uno de los pilotos sobresalientes de los *jets* trasatlánticos de la Trans World Airlines. Ha volado desde los 15 años, cuando se inició solo en un deslizador hecho en casa. A los 16 estableció una marca de velocidad para jóvenes, en el vuelo, a través de los Estados Unidos, de ida y regreso entre Nueva York y Los Ángeles.

avión cohete experimental X-15. Muchos de mis colegas, pilotos de aerolíneas transoceánicas, abrieron también por primera vez sus alas en aquel diminuto aparato.

Durante la guerra el Cub se coronó de laureles desempeñando toda clase de funciones, tales como descubrir emplazamientos de artillería, servicio de ambulancia, enlace y trasporte, reconocimiento y fotografía aérea. Hasta era posible elevarse en un Cub desde un LST, buque que se usó para desembarcar soldados y material de guerra. En algunos de estos buques se construyeron frente al castillo de popa plataformas de tres metros de ancho y 135 de largo, que servían de pista de despegue para un Cub cuando la embarcación orzaba contra el viento.

Estas avionetas se han usado para instrucción de vuelo, para labores en las haciendas, para trasportar misioneros, fumigar y otras cosas. El número de las fabricadas pasa de 31.000, o sea más que cualquier otro modelo de avión. Hoy la fábrica sólo hace unas pocas al año, pues se ha especializado en bellos aparatos de uno o dos motores para trasporte rápido privado y de negocios; pero dondequiera que se reúnan varios pilotos, el nombre de Cub siempre evoca gratos recuerdos.



¿Por qué tuvo tanto éxito esta avioneta? Sin duda, por el señor Piper. Basta observar un Cub, ver cómo está hecho, cómo vuela, para deducir el carácter del hombre: recio, sincero, poseedor de convicciones que pone en práctica. Es un hombre sencillo que tiene una fórmula sencilla: mucho trabajo y nada de oropeles.

Posee tanto vigor como su avión, y se mantiene erguido. Para ir de la fábrica al hangar adonde los nuevos propietarios reciben sus avionetas (una distancia de unos 400 metros) hay un servicio continuo de autobús; pero el señor Piper no lo utiliza. Prefiere caminar, con tiempo bueno o malo, y no lo detiene sino una tempestad. Vive en una pequeña casa de ladrillo cerca del aeropuerto y también va a pie al trabajo. Él mismo arregla y se encarga de su jardín. Usa zapatos cómodos y una corbata sencilla. A veces sus hijos lo critican porque no se la cambia en toda una semana. "¿Para qué?" les contesta. "Está limpia".

Piper recibió sus primeras lecciones de vuelo de uno de los pilotos de la fábrica, Bud Havens, y en el término de dos semanas ya volaba solo. Su estilo de valor es legendario, especialmente porque lleva a la cabina su filosofía de no complicar las cosas. ¿Por qué hacerlas difíciles? Siempre ha creído que cualquiera puede volar. "Yo soy un piloto terrible", solía decir, y lo demostraba a sus pasajeros con su total desprecio de la sensitiva coordinación de mandos: empujaba en sentidos opuestos el timón de dirección y la palanca de mando y el pobre Cub bailaba en el cielo como borracho; gracias a las espléndidas características de vuelo del aparato, estas exhibiciones no tuvieron ninguna consecuencia que lamentar.

Es joven de corazón y los jóvenes comprenden su honradez y su entusiasmo. Un día, cuando yo estaba inspeccionando un avión en la fábrica, mi hijo Rob, que tenía entonces 11 años, se quedó solo con él. El viejo y el chico conversaron durante una hora. Hablaron de los modelos de avión de Rob, de nuevos aeroplanos y del porvenir de la aviación. Desde entonces el señor Piper es para Rob el héroe de aviación por excelencia, por encima de los astronautas, pilotos de prueba y todos los demás.

Los tres hijos del señor Piper, Bill, Tony y Howard, han estado en la compañía desde sus comienzos y todos aprendieron a volar en la adolescencia. A los 16 años, Tony hizo algunas de las piezas del primer Cub. Bill efectuó el primer viaje en un Cub a través de los Estados Unidos. Los tres hicieron muchos vuelos con pasajeros y de exhibición y acrobacia para dar a conocer la avioneta, y hoy son los dirigentes de la compañía.

El comienzo de esta fue lento y el fundador tuvo que apelar a métodos muy rígidos para que no fracasara. Los primeros Cubs se entregaban en remolques tirados por automóviles, algunos de los cuales se adaptaron para quemar queroseno en vez de gasolina, por ser más barato. Como los largueros de las alas se hacían de abeto de Oregón, los remolques que iban a entregar avionetas a ese Estado regresaban cargados de madera. Los márgenes de utilidad eran mínimos y Piper se veía constantemente amenazado por el desastre financiero. A pesar de todo, logró salvar la empresa, que el primer año había construido 70 aviones. En noviembre de 1936, Piper compró a Taylor su parte y se quedó solo con el negocio.

En marzo de 1937 le ocurrió una catástrofe: la fábrica se incendió hasta los cimientos. Estaba asegurada por una suma muy reducida, pues el seguro resultaba demasiado costoso. Cuando le comunicaron la noticia, Piper pensó un momento y luego comentó: "Debemos sacar de esto una gran publicidad". Fue un comentario típico de su carácter, pues siempre trata de ver el lado bueno de las cosas. Sin más que un montón de cenizas y muy poco dinero, comenzó otra vez en

una abandonada hilandería de seda en Lock Haven (Pensilvania).

Piper no acepta en absoluto la idea de que una persona pueda llegar a ser demasiado vieja para hacer las cosas. Cuando tenía 73 años empezó su compañía a construir un avión bimotor. La Agencia Federal de Aviación de los Estados Unidos exige que los pilotos aprueben un examen especial antes de permitirles conducir aparatos de más de un motor. El piloto tiene que demostrar su capacidad para hacer frente a una emergencia, especialmente volar con un solo motor si el otro falla. Piper no quiso quedarse atrás. Quería ser capaz de hablar sobre aviones bimotores con autoridad y para ello hizo el difícil examen y fue aprobado.

Una gran cualidad que pronto se descubre en él es que nunca pierde de vista el futuro. Está acostumbrado a pensar en las oportunidades que se puedan presentar y descubre ventajas donde los demás sólo ven desventajas. Por ejemplo, cuando el negocio empezaba a darle buenos resultados, apareció una nueva revista de aviación llamada *Air Facts,* que analizaba los accidentes con el ánimo de contribuir a la mayor seguridad de los vuelos. Muchos de los accidentes ocurrían con Cubs, por la sencilla razón de que había más Cubs que otros tipos de aviones. Un empleado de publicidad de la fábrica Piper vio uno de los primeros números de *Air Facts* y corrió a llevárselo a su jefe diciéndole que esa información los iba a arruinar, y que había que tomar inmediatamente medidas para contrarrestar, o mejor aún, para hacer suspender tales artículos.

Piper sí tomó sus medidas, pero en una forma muy distinta. Leyó cuidadosamente la revista y resolvió regalar una suscripción a todo comprador de un Cub, haciéndose la consideración de que los informes sobre accidentes ayudarían a los nuevos dueños de avionetas a darse cuenta de los errores ajenos y a no cometerlos ellos mismos.

Aunque la mayoría de los aviones que construye hoy la empresa son costosos, hacen frente a los de la competencia. Sin embargo, Piper sigue soñando con un avión barato, al alcance de todo el mundo; por eso, y a fin de aumentar el número de personas que tienen avión, también hace algunos de bajo precio, que por cierto le dejan pérdida. En su opinión, uno de los problemas principales es la escasez de aeropuertos. Quiere muchos aeródromos *pequeños.* "No lujosos", explica. "Sólo se necesitan tres hectáreas de terreno, una manga de aire y una casilla telefónica. Está al alcance de cualquier poblado. Lo único que se requiere es segar la hierba de vez en cuando. Un 70 por ciento de los aeródromos no están pavimentados".

Cree sinceramente que todo el mundo debiera disfrutar del placer y la utilidad de tener avión, y que este puede hacer nuestras vidas más interesantes y mejorar el mundo. En la edad de los aviones supersó-

nicos, de la electrónica, el radar y las complicaciones científicas, Piper sigue viendo en el aeroplano un vehículo para todos. Es una grata visión.

Todavía quedan algunos Piper Cubs amarillos, y cuando quiera que veo uno ronroneando en el aire, pienso en el vigoroso caballero de pelo blanco que comenzó una nueva vida a los 50 años de edad y ha construido más de 63.000 aviones. Me acuerdo de él cuantas veces me parece que estoy envejeciendo y que me empiezan a traquear las coyunturas. Esto me hace enderezarme y mirar la vida con renovada confianza.

Para divertirse con la máquina de escribir

¿DESEA pasar un rato agradable? Pruebe usted a "dibujar" con la máquina de escribir. He aquí algunos ejemplos que C.V.M. presenta en la revista americana *The Saturday Evening Post*:

"Cuidado, Susana! ¡Enderézate!"__________1111)11111
"Bueno, nunca falta quien se empeñe en ser distinto a los demás"__________ttttTtt
"Ese tipo no es de los nuestros"__________000X0000
"He dicho ¡Vuelta a la *izquierda*!"__________((((()((((

Por el mismo estilo es el siguiente, de la revista *Datebook*:
"Agáchate tú también, Pepe y ayúdanos a buscarlos. ¡Los lentes de contacto son tuyos!"__________nnnnlnnn

C. M., del *Daily News* de Nueva York, ha concebido los siguientes dibujos mecanográficos:

Un marranito que se va__________Q
Dos búhos en una cerca__________OO-OO
Dos de sus crías en la misma cerca__________oo-oo

Redmond O'Hanlon, por su parte, escribe así el título de un drama de Shakespeare:

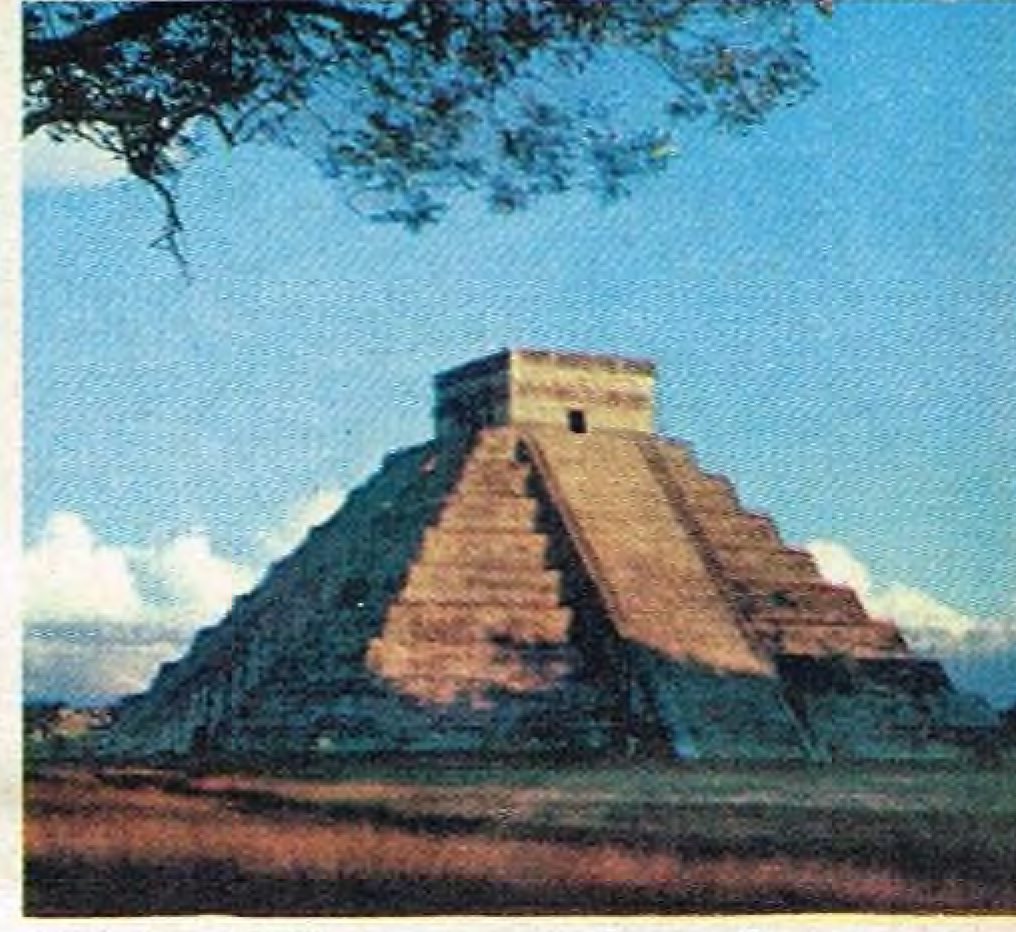
"Cuento de invierno"__________-5°

Y para los mecano-dibujantes más industriosos he aquí algunos que son colaboración de H.L.P.

Palmeras__________************ / TTTTTTTTTTTT
Soldados marchando__________∂∂∂∂∂∂∂∂∂∂∂∂ / QQQQQQQQQQQQ / XXXXXXXXXXXX
Tropas presentando armas__________$$$$$$$$$$$$ / XXXXXXXXXXXX
*Corps de ballet*__________666666666666 / 999999999999

Por Harland Manchester

FABULOSOS TEMPLOS DE CHICHÉN ITZÁ



"Un formidable monumento levantado a un oscuro enigma": la gran pirámide erigida en honor de Kukulcán, el hombre-dios.

Donde los enigmas de una espléndida cultura atraen por millares a eruditos y curiosos

Entre la achaparrada vegetación de las soleadas selvas de la península mexicana de Yucatán se halla una de las maravillas más grandes del mundo occidental: Chichén Itzá, que fue importante capital del antiguo pueblo maya. Sus majestuosas pirámides y templos ricamente labrados, sus pozos y sus canchas para el juego de pelota, sus escalinatas y columnas (todo lo cual se extiende sobre una superficie desmontada y llana de algo más de 10 kilómetros cuadrados), han atraído desde hace mucho tiempo a aventureros, arqueólogos y turistas, que son presa de admiración ante la espléndida destreza y el afán creador de unos arquitectos cuyos huesos hace siglos quedaron convertidos en polvo.

Chichén Itzá constituye un formidable monumento levantado a un oscuro enigma. Incalculables

John Bingham, Photo Researchers

generaciones antes del nacimiento de Jesucristo los industriosos mayas labraban ya sus campos, adoraban a sus dioses y perfeccionaban lentamente en la piedra, en la cerámica y en los tejidos, un arte decorativo llamado a convertirse en uno de los grandes triunfos estéticos del género humano. Sin contactos (que se sepa) con el viejo mundo, sus astrónomos y matemáticos crearon un calendario y un sistema numeral tan valiosos como los de los griegos o romanos. Sus artistas pintaron expresivos murales que representan al hombre entregado al trabajo, al culto de los dioses y a la guerra.



Templo de los guerreros, donde están algunos de los relieves que más atraen al visitante de Chichén Itzá.

Sus sabios llenaron libros con escritura glíptica ilustrada, probablemente para consignar la historia, las tradiciones religiosas y las reglas de gobierno de su pueblo. Sin contar con ruedas ni herramientas de metal, sin tornos, grúas, ni bestias de carga, sus ingenieros erigieron en todo el reino cientos de ciudades con piedras ciclópeas. Los arqueólogos creen que la civilización maya alcanzó su máximo esplendor unos 600 años antes de que Colón se hiciera a la mar.

A juzgar por los testimonios descubiertos, los mayas formaban una nación de millones de hombres que vivían una vida reglamentada y ordenada, con pocas guerras o discordias y gran dedicación a las artes. Pero sobrevino el desastre. La gente, huyendo a las junglas circundantes, abandonó ciudades enteras. La edad de oro se convirtió en polvo. Las raíces de los árboles derribaron los muros de piedra;

George Holton, Photo Researchers

creció la hierba sobre las pirámides; iguanas y murciélagos dormían en los palacios de los príncipes desaparecidos.

En los últimos años se ha manifestado un gran interés por aquellos primeros americanos. El arte de los mayas, su astronomía, su historia y su religión, han sido tema de eruditos estudios. Las expediciones organizadas por instituciones y universidades han venido investigando activamente varias ruinas mayas y, restaurando con gran cuidado algunas de ellas, han logrado remedar su antigua grandeza. Una de las más cautivadoras y accesibles entre esas restauraciones es Chichén Itzá.

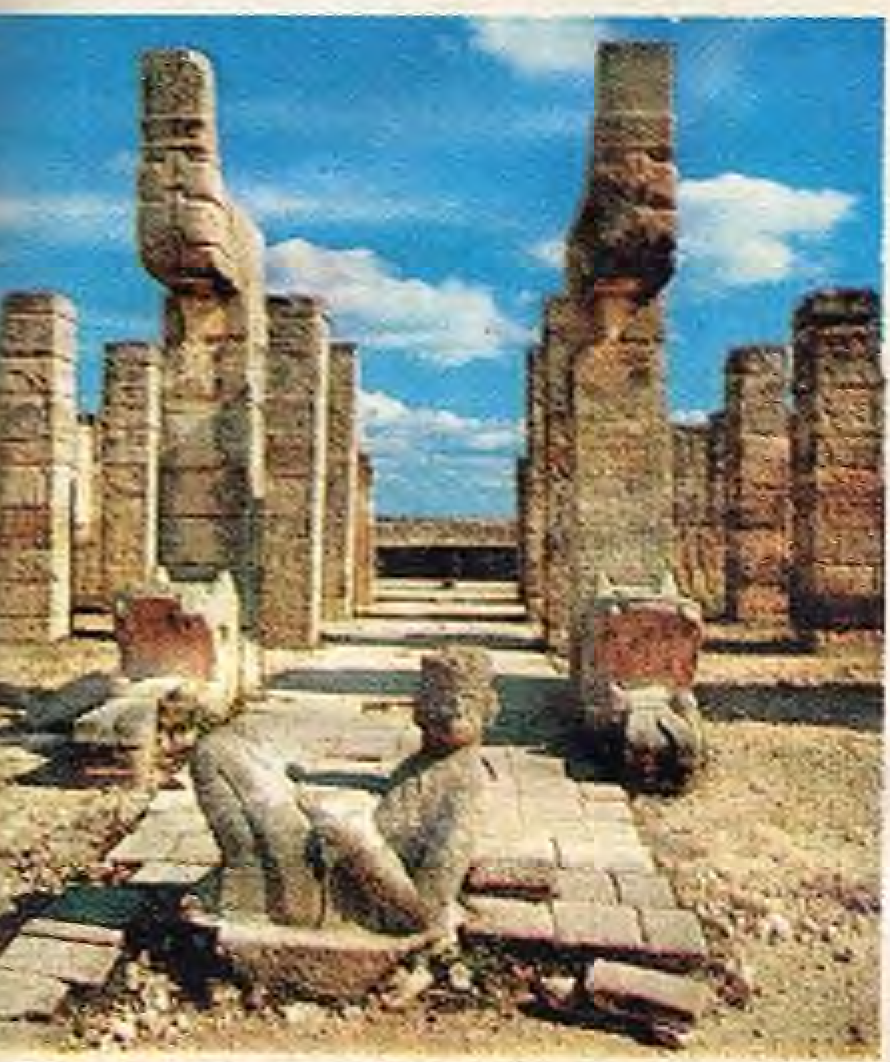


Figura sedente del templo de los guerreros, custodiada por dos serpientes de piedra.

Sería arriesgado hablar de un "descubridor" de Chichén, porque siempre hubo allí alguien que le precedió como tal. Uno de sus más famosos redescubridores fue John Lloyd Stephens, joven abogado neoyorquino que en 1839 se asoció con el artista y dibujante inglés Frederick Catherwood para explorar la jungla en busca de las perdidas ciudades mayas, de cuya existencia había leído. Al cabo de un viaje agotador, en marzo de 1842, llegaron los dos hombres, a lomo de mula, hasta una hacienda cercana a las ruinas de Chichén. Subieron al monumento que los indios lugareños llamaban la gran pirámide de Kukulcán y quedaron maravillados de lo que vieron. De regreso en Nueva York, Stephens publicó uno de los libros de viajes más interesantes del siglo, profusamente ilustrado por su compañero, que había hecho docenas de detallados dibujos durante la expedición. El libro tuvo éxito resonante e inspiró en muchos jóvenes entusiastas el deseo de seguir los pasos del autor.

Uno de ellos era Edward Herbert Thompson, que de muchacho coleccionaba puntas de flechas indias en una granja de Massachusetts y leía cuanta literatura de temas mayas caía en sus manos. Sus sueños de aventuras se hicieron realidad en 1885, pues ciertos afiliados a la Sociedad de Anticuarios de los Estados Unidos y al museo Peabody, del Harvard College, de Cambridge (Massachusetts), lo enviaron a Yucatán para que explorara las ruinas. Al mismo tiempo convencieron al presidente Grover

George Holton, Photo Researchers

Cleveland de que lo nombrara cónsul en México, encargado de las regiones de Yucatán y Campeche, para que pudiera gozar de más autoridad. Cuando partió hacia su destino tenía Thompson 25 años y consagraría más de 40 a sus pesquisas.

Lo mismo que miles de investigadores que llegaron después, Thompson quedó prendado de las leyendas (que los conquistadores españoles fueron los primeros en conocer) del pozo sagrado de los sacrificios humanos de Chichén Itzá. Al final de una larga calzada, totalmente pavimentada en otro tiempo, que se extiende hacia el norte a partir de la plaza, cubierta de siglos atrás por el herbaje, había un hondo pozo natural, o cenote, de unos 55 metros de diámetro y cuyas escarpadas paredes descendían 18 metros hasta unas aguas tranquilas y verdosas. Al lado se alzaban los muros de un templo en ruinas. Incluso en la actualidad, los indígenas, sabios en las tradiciones de sus antepasados, miran el cenote con respeto.

El maíz constituía la vida misma de los mayas, como de muchos de sus descendientes. Cuando amenazaba la sequía había que tomar enérgicas medidas para aplacar a los dioses que moraban en el fondo del pozo. Existía, al decir de la leyenda, una jerarquía de tributos. Primero se ofrecían alimentos sobre los altares y quizá se sacrificaban animales. Arrojaban después al pozo figurillas de jade, cuchillos de obsidiana y otros objetos preciosos, mientras los sacerdotes es-



Incensario usado en los ritos propiciatorios de los dioses mayas



Puñal de piedra empleado por los sacerdotes en la consumación de sacrificios

Fotos: J. D. Barnell

crutaban los cielos con ansiedad. Si las deidades seguían obstinadas, asegura la leyenda, los sabios examinaban una lista de ciertas jóvenes elegidas según la fecha de su nacimiento y reservadas para aquellas ocasiones. Después de consultar los astros y los agüeros, designaban una hermosa doncella para conferirle el honor de salvar a su pueblo.

En el alba del día señalado para el sacrificio, una solemne procesión, vistosamente ataviada, marchaba por la calzada que iba hasta el altar levantado a la orilla del pozo. Fastuosamente vestida y engalanada, adornada con joyas y ungida con una pintura azul, la víctima debía tomar una droga que ofuscaba sus sentidos. Después, con los encantamientos tradicionales, la arrojaban a los dioses que la esperaban en el fondo. Llevaba órdenes de rogar por que llegaran las lluvias. A mediodía regresaban los sacerdotes. Si la doncella flotaba aún sobre las aguas, la sacaban para que trasmitiera la respuesta de la divinidad. En todo caso el mensaje había sido enviado. Algunas sobrevivientes contaban que habían visto el rostro de los dioses y oído sus palabras.

Thompson sondeó el pozo y halló en su fondo una densa capa de cieno. Supuso que, si las leyendas eran ciertas, habría allí tesoros y esqueletos. Fue a Boston de nuevo y tomó lecciones de buceo en la bahía: después, gracias a la ayuda renuente de algunos patrocinadores, volvió provisto de trajes de buzo, escafandras y equipo para dragar. Comprobó entonces, de modo concluyente, que aquel cenote, habitado por los espíritus malignos, era ciertamente un pozo de sacrificios. Un día salieron en el balde de su draga unas bolas de copal, el incienso de las ceremonias (que todavía hoy los indios queman en sus altares particulares en la selva). Después encontró vasos, incensarios, pendientes, cuentas y diversos objetos de jade. Por fin sacó los esqueletos de varias jóvenes, de hombres y de niños.

Sobre todas las demás maravillas arquitectónicas de Chichén Itzá domina el gran templo de Kukulcán. Es una enorme pirámide con anchas escalinatas de piedra que por sus cuatro costados llevan hasta la cima, donde está el templo. Situados abajo, nos imaginamos en seguida las grandes asambleas religiosas que se celebraban allí hace siglos, según la leyenda. Miremos hacia arriba y nos parecerá ver las solemnes procesiones de sacerdotes que, tocada su cabeza con vistosas plumas, subían por los estrechos escalones hasta el templo para rendir culto al gran Kukulcán (hombre-dios de los mayas, fuente de la divina sabiduría), en tanto llenaban la plaza, al pie de la pirámide, las enormes masas de los fieles que, allí convocados al son de tambores y por voz de mensajeros especiales, habían dejado las chozas techadas de paja de las aldeas circunvecinas.

Desde la base de la pirámide el visitante puede entrar hoy en un

estrecho túnel y subir por una escalera empinada hasta lo más alto del oscuro espacio interior. En una cámara situada en la cima está uno de los más grandes tesoros de Chichén Itzá: el trono del jaguar rojo. Esculpido en la piedra con pavoroso realismo se ve el jaguar de Yucatán, pintado de rojo, con discos de jade incrustados para remedar las pintas del animal, y centelleantes ojos y colmillos de madreperla.

Si trepamos, alumbrándonos con una linterna, más arriba de la cámara del jaguar, encontraremos cincelado en la pared algo que recuerda a la flor de lis de Francia. Hay otros motivos decorativos mayas que hablan de influencias griegas, egipcias y orientales, e inclusive no falta quien pretende haber descubierto la escuadra y el compás masónicos en forma rudimentaria. De tales semejanzas se ha deducido la teoría de que los primeros mayas llegaron por el Atlántico. Sin embargo, la mayoría de los especialistas opinan que los primitivos americanos descienden todos de emigrantes llegados de Asia a través del estrecho de Bering. La explicación más sencilla de similitudes tan sorprendentes es que, dondequiera que viva el hombre, su ilimitada imaginación y su inagotable adaptabilidad tienden a menudo a crear símbolos semejantes.

El templo de los guerreros es acaso el más notable monumento levantado en Chichén Itzá al bárbaro





esplendor de las tribus que habitaron la ciudad hace mil años. La construcción, como otras ruinas de Yucatán, está erizada de grotescas máscaras de Chac, el poderoso dios de la lluvia. (La lluvia, por supuesto, era la vida misma para aquel pueblo dedicado al cultivo del maíz). Flanquean su pórtico monstruosas columnas gemelas, la-

bradas en figura de serpiente emplumada. Sus cabezas gigantescas y malévolas reposan en el suelo, y los cuerpos se alzan para terminar en forma de colas con plumas, que en otro tiempo sostuvieron el techo.

En 1925 el templo estaba cubierto por un montón de tierra, y entonces la Institución Carnegie y el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, iniciaron la larga empresa de excavar y reconstruir la edificación para devolverle lo más posible de su grandeza original. Los excavadores encontraron muros esculpidos con serpientes, buitres y jaguares, y guerreros que se gozan en la contemplación de enemigos moribundos. Pero aquellos mayas, singularmente dotados, también eran capaces de la más delicada expresión artística: bajo el suelo hallaron los arqueólogos un primoroso mosaico de unas 3000 piezas de turquesa pulida.

Los mayas tenían un gran juego nacional, una especie de combinación del fútbol y el baloncesto. Se han descubierto en todo su imperio muchas canchas (o patios), grandes y pequeñas. La mayor de todas (más grande que un campo de fútbol) constituye hoy uno de los principales atractivos de Chichén Itzá. La cancha de juego está flanqueada por altos muros con tribunas para los notables; en el centro de cada una de las paredes laterales hay un anillo de piedra labrada, por el cual los contendientes debían meter una maciza pelota de caucho. Tan difícil era lograrlo que, según se dice, hubo partido que duró varios días sin que los jugadores hicieran un solo tanto. No les estaba permitido lanzar la pelota con la mano, sino que debían impulsarla con los codos, las rodillas o las caderas, que llevaban protegidos con almohadillas de cuero.

Se cree que en ese campo se celebraba una gran competición anual, para la cual seleccionaban con mucha anticipación a los mejores jugadores de todo el país. Primeramente desfilaban los dos equipos, cada uno de siete hombres encabezados por su capitán y vestidos de gala, según se puede ver en los bajorrelieves esculpidos en el muro; después se ponían los uniformes. Tenían un fuerte incentivo para luchar por la victoria, pues al terminar el partido quedaban en poder del capitán ganador todos los trajes de ceremonia, y por otra parte, los relieves representan también al capitán derrotado, caído de rodillas, mientras el vencedor sostiene en alto la cabeza de aquel, cortada y chorreante.

El observatorio astronómico circular, instalado en una torre, es testimonio del genio científico de los sabios mayas. Siglos antes de la llegada de Cortés y de los españoles, aquellos perfeccionaron un notable calendario en que solamente había un error de un día en un período de algo más de 6000 años. Su exactitud, pues, casi duplica la que tiene el calendario gregoriano actualmente en uso. Subiendo a la torre por una escalera es-

piral se pueden ver varias ranuras abiertas en los gruesos muros, practicadas (se supone) de forma que mostraran los movimientos de los cuerpos celestes y la entrada de los equinoccios de primavera y otoño. En el año 800 de nuestra era los astrónomos mayas habían logrado ya un método para predecir los eclipses solares.

Esta asombrosa civilización, caracterizada por el orden, la dignidad, la laboriosidad y la expresión creadora, se desintegró misteriosamente entre el año 1000 y la llegada de los españoles en 1519. Las causas determinantes de su decadencia son un enigma cuya explicación se ha buscado en los terremotos, en las variaciones climáticas, en el agotamiento del suelo, en las epidemias, en la sobrepoblación o en la insurrección contra la clase sacerdotal gobernante.

Los mayas se esforzaron mucho en trasmitir su historia a la posteridad, pero nadie puede leerla. Son por lo menos un millar los monumentos mayas con jeroglíficos que se han descubierto: sus inscripciones encierran mensajes que constituyen el tormento de los eruditos. Basándose en un código de rayas y puntos han logrado descifrar las fechas hasta el grado de poder determinar el día mismo que se tallaron estas; lo demás es en gran parte un misterio.

No lejos de Chichén Itzá están las obras maestras arquitectónicas de Uxmal, Labná y otra multitud de centros religiosos, muchos de los cuales son más antiguos que Chichén Itzá. En su mayor parte el legado de los mayas yace aún bajo los escombros de los siglos. Las brechas abiertas en la selva para dar paso a los *jeeps* atraen al hombre amante de las aventuras. Entre el chaparral asoman, agazapados, rostros de piedra. Los neumáticos chocan contra fragmentos de plazas y calzadas, y mil montículos coronados de árboles aguardan el golpe del pico y la pala. Quizá uno de ellos oculte la nueva Piedra de Rosetta que descifrará el enigma. Si se descubre, las voces de los mayas, tan largo tiempo enmudecidas, hablarán de nuevo.

Póngalo por escrito

Cierto famoso predicador tenía un cuaderno especial, forrado en negro, titulado "Quejas de algunos feligreses contra otros". Cuando uno de sus parroquianos le traía cuentos de otros, él le decía: "Aquí está el libro de las quejas. Escriba en él lo que me está diciendo, y fírmelo. Cuando sea oportuno trataré el asunto con nuestro hermano". La vista del libro abierto y la pluma pronta producía invariablemente el efecto deseado. "¡No! . . . ¡Soy incapaz de firmar tal cosa!" decían todos. Durante 40 años el buen predicador no logró que nadie escribiese una sola línea allí.

— *Voice of Truth*

Apostilla a la historia

Cuando intentaron secuestrar al Káiser

Por T. H. Alexander

Condensado de "The Saturday Evening Post"

Menos de dos meses después de firmado el armisticio que puso fin a la primera guerra mundial, ocho norteamericanos hicieron una increíble tentativa para apoderarse del derrocado emperador Guillermo II de Alemania, sacarlo de su asilo en la neutral Holanda y llevárselo a París para que los vencedores lo juzgaran.

Para comprender este fantástico suceso hay que remontarse con la imaginación a la guerra de 1914-1918, cuando los periódicos y los carteles de reclutamiento en los Estados Unidos pedían a gritos la captura del Káiser; cuando el presidente Wilson distinguía entre el pueblo alemán y su gobierno y sostenía elocuentemente que se hacía la guerra al Emperador y no al pueblo; cuando Lloyd George, primer ministro inglés, tronaba que al Káiser había que ahorcarlo como responsable del conflicto.

Entonces ocho soldados norteamericanos, de los cuales siete pertenecían al Regimiento 114 de artillería de campaña, acantonado en Tuntange, en Luxemburgo, planearon cuidadosamente el secuestro del Káiser; y si bien no escribieron un capítulo importante de la guerra, porque su plan fracasó, sí dejaron una curiosa apostilla para la historia.

Como resultado del complot (que a poco más alcanza buen éxito), esos soldados estuvieron detenidos en el cuartel general norteamericano en Chaumont y fueron sometidos a interrogatorio por posible violación de la neutralidad de Holanda, por infracción de la ordenanza al pasar a zonas no autorizadas, por hacer uso, sin permiso, de automóviles del ejército, y por el robo de cierto cenicero de la biblioteca del Káiser.

Aunque este último punto permanece oficialmente en el misterio,

el cenicero se halla actualmente en los Estados Unidos. Tiene la forma de un perro pastor alemán, con una larga pipa en la boca, y lleva el escudo de armas imperial y al pie de este las iniciales "W. I." (Wilhelm Imperator). Los ocho soldados fueron a capturar a un emperador... y se apoderaron de un cenicero.

La expedición partió el 31 de diciembre de 1918, encabezada por el coronel Luke Lea. Iban en un automóvil Winton, sin frenos y con los neumáticos ya muy gastados, de manera que arriesgaban la vida cuando descendían a toda velocidad las cuestas cubiertas de nieve. No habían andado 30 kilómetros cuando el coche sufrió una avería. Por suerte en ese momento acertó a pasar un camión del ejército estadounidense, camión en el cual regresó uno de los conjurados a conseguir otro automóvil. Mientras tanto, sus compañeros arreglaron el Winton, de modo que cuando el emisario volvió, contaban con dos automóviles.

En ellos se dirigieron a Lieja, donde se enteraron de que obtener pasaporte para Holanda era cuestión de varias semanas. Entonces el coronel Lea, que había sido senador de los Estados Unidos, recordó que cuando ocupó aquel cargo había conocido muy bien a Brand Whitlock, quien era ahora el ministro norteamericano en Bélgica. Inmediatamente los conjurados partieron para Bruselas a entrevistarse con él.

Whitlock les dijo que formularan su solicitud para obtener pasaportes norteamericanos, lo cual hicieron. En esas solicitudes declararon que se dirigían a Holanda en viaje de negocios particulares, pero que irían uniformados. Al secretario de la legación, el coronel Lea le dijo claramente que su propósito era llevar a cabo "una investigación periodística" extraoficial (el coronel era entonces dueño y editor de dos diarios de Nashville, Tenesí), a pesar de lo cual en los pasaportes se puso la anotación de que los viajeros iban en desempeño de una misión oficial, y en el de Lea se daba a este el título de "senador de los Estados Unidos", aunque hacía casi dos años que había dejado de serlo, circunstancia conocida del funcionario de la legación que expidió los pasaportes.

El grupo insistió en que los pasaportes se expidieran en debida forma, pero la legación no tenía más pasaportes en blanco. Así los ocho expedicionarios se resignaron a aceptar aquellos documentos y fueron en seguida a la legación de Holanda, donde obtuvieron el visado y además un *laissez-passer* que los autorizaba para viajar, de uniforme y en automóvil, por todo el país. Esta autorización, como es claro, estaba escrita en idioma holandés, que ninguno de los viajeros entendía. Cuando fue traducida días después, se vio que era un salvoconducto en que se ordenaba "a las autoridades de aduanas y resguardos en Holanda dar todas las facilidades permitidas por los regla-

mentos vigentes al excelentísimo señor senador y coronel Luke Lea, que viaja a Holanda en automóvil en desempeño de una misión oficial del gobierno de los Estados Unidos". ¡Con razón resultó un ábrete sésamo!

Se pusieron en camino al día siguiente, 5 de enero de 1919, y a las 7 de la mañana cruzaron con sus dos automóviles la frontera holandesa, donde la guardia los trató con la mayor deferencia al ver el salvoconducto que llevaban. Ya al caer de la tarde tuvieron que detenerse a causa de que el puente sobre un pequeño afluente del Rin había sido arrastrado por las aguas. Después de mucho buscar, sin embargo, encontraron un atajo que los condujo hasta un trasbordador. El barquero, a quien los uniformes extranjeros lo llenaron de desconfianza, convino en llevar a la otra orilla a los expedicionarios pero no quiso esperar a que regresaran y ni siquiera accedió a estar prevenido durante la noche.

Esto era un tropiezo serio, pues lo que ellos proyectaban era meter al Káiser en uno de los automóviles, por la fuerza si era necesario, y llevarlo a París como un regalo para el presidente Wilson en la Conferencia de la Paz. Aunque tuvieran mucha suerte y lograran apoderarse del Káiser por sorpresa, era casi seguro que serían detenidos al tratar de cruzar nuevamente el río en el embarcadero del trasbordador.

Varios miembros de la expedición no se enteraron hasta entonces de cuál era el verdadero objeto de ella. Sin embargo, todos insistieron en seguir adelante, con la esperanza de persuadir al Káiser a que los acompañara voluntariamente. Semejante insensatez es realmente inconcebible. ¿Cómo podían creer que el Káiser, que odiaba con vehemencia a los franceses, accedería a someterse a juicio en París, cuando había tenido miedo de encararse a su propio pueblo?

En fin, los expedicionarios siguieron adelante y a eso de las ocho de la noche llegaron a su destino, el castillo de Amerongen. Llamaron con fuerza a las pesadas puertas y se abrió un ventanillo por donde apareció la cara de un centinela que se quedó con la boca abierta al ver los uniformes norteamericanos. Habiéndosele ordenado que los llevara al oficial de guardia, el centinela abrió la puerta sin decir palabra y los condujo a una amplia y agradable biblioteca calentada por el fuego encendido en la chimenea.

No tardó en presentarse un joven alto y de gallarda figura, visiblemente agitado. Era el conde von Bentinck, hijo del propietario del castillo. Preguntó a los recién llegados cuál era el objeto de su visita, a lo que contestó el coronel Lea:

—Es algo que sólo al Káiser puedo revelar.

El joven conde salió y los conjurados lo oyeron conversar en una habitación contigua con una per-

sona a quien daba el título de "majestad" y que le contestaba brevemente en alemán. También habló el conde por teléfono, en holandés.

Durante la breve ausencia del conde, entró en la biblioteca un criado alemán, que parecía un sargento, llevando cigarros y agua helada para los visitantes. Uno de estos deploró elocuentemente la opinión, tan generalizada entonces en Europa, de que los norteamericanos sólo beben agua helada, y a poco volvió el criado provisto de champaña.

Von Bentinck regresó y les dijo que Su Majestad no podría recibirlos a menos que expusieran claramente el motivo de la visita, y nuevamente el coronel Lea insistió en que sólo podía revelárselo al Káiser en persona. En esto entró otro personaje, a quien el conde presentó como el burgomaestre de Amerongen. Gran alivio sintieron los norteamericanos al oírle hablar en un inglés impecable. También este personaje les preguntó cuál era el objeto de su visita, y otra vez ellos se negaron a decírselo.

El conde y el burgomaestre conferenciaron a solas en la habitación contigua, y de nuevo funcionó el teléfono. Al regresar a la biblioteca declararon que Su Majestad se negaba categóricamente a recibirlos si no decían a qué iban. El coronel Lea resolvió entonces apelar, por primera vez, al salvoconducto holandés. Este causó una profunda impresión y el conde dijo:

—Así que vienen ustedes en misión oficial del Gobierno de Washington...

—¡Oh, no! —contestó el coronel—. Venimos a hacer una investigación periodística, como lo declaramos en Bruselas al solicitar el salvoconducto.

—¿Qué entiende usted por "investigación periodística"? ¿Es quizá una expresión técnica del ejército norteamericano, o son ustedes corresponsales de algún diario?

—La expresión se explica por sí misma —replicó Lea, y no quiso dar más explicaciones.

El conde y el burgomaestre volvieron a retirarse para conferenciar privadamente, y tardaron unos 30 minutos en regresar. Presentaron excusas por la tardanza y dijeron que el Káiser no quería en realidad negarse a recibirlos, pero les pedía que le dieran su palabra de honor de que venían como representantes del presidente Wilson, o del general Pershing, "o aunque fuera del coronel House".*

Como los norteamericanos se negaran a dar tal seguridad, la conversación se prolongó sin objeto durante más de una hora, hasta que aquellos se convencieron de que sus anfitriones se proponían entretenerlos, pero que no les permitirían ver al Káiser.

Si se hubieran asomado a la ventana, quizá hubieran comprendido

* El coronel Edward House fue un célebre personaje de la época, confidente y consejero extraoficial del presidente Wilson. —N. de la R.

la razón de la demora, que resultaba muy clara para los individuos del grupo que habían quedado afuera cuidando los automóviles. Un alarmado oficial del ejército holandés había llevado de 150 a 200 soldados frente al castillo, les había distribuido varias cargas de municiones y había encendido dos reflectores, a cuya luz se vieron unas ametralladoras emplazadas en los muros del edificio. Los norteamericanos recuerdan que estos soldados parecían veteranos de los ejércitos alemanes. Rodearon los automóviles, y un grupo de holandeses curiosos, presintiendo un drama, formó círculo en torno de los soldados.

Durante varias horas los conjurados que estaban en los coches fueron blanco de la curiosidad del público y de las miradas hostiles de la guardia del Káiser. Al fin, a las once de la noche, los oficiales norteamericanos aparecieron a la puerta, seguidos por el conde von Bentinck y el burgomaestre. Este les preguntó, cuando ya salían, si en los Estados Unidos era costumbre hacer visitas a tan altas horas de la noche. Los oficiales le contestaron con toda seriedad que, efectivamente, así se acostumbraba.

En tan incómoda situación los norteamericanos se despidieron con venias, estrecharon la mano del burgomaestre y del conde y subieron a sus coches, convencidos de que se intentaría detenerlos. En efecto, pocos minutos después de su partida se descubrió la pérdida del valioso cenicero del Káiser y se dio la alarma por teléfono; pero los norteamericanos, a pesar de una larga demora en el trasbordador, cruzaron la frontera y poco después se reintegraban a su regimiento.

En el curso de la semana siguiente, la prensa publicó sensacionales relatos de esta aventura y las autoridades holandesas iniciaron una investigación, aunque en realidad muy superficialmente. En el cuartel general del ejército norteamericano, por el contrario, los ocho conspiradores fueron sometidos a interminables interrogatorios.

El coronel Lea hizo hincapié en el valor de la información que había conseguido, de la cual la más importante, según dijo, era que el Káiser no estaba enfermo ni loco, que todavía sus acompañantes lo consideraban emperador de Alemania y que en el destierro tenía consigo todo un establecimiento militar.

Uno de los cargos graves que se hicieron al grupo fue el de haber usado automóviles del ejército sin autorización; pero se echó tierra al asunto porque la defensa amenazó con llamar a declarar a muchos oficiales, entre ellos al general Pershing, de quien se decía que había utilizado un coche del ejército para ir a Niza de vacaciones. El sargento Reilly causó sensación al decir inocentemente que del viaje había traído un cenicero. Al punto lo mandaron con guardia al cuartel para que lo trajera. Lo presentó risueñamente a los investigadores:

era un cenicero hecho en Alemania para los turistas... ¡y se vendía a 10 francos la docena!

Después de varias semanas de investigación, se resolvió no someterlos a consejo de guerra, si bien al coronel Lea se le censuró oficialmente. A los miembros del grupo se les ordenó reincorporarse a su regimiento, el cual poco después navegaba de regreso a los Estados Unidos.

En 1921 el general Pershing, que fue comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias norteamericanas en Europa durante la guerra, asistió como invitado de honor a una reunión de la División 30 en Tenesí. Alguien le preguntó un poco tímidamente qué opinaba de la tentativa de secuestrar al Káiser, y el viejo soldado contestó con una chispa en la mirada: "¡Ah! Yo hubiera dado un año de sueldo por haber estado con esos muchachos en Holanda".



Círculo completo. Ahora el mundo cambia rápidamente. Es algo por el estilo del cuento que le oigo a un amigo mío: "Mi abuela viajaba en coche de caballos, pero le tenía miedo al automóvil. Mi madre iba en automóvil pero le tenía pavor al avión. Yo viajo en avión de hélice, pero me espanta el *jet*. Mi hija vuela en *jet*, pero le da miedo subir a un coche de caballos". — H. B.



Imágenes verbales

UNA señora que compró sábanas a listas de colores vivos, decía: "No están mal... Sin embargo, me hacen sentir como envuelta para regalo". — R. A.

EL RELOJ de la abadía de Bath en Inglaterra sufrió un desperfecto y en lugar de dar las doce de la noche, la campana siguió tañendo por 318 veces. Era como el cuento del pasajero de un hotel, que nerviosamente esperaba que su vecino de arriba dejara caer el otro zapato... sólo que en este caso habría resultado ser un ciempiés. — UPI

UN SACERDOTE describía así la confesión que hacen las monjas: "Es como si tratasen de matarnos a pedradas con palomitas de maíz". — P. O.

JAMES FARLEY, veterano político norteamericano, decía de un joven recién llegado a la vida política: "Es persona de tan poco peso que podría bailar el zapateado sobre un merengue". — B. C.

Dejemos hablar al corazón



Al revelar nuestro verdadero ser, sin otra intención que comprender y ser comprendidos. ¡cuántas maravillas nos aguardan!

POR ARDIS WHITMAN

Condensado de "Woman's Day"

CUANDO YO era niña, eran muchos los que acudían a nuestra casa parroquial, en Nue-a Escocia, con sus problemas, con us alegrías y esperanzas. Un día, esde mi puesto predilecto en lo lto de un árbol del jardín, vi cercarse por la acera una muchaha que llevaba zapatos muy gastaos cubiertos del polvo rojizo de la arcilla de nuestra comarca. Tenía los labios pintados de un rojo demasiado vivo para su cara pálida y pensé que seguramente trabajaría en la fábrica de conservas de langosta, situada a ocho kilómetros de distancia, en la costa del golfo. Naturalmente, habría venido a pie desde allí. Llamó a la puerta y entró.

Pedido supeditado a la aprobación de la empresa.

CERTIFICADO PERSONAL DE RESERVA

sólo **$ 575** (más $ 40.00 por gastos de envío)

BIBLIOTECA DE SELECCIONES

Bernardo de Irigoyen 974
Buenos Aires.

Sírvanse enviarme, contra reembolso, un ejemplar del nuevo volumen de la Biblioteca con 5 resonantes éxitos mundiales de librería: EL CIRUJANO, CAROL, LA MANO DE MARY CONSTABLE, GAVILUCHO y EL VUELO DEL FÉNIX, para examinarlo durante 7 días.

Al recibirlo, pagaré sólo $ 575.00 (más $ 40.00 por gastos de envío). Si no quedo encantado con él, se los devolveré en buen estado, dentro de los siete días y ustedes me reintegrarán el importe abonado.

Nombre: ______________________

Dirección: ______________________

Ciudad: ______________ Prov.: ______________

DESPRENDA POR AQUÍ



¡por sólo una fracción de su valor!

Le costarían por separado: $ 800 c/u.

PARA USTED, sólo: **$ 575**



EL CIRUJANO

por W. C. Heinz

Absorbente novela documental escrita con la colaboración de cirujanos notables, conduce al lector a través de quirófanos y consultorios en compañía de un médico que todos idolatran como a un dios, pero que es lo suficientemente humano como para sentir el tormento de la duda.



LA MANO DE MARY CONSTABLE

por Paul Gallico

Una trama con emocionantes y peligrosas pesquisas que nos permite echar un vistazo al mundo enigmático de las sesiones espiritistas.



GAVILUCHO

por Walter Van Tilburg Clark

Triunfos, apetitos y humillaciones de una feroz ave de rapiña, que adquieren cualidades humanas en este dramático relato.



CAROL

por Peter De Vries

Una niña encantadora condenada a muerte por una enfermedad implacable y un padre desesperado en busca de Dios.



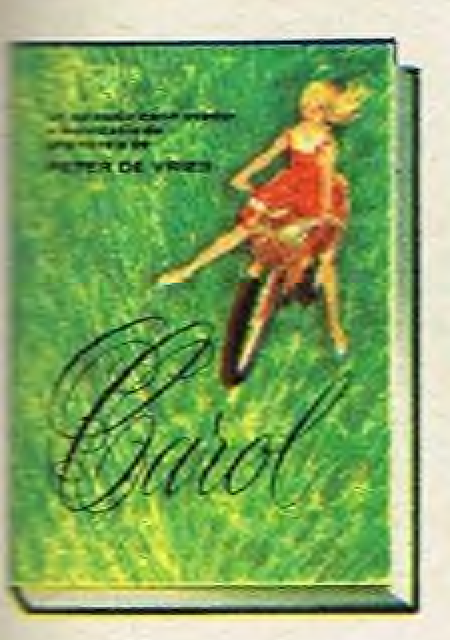
EL VUELO DEL FÉNIX

por Elleston Trevor

Un avión... trece hombres... y un aterrizaje forzoso en la soledad del Sahara, nos prueban que aquéllos que poseen valór e ingenio pueden resolverse a vivir.

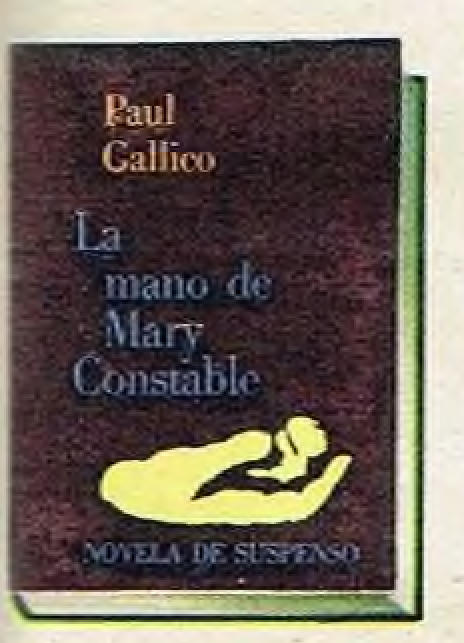
¡NO ENVÍE DINERO! ¡MANDE ESTA TARJETA, HOY MISMO!

"EL CIRUJANO"... Y CUATRO ÉXITOS MÁS



CAROL - *por Peter De Vries.*

Carol es una narración hondamente conmovedora de la enfermedad y muerte de una niña extraordinaria y la historia de su padre, sensible hombre de mundo que abandona la religión de sus primeros años y a través de su creciente intimidad con el amor y la muerte, trata desesperadamente de encontrar una nueva fe.



LA MANO DE MARY CONSTABLE - *por Paul Gallico.*

El profesor Samuel Constable era un brillante hombre de ciencia que trabajaba en una operación ultrasecreta de su gobierno. Era, también, un padre acongojado, convencido de que el molde de cera traslúcida que él guardaba como un tesoro habia sido hecho por la mano del espíritu de Mary, su hijita muerta. La seguridad de muchos países estaba sujeta a la comprobación de esta creencia, y fue Alexander Hero, gran experto en investigaciones síquicas, a quien se encomendó esta misión. Un vistazo al mundo enigmático de las sesiones espiritistas.



GAVILUCHO - *por Walter Van Tilburg Clark.*

He aquí un drama de la Naturaleza alrededor de una valiente y feroz ave de rapiña, narrado por su autor con extraordinario realismo.



EL VUELO DEL FÉNIX - *por Elleston Trevor.*

Poco después que un avión con trece hombres y un mono a bordo despegó del sudeste de Libia en vuelo de rutina, se desencadenó una tormenta de arena que silenció su radio y los obligó a efectuar un aterrizaje forzoso en el vasto y desolado desierto del Sahara... una apasionante narración sobre el valor y el ingenio humanos.

NO SE PIERDA ESTA OFERTA EXTRAORDINARIA DE LA BIBLIOTECA DE SELECCIONES ¡UN VOLUMEN DE LUJO A UN PRECIO INCREÍBLE!

MANDE ¡HOY MISMO! LA TARJETA QUE ENCONTRARÁ EN ESTA REVISTA.

Una hora después salía, acompañada por mi madre. Hasta mis oídos llegó su voz llorosa:

—Sí —decía—, es largo el camino, pero yo tenía que hablar con alguien que comprendiera, como comprende usted. Volvería a hacerlo si fuera preciso.

Me quedé pensando en lo que sería crecer y llegar a tener algún dolor tan grande que una estuviera dispuesta a caminar ocho kilómetros para ir a contárselo a alguien.

Los siquiatras nos aseguran que muchas personas hacen tales esfuerzos, y otros mucho mayores, para lograr ser oídas y comprendidas. Casi todos vivimos en una pequeña isla de soledad. Ansiamos hablar de ella y de nuestras tristezas, pero también de nuestras alegrías y de las maravillas que vamos descubriendo. El niño corre a mostrar a la madre el renacuajo o la orquídea que ha encontrado en el bosque: alguien tiene que verlo, alguien tiene que maravillarse como él se maravilla. El adulto se emociona con una sonata favorita y busca quien comparta con él esa emoción.

¿Qué puede ser más grande que hablar verdaderamente, conocer verdaderamente a otra persona? Cuando dos seres llegan a hablar el mismo idioma, sacan el espíritu de su escondite y hacen bella la vida. La palabra es sin duda el eslabón que nos liga con nuestros semejantes. Es esta comunicación una especie de milagro, ya que con tan poca frecuencia se establece.

Todos tenemos toda una vida de experiencias aprisionada y casi desconocida aun para nosotros mismos; casi desconocida porque cuando no tenemos la oportunidad de expresar lo que sentimos, no lo podemos comprender nosotros mismos, ni mucho menos explicarlo a los demás. En realidad, *somos* lo que podemos expresar. "Tenemos completa conciencia", dice el siquiatra Paul Tournier, "únicamente de lo que podemos expresar a otra persona".

Por el contrario, cuando encontramos palabras para decir lo que nos preocupa, cuando podemos comunicar la ira o el amor que nos embargan ¡cuánto se afloja la tensión! Parece que fuese una ley de la vida que el corazón sólo pueda contener una cantidad determinada de emociones sin alguna forma de alivio. Nuestros pensamientos y nuestros sentimientos no pueden permanecer indefinidamente sin expresión, y los mejores alivios de la tensión son los vertederos que se hallan en la estructura de nuestra propia vida, el constante fluir de esos pensamientos y sentimientos hacia el mundo que nos rodea.

—Acabo de estallar —me dijo el otro día una vecina que por lo general se domina muy bien—. Tenía una preocupación de la cual no había querido decir nada a mi marido, hasta que creció entre nosotros un verdadero resenti-

miento. Ahora ambos nos sentimos mucho mejor.

Tal vez nunca fue tan difícil como lo es en nuestra época hablarse de corazón a corazón; y sin embargo, nunca fue esto más necesario que hoy. En este angustioso mundo en que tenemos que hablarnos unos a otros a través de las barreras de raza y nacionalidad, necesitamos esa comunicación para comprender a los extraños con quienes tenemos que ver constantemente; lo necesitamos porque nuestras acciones nos afectan mutuamente, y la hostilidad nos cuesta cara. En efecto, la soledad del hombre moderno es aterradora, sencillamente porque vive en medio de la multitud.

¿Por qué nos cuesta tanto trabajo comunicarnos? En primer lugar, porque *no somos iguales*. Si hablo a mi vecina de política, de religión o del amor, estas palabras no significarán para ella lo mismo que para mí, puesto que su infancia, su hogar, su herencia, sus creencias, no son las mismas mías. De análoga manera, marido y mujer no pueden hablar el mismo idioma porque los separan los años en que él era un niño en la granja, pongamos por caso, mientras que ella se criaba en la ciudad. Diferimos especialmente en cuanto a percepción y conciencia; en aquella profundidad de experiencia íntima que proviene de todo lo que somos, de todo lo que hemos vivido. Lo cierto es que una persona no puede pensar más allá de su experiencia vital, por más que lo quiera. Nos es imposible escuchar aquello de lo que carecemos de experiencia para captar.

También nos es difícil comunicarnos porque *pretendemos ganar alguna finalidad con la palabra*; algo que tiene muy poco que ver con la comunicación. Decimos que estamos tratando de tender un puente entre nosotros y nuestro interlocutor; mas en realidad estamos tratando de convencer a aquel de alguna idea que él no comparte, o bien queremos darnos importancia. ¿No es verdad que casi todos esperamos con impaciencia a que el otro termine lo que está diciendo para poder tomar nosotros la palabra? No queremos escuchar: sólo nos interesa hablar.

Permanecemos aislados, igualmente, porque *nos escondemos los unos de los otros*; y nos escondemos porque tenemos miedo y estamos a la defensiva. Tememos que algo nos toque el corazón, que nuestra sensibilidad se revele. ¿Qué pensará esa otra persona de nosotros? ¿Dejaremos conocer nuestras íntimas debilidades? ¿O sufriremos un rechazo?

Con mucha frecuencia falseamos la imagen que emitimos y la que recibimos. Somos banqueros, o bibliotecarios, o médicos, o madres o maestras, o jóvenes con J mayúscula, o viejos con una grande y rencorosa V mayúscula; y detrás de tales máscaras nos escondemos

ante el público, mientras que nuestro verdadero ser permanece oculto tras las cosas que hacemos y decimos. De igual manera, hablamos a la persona que se nos ofrece a la vista, pero no a la que se esconde tras las apariencias.

Este problema lo discutí recientemente con el Dr. Leon Saul, profesor de siquiatría en la Universidad de Pensilvania. Cuando entrábamos en su despacho, pasaba por el corredor una niñera que llevaba a la nietecita del doctor en un cochecillo. Sonreí a la criatura, de cuatro meses, y ella me sonrió al instante. "¿Lo ve usted?" me dijo el Dr. Saul. "Esta niña sólo ha conocido el amor y no tiene motivo para temer a un extraño". Me recordó que con la mayoría de los adultos la situación es distinta. Es posible que hayan sido víctimas de algún rechazo y permanecen silenciosos para protegerse de un nuevo desaire.

Pocas son las personas que no se han construido un refugio con la palabra o con el silencio. Nos escondemos tras una cortina de observaciones triviales, de cosas viejas repetidas muchas veces; detrás de la erudición o la palabrería propias de alguna profesión; detrás de chistes o falsa alegría cuando estamos tristes; de una engañosa actividad cuando algo nos emociona; o detrás de una falsa hostilidad cuando en realidad anhelamos amor.

¡Y cómo escuchamos a la defensiva! Si una esposa dice que está fatigada por el quehacer de la casa, el marido lo toma como una sátira a su incapacidad de darle ayuda. Un marido elogia un plato que prepara su madre, y la esposa cree que lo dice porque quisiera que ella se pareciera más a su suegra. Nada estorba tanto la verdadera comunicación como esta suspicacia y esta actitud defensiva.

¿Qué podemos hacer? Podemos tratar de volvernos personas con quienes los demás no tengan miedo de hablar. Y podemos hacernos conocer derribando algunas de las barreras que nos separan de las personas que nos rodean.

Es sorprendentemente fácil derribar tales barreras. Podemos empezar sencillamente por aprender a escuchar. En segundo lugar, podemos tratar de ampliar el radio de nuestros intereses, pues no se puede hablar si uno no tiene nada que decir. Las esposas suelen quejarse de que los maridos, cuando regresan a casa por la noche, no quieren oír la relación de los sucesos cotidianos. ¿Pero es que vale la pena oírlos? En tercer lugar, podemos extender el círculo de las personas con quienes nos comunicamos. Vivimos en un pequeño mundo cerrado, con las pocas personas que conocemos y que son como nosotros. Una manera de aprender a comunicarnos mejor es hablar más a menudo con distintas clases de personas.

Por encima de todo, debemos decir lo que realmente sentimos. Hoy se escribe mucho acerca de que uno no debe hablar de sí mis-

mo; pero cuando honradamente nos revelamos los unos a los otros, sin otro propósito que comprender y ser comprendidos, ¡cómo cambia todo! "No permita que otro le escriba su papel", recomienda el Dr. Abraham Maslow, profesor de sicología en la Universidad Brandeis. "Sea honrado, sea sincero, sea franco".

La verdadera comunicación se establece cuando no sólo aceptamos a los demás, sino que los aceptamos con deleite, tales como son, con sus defectos y sus debilidades. En esos momentos la vida nos ofrece lo mejor. Hemos hecho una pequeña contribución a un mundo en que la gente necesita, como nunca antes, el don de hablarse con perfecta confianza y comprensión.



Charlas y parlas

Definiciones indefinibles. Elefante: ratón hecho según los requisitos señalados por el gobierno a los fabricantes. (J. R. G.)

Cine al vuelo. Ahora que algunas empresas de aviación exhiben películas durante los vuelos de lujo, suponemos que las de tarifa económica presentarán vistas fijas. (Orben's Current Comments) ... Conocemos a un señor que no vuela por nada del mundo: les tiene miedo a las películas. (C. B.)

Versos cojos. Tienen las modernas sillas "de contorno" su inconveniente ... pues el mío no es como el de otra gente. (S. G.) ... La laca que te pones en la cabellera, ni el sol ni la lluvia opacarla pudiera; es tan bella que acariciarla quisiera ... si no fuese que quebrarla temiera. (L. R.) ... La tozudez deploramos, mas la firmeza encomiamos; distingue aquella a los otros; esta es rasgo de nosotros. (Y. A.)

Comentarios. Siempre ha existido la educación para adultos ... Se llama paternidad. (*Changing Times*) ... ¿Recuerda el lector aquella época en que el Caribe era el lugar ideal donde refugiarse de las angustias y afanes del mundo? (B. V.)

Cartelera. Aviso sobre el mostrador de un estanco: "Cigarrillos, tabacos, radiografías". (W. F. M.)

Oído por casualidad. Un padre de familia, extenuado: "De la noche a la mañana la niña se sacó los dedos de la boca y los metió en el disco del teléfono". ("The Lucy Show")

Cinco siglos han trascurrido desde que la Doncella de Orleáns murió en la hoguera, símbolo de la eterna lucha entre el bien y el mal.

Por Louise Redfield Peattie

El MILAGRO *de* JUANA *de* ARCO

Para la mayoría de nosotros, Juana de Arco es una leyenda, el poema heroico de una pastorcilla que oía voces sobrenaturales y de ellas recibió la misión de salvar a su patria. Pero la tradición no es más que la sombra de la verdad. No había nada de sobrenatural en Juana; era una muchacha sólidamente real, una campesina de la dulce tierra francesa que ni siquiera constituía una nación unificada cuando ella fue inspirada a la batalla con el inmortal pendón

"Juana de Arco", por Jules Bastien-Lepage.
Cortesía del museo Metropolitano de Arte de Nueva York; donación de Erwin Davis, 1889.



de la flor de lis de Francia.

Han trascurrido cinco siglos desde que Juana murió en la hoguera de Ruán. ¿Por qué, pues, habremos de recordarla hoy?

Porque su vida encarna la guerra multisecular entre el bien y el mal, que prosigue y se renueva eternamente. Aquellos que tomen parte en esa lucha combatirán mejor si conocen a la Doncella de Orleáns. Murió condenada como pecadora y hereje, pero la posteridad la venera como santa inmortal, vencedora suprema de las fuerzas de las tinieblas que, aunque la destruyeron materialmente, no lograron destruir el símbolo de verdad y de valor que representa.

Cuando nació Juana el año 1412 en la aldea lorenesa de Domrémy, un huracán sangriento azotaba a Francia, cuya corona reclamaban los reyes de Inglaterra desde hacía tres cuartos de siglo en la que habría de llamarse Guerra de Cien Años, y gran parte de cuyo territorio estaba bajo el dominio del duque de Borgoña, aliado de los ingleses. Sólo el resto del país era leal al Delfín Carlos, heredero del trono francés, que no había sido coronado aún.

Juana sintió cuando era niña los efectos de aquel huracán, pues frente a su rústica morada corría el antiguo camino romano que cruzaba el río Mosa y por el cual pasaban bandas de hombres armados o frailes ambulantes que al hacer un breve alto hablaban de los crímenes y saqueos que habían visto y lamentaban la debilidad del Delfín que le impedía ser un rey de verdad y hacer una nación unida de esa tierra despedazada.

A los doce años, Juana era una niña devota, de recia complexión y negra cabellera, a quien nada notable había sucedido. Un día que estaba en el huerto de su padre, se vio rodeada por una intensa claridad de la cual surgían unas alas resplandecientes y un rostro glorioso, mientras una voz se dirigía a ella. Cayó aterrada de hinojos, pues comprendió que era el Arcángel Miguel, santo patrono del Delfín y venerado por los franceses. No estaba solo, según diría ella más tarde, sino "acompañado de ángeles celestiales". Y Juana añade: "Me anunció que Santa Catalina y Santa Margarita vendrían a mí y que yo debía seguir su instrucciones, pues tal era la voluntad de Nuestro Señor".

En los cuatro o cinco años que siguieron, las santas le hablaron a menudo, pero Juana no dijo una palabra de ello a nadie y continuó tranquila su vida de pastora, con la convicción no menos serena de que estaba en contacto con Dios. En 1428 los ingleses pusieron sitio a Orleáns, y poco después el Arcángel se apareció a Juana, que tenía por entonces 16 años, y declaró que Dios le mandaba ir en auxilio del

---

ESTE ES uno de los últimos artículos escritos por la novelista Louise Redfield Peattie, que falleció el 19 de febrero último, sólo tres meses después de morir su marido, el prestigioso escritor Donald Culross Peattie.

Delfín y levantar el asedio: "La voz me ordenó que fuese a ver en Vaucouleurs a Robert de Baudricourt, capitán de la ciudad, quien me daría una partida de soldados para acompañarme".

Sin revelar nada a sus padres, la jovencita se dirigió a Vaucouleurs, a unos 16 kilómetros de su aldea, se presentó dos veces a Baudricourt y le dijo que tenía la misión divina de llevar al Delfín a Reims para que fuese coronado; las dos veces fue despedida sin miramientos pero ella no cedió y volvió a insistir, hasta que impresionado finalmente por su aplomo, Baudricourt le dio un caballo, la guardia militar y las ropas de hombre que pedía.



Detalle del cuadro "Juana de Arco" de Ingres

Juana se hizo cortar el cabello al estilo masculino, se puso en camino al oír que sus voces le decían: "¡Ve adelante sin temor!" y pronto se alejó de los parajes familiares de su infancia. Era de noche y marchaba a través de territorio enemigo, en busca de su destino. Al llegar cerca de Chinon, donde se encontraba el Delfín, envió un mensajero al castillo para anunciar su arribo. Carlos, que era un joven tímido y vacilante, la recibió pero recurrió a una treta para desconcertarla. Cuando la muchacha campesina entró en el salón de honor, magníficamente iluminado por antorchas y lleno de cortesanos, el Delfín se había ocultado entre estos, modestamente vestido. Juana fue hacia él sin vacilar y se prosternó; entonces Carlos señaló a uno de los circunstantes y dijo:

—El Rey es aquel.

Juana no se dejó engañar y repuso con suave energía:

—En el nombre de Dios, noble príncipe, el Rey eres tú y nadie más.

Y agregó que Dios la había enviado para ayudarle a él y a su reino y conseguir que fuese ungido en la catedral de Reims. Mientras los demás miraban atónitos, Carlos habló largamente con la niña y se vio resplandecer su semblante ante las respuestas de ella. Todavía vacilaba, no obstante, por temor de que Juana fuese instrumento de alguna potencia diabólica, y la hizo interrogar por eruditos clérigos de Poitiers y examinar por varias damas de la corte para comprobar si era virgen, basado en el concepto de que el primer acto de una mujer al convertirse en bruja era tomar por amante al Diablo. La conclusión a que llegaron solemnemente unos y otras fue que Juana era pura de cuerpo y alma.

Toda esta demora impacientaba a la joven, quien dijo al indeciso

Delfín, con palabras reveladoras de una extraña y previsora sabiduría:

—Sólo duraré un año y algo más. En ese año debemos hacer una buena obra.

"Hija de Dios". Carlos reunió entonces un ejército y dio una armadura de acero bruñido a Juana, y esta ordenó que en una capilla consagrada a Santa Catalina se buscase detrás del altar un espada que debía estar enterrada allí. Se la llevaron, en efecto, cubierta de herrumbre, pero una vez en su mano muy pronto refulgió como nueva. Luego mandó hacer un estandarte blanco con orla de seda y salpicado de flores de lis, que tuviera una imagen del Redentor con un ángel a cada lado. Llevando ese pendón, la "Hija de Dios", como la llamara el Arcángel Miguel, se puso al frente de la soldadesca.

Seis meses hacía que Orleáns, plaza decisiva en la campaña de los ingleses para abrirse paso al valle del Loira, era sitiada por estos, que habían construido una docena de baluartes en torno a la ciudad. La defensa de uno de esos bastiones consistía en una gran muralla de piedra de nueve metros de altura, reforzada con poderosas torres. Al llegar allí, Juana dictó una carta que hizo atar a una flecha y lanzar por encima de la muralla y que decía:

"El Rey de los Cielos os envía por mí, Juana la Doncella, orden y aviso de que abandonéis vuestros fuertes y regreséis a vuestro país. Si no lo hacéis, alzaré contra vosotros un llamado a la lucha que será recordado para siempre".

Triunfo. En la edad media, la guerra se libraba mediante combates cuerpo a cuerpo con lanza y espada, mazo y hacha, en una lucha confusa, y a ella se lanzó Juana con su caballo para levantar el sitio. Logró tomar con sus compañeros uno de los reductos, y dos días más tarde atacaron la fortaleza principal, pero en el momento que iba a trepar por una escala apoyada en el muro, la flecha de un arquero fue a darle en el pecho; llevada de allí, con sus propias manos se arrancó la saeta. Era el anochecer y las trompetas daban la señal de retirada, pero Juana se puso de pie y pronto vieron los soldados flamear su banderola y la oyeron gritar:

—¡Habéis ganado la jornada! ¡Entrad!

La siguieron en su audaz carrera hacia el bastión, por el cual trepó nuevamente, y poco después caía el baluarte en su poder. Orleáns estaba salvada.

La Doncella cruzó por las calles entre el repicar de las campanas. Sólo entonces hizo vendar su herida y tomó alimento: cinco tajadas de pan remojadas en vino y agua. Así terminaron los breves días en que una niña de diecisiete años reanimó el coraje del ejército francés y cambió el curso de la Guerra de Cien Años.

Si bien obsesionado por el sueño de su coronación, que Juana le

había trasfundido, Carlos volvía a sus vacilaciones, hasta que ella le imploró:

—Noble Delfín, no celebres tantos y tan largos consejos. Ven con la mayor presteza posible a Reims a tomar la corona.

Pues veía que sólo así se consolidaría la unidad de Francia y quedarían burladas las pretensiones de Inglaterra. El camino a Reims cruzaba ciudades ocupadas por el enemigo, pero Juana no conocía el miedo. Su pendón ondeaba en lo más reñido de la pelea y su voz repetía:

—¡Avanzad con valor! ¡Todo saldrá bien!

Reims se dispuso apresuradamente a recibir al Delfín, y una hermosa mañana de verano, el 17 de julio de 1429, Carlos se dirigió a la catedral a la cabeza de un espléndido cortejo. Junto a su trono estaba Juana de pie. Menos de cinco meses habían pasado desde que saliera de Domrémy.

Coronado por fin, Carlos VII sintió que no le era tan necesaria ya la Doncella y, en vez de atender a sus instancias de que marchara sin demora sobre París, escuchaba a los consejeros celosos de ella. Con todo, llegó el momento de reanudar de mala gana la campaña. Juana iba al frente de las fuerzas reales en la toma de una ciudad tras otra. Sin embargo, el ataque a uno de los fuertes de París fracasó y la joven fue herida en el muslo por una flecha.

Durante la semana de Pascua de 1430, las voces llevaron a Juana el funesto anuncio de que sería apresada por el enemigo. Siguió, sin embargo, a la vanguardia del ataque, hasta que en un combate entablado en el puente levadizo de Compiègne se encontró encerrada entre los ingleses y los borgoñones; manos hostiles se apoderaron de su caballo y luego de ella misma. La Doncella de Orleáns había caído prisionera.

El hombre al que Juana había hecho rey de Francia no movió al parecer un dedo para ayudarla. Fue encerrada en el castillo de un noble borgoñón y allí se enteró de que estaban celebrándose negociaciones para entregarla a los ingleses; desesperada, se arrojó desde una elevada torre para tratar de huir y, aunque pudo matarse, se salvó para pedir arrepentida perdón.

Traición. Entre tanto se preparaba una trampa mediante cartas enviadas al duque de Borgoña por los clérigos de la Universidad de París, simpatizantes de aquel, y el plan se cumplió con el pago de una fuerte suma a los carceleros, que entonces la entregaron al obispo de Beauvais, Pierre Cauchon, un hombre astuto y ambicioso, vendido a los ingleses. La apertura de un proceso a Juana por herejía se presentaba favorable a sus intereses, no menos que a los de los ingleses, quienes querían aparentar que permanecían ajenos al asunto. Por tanto, como el juicio a desarrollarse en Ruán tendría carácter religioso y no político, Cauchon eligió con

habilidad los jueces eclesiásticos que compondrían el tribunal. Además, no se designó a nadie para que defendiera a Juana ni se llamó testigo alguno en favor suyo, y Cauchon era tan poderoso que nadie se atrevió a alzar la voz en su defensa.

He aquí, pues, que esta campesina analfabeta de diecinueve años se yergue sola, abandonada, frente al impresionante tribunal de eruditos en leyes humanas y sagradas. Debe hablar por sí misma y cada pregunta, cada contestación, son puestas por escrito. Eso nos permite oír su voz a través de los siglos:

—Vos decís que sois mi juez. Meditad bien lo que hacéis, pues en verdad soy enviada por Dios y os ponéis en grave peligro.

Bajo el apremiante interrogatorio, Juana hizo sin reservas el relato de su breve y singular existencia. En ningún momento admitió haber cometido herejías y siempre sostuvo que cuanto hiciera respondía a la voluntad divina. Le mostraron los ominosos instrumentos de tortura y no flaqueó:

—En verdad, aunque me arrancaseis un miembro tras otro no diría otra cosa.

La amenazaron con quemarla y contestó:

—Aunque viese la hoguera, seguiría diciendo todo lo que he dicho.

("¡Magnífica respuesta!", garrapateó el actuario al margen.)

La acosaron con las más contrarias preguntas y ni una sola vez vaciló en la convicción que presidía su vida:

—Tengo un buen señor, que es Dios Nuestro Señor, a quien obedezco, y a nadie más.

Pero el intrigante Cauchon no permitió que las firmes y honradas respuestas de Juana decidieran su suerte y en cambio hizo reducir sus declaraciones, de una verdad trasparente, a doce artículos impersonales y deformados, que presentó a los jueces como base para las deliberaciones. Y aquellos ilustres representantes de Dios, sometidos todos servilmente al obispo, dictaron el fallo que él quería.

De esta forma, un luminoso día de mayo, la joven, que parecía un tierno adolescente en sus vestimentas oscuras de varón, fue sacada de su celda y, parpadeante bajo la brillante luz del sol, llevada a oír su sentencia. Los testimonios de lo que sucedió después son confusos y contradictorios; lo cierto es que se mostró y leyó un documento a la muchacha "que no sabía distinguir la A de la B" y se le dijo:

—Firma, o morirás quemada.

Con una extraña sonrisa, la Doncella puso una marca al pie del escrito. Pensó que ya estaba segura y confiando en la Iglesia de que era hija fiel dijo:

—Vosotros, hombres de iglesia, llevadme a vuestra prisión, y no me dejéis más en manos de los ingleses.

Debió ser muy amargo para ella ver que la conducían a la misma celda. Al prometérsele que se le

permitiría oír misa a condición de ponerse ropas de mujer, accedió a hacerlo, pero mientras dormía sus guardianes se llevaron el vestido y se vio obligada a salir de nuevo con su traje masculino hecho jirones.

Fatal respuesta. Por tal "pecado" fue declarada hereje relapsa, la peor sentencia que pudiera pronunciarse, y para sellar su suerte, Cauchon le preguntó si había vuelto a oír sus voces. Juana respondió que sí y que le reprochaban haber firmado, fuese lo que fuese.

—Todo lo que entonces dije al retractarme, fue por temor a la hoguera. ("¡Fatal respuesta!", anotó ahora el escribiente al margen.)

Pero su valor no desfalleció.

—Por la gracia de Dios, esta noche estaré en el Paraíso —dijo, y pidió la comunión.

Por raro que parezca, Cauchon accedió a esta última petición. ¿Sabía que su víctima era inocente? En todo caso, ella sabía que él era culpable.

—¡Obispo, muero por tu culpa! —le arrojó a la cara.

En la mañana del 30 de mayo de 1431, le raparon la cabeza, le pusieron una túnica y la llevaron a la plaza del mercado de Ruán, atestada de gente. Después que Cauchon leyó la sentencia, le pusieron en la cabeza una mitra de papel, con grandes letras que decían: *Hereje, Pecadora, Relapsa, Apóstata, Idólatra.* Pidió una cruz y uno de los arqueros ingleses improvisó con dos ramitas una, que Juana se llevó al pecho, mientras otro hombre corría a la iglesia en busca de un crucifijo que ella besó. Luego subió a la elevada pila de leños, con los ojos puestos en el símbolo de la Redención; pronto se alzaron las llamas y la envolvieron. Sólo su voz llegaba hasta la callada muchedumbre, en plegarias, en gemidos y en un grito postrero de agonía y de amor:

—¡Jesús!

Se dice que uno de los ingleses, lanzándose entre la multitud, gritó:

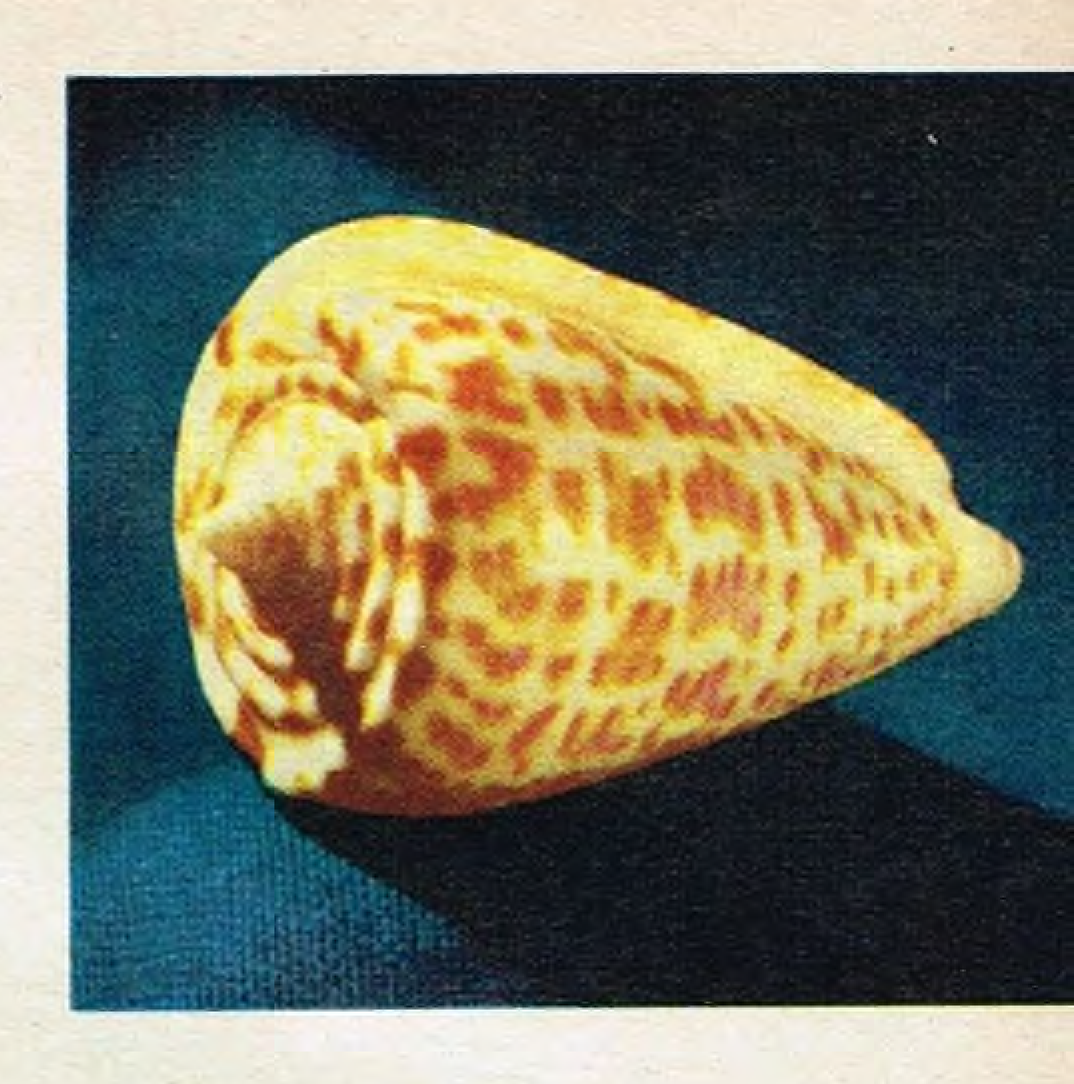
—¡Estamos perdidos! ¡Hemos quemado a una santa!

Unos cinco lustros más tarde, Carlos VII entabló un procedimiento para que los tribunales eclesiásticos la rehabilitaran y, llegado el momento, la Iglesia a que siempre fuera Juana fiel y que la había condenado, la declaró inocente. Finalmente, en 1920 la canonizó. Pero 500 años atrás hubo quienes supieron que en medio de ellos vivía una santa. Y eso completa el milagro.

Una maestra de catecismo pidió a sus alumnos que relatasen la historia de la creación. Una niñita comentó: "Dios creó primero a Adán. Luego lo miró y dijo: Me parece que podría quedarme mejor si pruebo de nuevo. Y entonces creó a Eva".

— *Journal of the American Podiatry Assn.*

Alfabeto chino llaman a esta Conus



Joyas del fondo del mar



La vieja afición a coleccionar conchas marinas goza hoy de gran boga



Por Murray Hoyt

Fotos por J. D. Barnell. Cortesía de la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia.

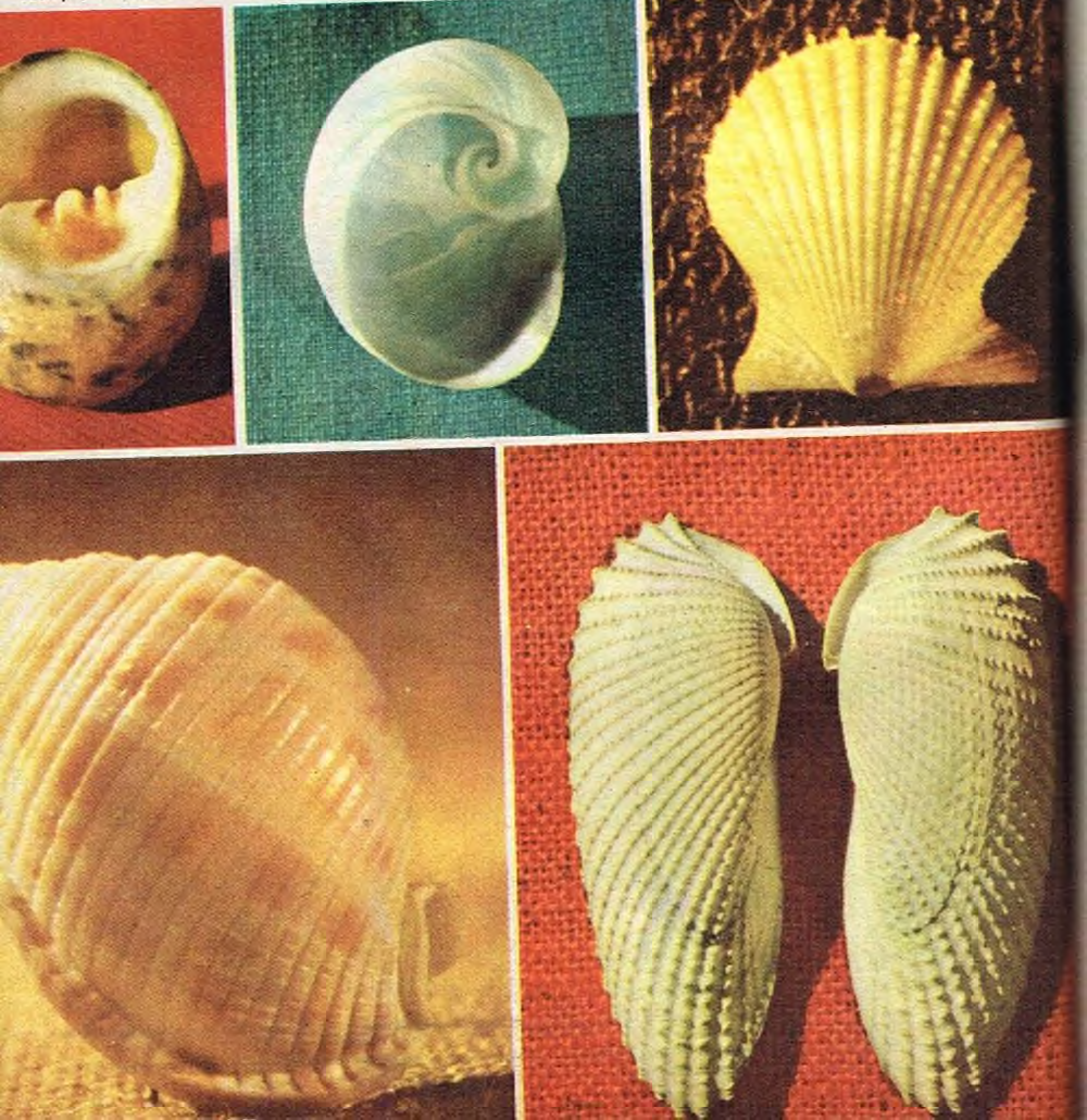
Visten toda clase de prendas a cual más estrafalaria: holgados chaquetones de capucha sobrepuestos al bikini, sombreros de paja bastante maltrechos, calzado de lona con la suela de caucho, chales, camisetas. Fija la vista en el suelo, armados del inseparable bastón con el que van hurgando la arena, avanzan paso a paso. De cuando en cuando se les oye lanzar jubilosa exclamación de triunfo. Son los entusiastas de una fantástica afición que alcanza día a día mayor boga: la de los buscadores y coleccionistas de conchas marinas.

A la generalidad de los veraneantes que llenan las soleadas playas de cualquier parte del mundo, un día húmedo y frío, de cielo encapotado y mar gruesa, les parece una verdadera calamidad; no así a los miles de hombres y de mujeres para quienes el hallazgo de un

ejemplar raro de concha marina es sorpresa tan emocionante como la de encontrar una joya en una chatarrería. A mal tiempo, buena búsqueda de conchas marinas, ya que es entonces cuando la marejada arroja a la playa miles y miles de esas primorosas creaciones calizas.

En Sanibel, isla de la Florida, y en otra isla cercana a ella, la Captiva, las conchas marinas dejadas en la playa por una borrasca forman a veces capas de 60 a 90 centímetros de espesor. Ambas islas son,

Arriba, izquierda: Diente sangrante. Centro: Oreja de mar. Derecha: Peine limón. Abajo, izquierda: Gorro escocés. Derecha: Ala de ángel.



por lo que hace al tamaño y variedad de los ejemplares, las que mayor abundancia ofrecen en el Hemisferio Occidental, y dos de los lugares más productivos de conchas. Asimismo han de mencionarse la Gran Barrera de Arrecifes, en la Australia nordoriental, las Filipinas y el Japón.

La Historia ofrece frecuentes ejemplos del valor que las conchas han representado para el hombre. En el África Occidental hubo una época en que por 60.000 conchas cauríes podía un hombre comprarse una esposa joven y saludable, y por 20.000 de esas conchas una cónyuge de la clase común y corriente. Entre los objetos encontrados por los arqueólogos en las excavaciones efectuadas al sur de Babilonia en la tumba real de Shub-ad, soberana que reinó en Ur por los años 2500 antes de Jesucristo, figuraban conchas del género *Cardium*. En la edad media, los peregrinos que de toda Europa acudían a Santiago de Compostela a visitar el sepulcro del patrón de España tomaban por recuerdo e insignia de su viaje la concha de la venera, molusco que se cría en las costas de Galicia. Esta concha, llamada de los peregrinos o de Santiago, era para ellos tan codiciable como lo es hoy en día para los coleccionistas que la buscan en las playas de diferentes mares. La Shell Oil Co. fue en sus comienzos empresa constituida para comprar conchas en todo el mundo; el petróleo —¡quién lo hubiera creído!— era en aquel entonces para la Shell negocio secundario.

Las conchas, en especial las cauríes, sirvieron en otra época de medio de cambio tanto en Asia como en África. Por los años del 1800 las naciones europeas que comerciaban con África importaron miles de to-

Arriba: Oliva dorada.
Centro: Caurí (Cypraea moneta).
Abajo: Gloria del mar, espécimen de gran rareza.







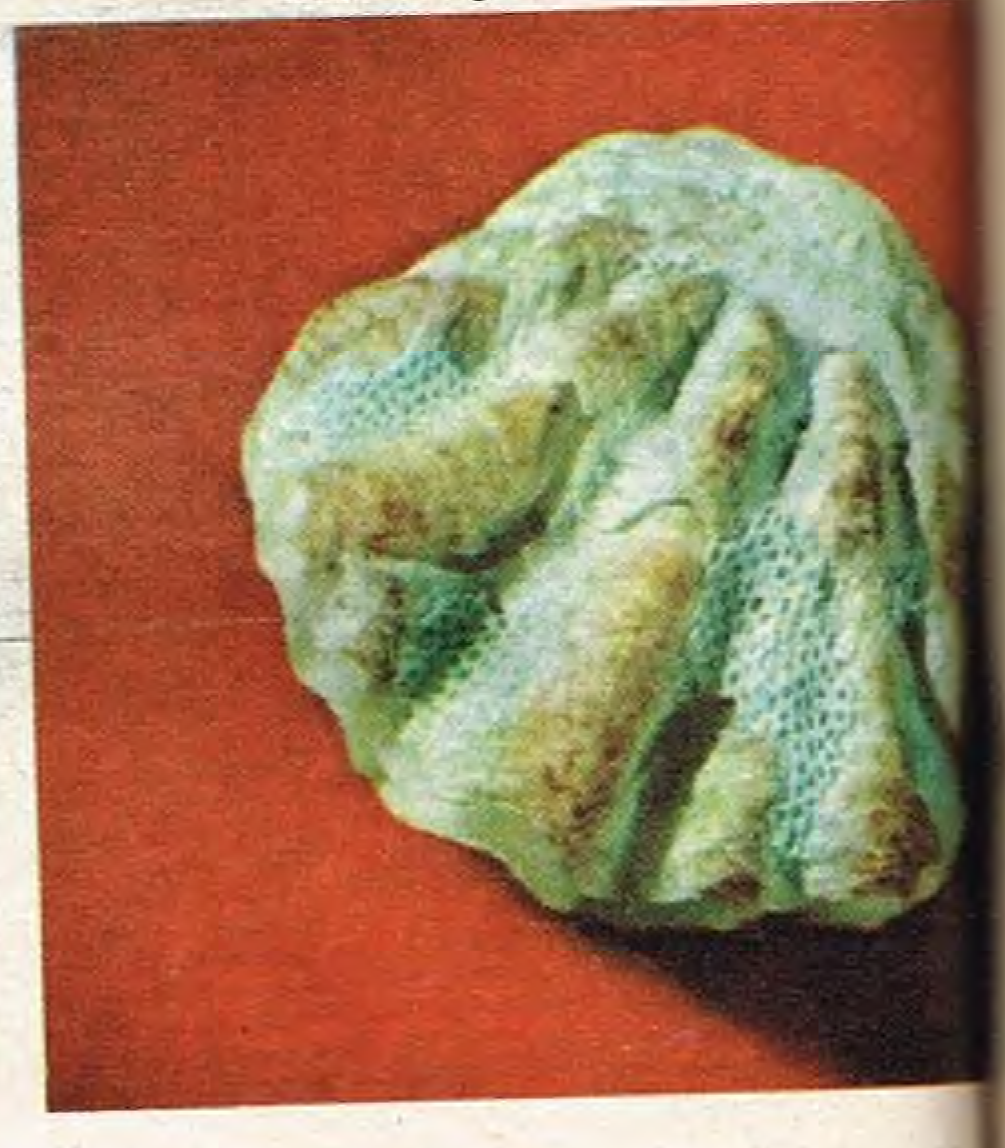
neladas de esas conchas de un lustroso blanco amarillento. La moneda de los indios de la costa oriental de los Estados Unidos eran unas cuentas fabricadas de concha de molusco a las cuales llamaban *wampum*. A las conchas se ha dado variedad de empleos: los de joyas, platos, cazuelas, objetos sagrados y, por supuesto, el de motivos arquitectónicos.

Quienes en la actualidad se dedican a coleccionarlas forman diversas categorías, que van desde la del conquiliólogo o malagólogo de los museos hasta la de la abuelita que gusta de tener unas cuantas conchas "porque son tan lindas". Además, hay para los coleccionistas boletines informativos con los nombres y direcciones de las personas interesadas en negociar en ellas.


Garra de león



Mano de gatito



De las conchas que se encuentran en las playas de la Florida son las más estimadas por su rareza: la junonia, la oliva dorada y la garra de león. La que alcanza tal vez mayor valor es la concha del género *Conus* llamada gloria del mar, procedente de las Indias Orientales y de las Filipinas, de la cual hay apenas unos cuantos ejemplares. Casi tan valiosas como la anterior son otras tres conchas: la caurí gigante moteada, la caurí príncipe, y la pleurotomaria de las Antillas. Ejemplares perfectos de estas últimas se han avaluado en más de 1000 dólares cada uno.

Las caprichosas formas y delicadas tonalidades de las conchas se deben a esqueletos de diminutos

organismos marinos trocados en obras de arte mediante secreciones cálcicas durante el proceso que es uno de los insondables prodigios de la Naturaleza. El futuro coleccionista de conchas empezará probablemente eligiendo alguna cuya apariencia le recuerda algo conocido. Así por ejemplo, las conchas llamadas ala de pavo, alfabeto chino, ala de ángel, concuerdan por su aspecto con estos nombres. Lo mismo cabe decir de la oreja de mar. En la diente sangrante, ocurre que la abertura de la concha de este molusco *Nerita peloronta* semeja la mandíbula inferior de un hombre en la que hubiesen quedado sólo uno o dos dientes que estuvieran sangrando. A la concha sombrero de mandarín le queda muy bien el nombre, y la diminuta concha mano de gatito atraerá inmediatamente la atención del que sepa que así la llaman.

Las junonias son tan altamente codiciadas que han dado motivo a gran número de cuentos. Uno de ellos es el de cierta hombruna dama que vio a pocos pasos una junonia, y también al coleccionista que se adelantaba a coger ese codiciado ejemplar. Con ímpetu muy propio de su marimachesca índole, dio la dama un par de zancadas y yéndose sobre el coleccionista le ganó por la mano, o mejor dicho, por el pie, al plantar el suyo encima de la mano del que la extendía hacia la junonia, de la cual se adueñó de esta manera la dama por derecho de pisadura.

Aun en el caso de haber encontrado lo que, a nuestro juicio, es un espécimen perfecto de una concha notable por su rareza, bien podrá suceder que el conquiliólogo a quien mostremos nuestro hallazgo ponga cara más seria que la de jugador de póker, enarque las cejas y nos diga: "¿Dónde está la otra valva?"; o si se trata de la concha de un molusco univalvo: "¡Qué extraño! No tiene opérculo".

El espécimen perfecto debe tener: si es de concha de molusco bivalvo, ambas valvas, y también la charnela que las articula; si es de molusco univalvo, el opérculo, o sea, la pieza que en la extremidad del cuerpo del animal sirve a este para cerrar la entrada cuando se recoge en el interior de la concha. La mejor manera de hacerse de especímenes perfectos será pescar vivos los moluscos a que pertenecen las conchas. No menos emocionante que la caza mayor para el aficionado a ese deporte, es para el conquiliófilo este género de pesca, el cual se efectúa rastreando, vadeando o buceando.

Algunos pescadores de conchas se echan encima un equipo que les asemeja a acémila de buscador de yacimientos auríferos en los días de la fiebre del oro. Vadear, en parajes que prometan buena pesca, sin más equipo que zapatos de lona con suela de caucho, traje de baño, guantes, y llevando colgadas del cinturón las mochilas en que se guardarán los hallazgos, es lo propio del pescador que sabe lo que se hace. Si la mar está picada y en

el lugar elegido da el agua a la cintura, el pescador irá probablemente provisto de un balde de fondo de vidrio a través del cual pueda ver con claridad el lecho del mar. En caso de bucear, el balde le sirve de sostén mientras descansa entre zambullida y zambullida, y también para echar en él las conchas que vaya encontrando.

En aguas de más fondo (de dos metros y medio a cuatro metros de profundidad), algunos pescadores usan máscara de buceo y *snorkel*. Otros llevan un neumático inflado al cual va amarrada una cesta, y ambas cosas sujetas con un cordel al cuerpo. De este modo cuentan con la cesta para depositar sus hallazgos, y con el neumático para mantenerse a flote al salir a la superficie para descansar.

Los buscadores de conchas toman muy en serio su afición; pero esto no impide que algunos de ellos sean amigos de bromas. El año pasado, al ir paseando por la playa vi un raro ejemplar de concha peine de las llamadas limón. Al agacharme a recogerla me entusiasmó lo lustroso de su color. Pero vaya sorpresa cuando al mirarla por el otro lado veo escrito allí "¡Hola!" Un guasón había tenido la ocurrencia de pintar de un hermoso amarillo limón el lado de la concha que quedaba a la vista, para que alguien —yo en este caso— se llevase un buen chasco.

Otro bromista importó del Japón una caja de conchas baratas, pero de muy vistosa apariencia, las cuales esparció en la playa frente a su casa, para pasar un rato divertido viendo y oyendo los aspavientos y las exclamaciones de los que encontraban esas chucherías. Veces ha habido, sin embargo, en que se encuentren en las playas del Caribe y del Golfo de México auténticas conchas de los mares del Pacífico. Un barco con cargamento de orejas de mar que viajaba de California a Nueva York zozobró frente a la costa de Santiago de Cuba. Años después del naufragio estuvieron apareciendo en las playas vecinas esas conchas, para contento de cuantos las hallaban. Otro caso fue el de una casita en la playa de Fort Myers (la Florida), que, conteniendo una hermosa colección de conchas procedentes de todas partes del mundo, fue arrastrada y destruida por un huracán. Conchas del Japón y aun de la Gran Barrera de Arrecifes de Australia aparecieron durante años en las playas cercanas.

Reina en las playas frecuentadas por buscadores de conchas un ambiente de cordial satisfacción. Por espacio de un par de semanas nos cruzamos diariamente mi mujer y yo con una de las pocas personas que en la playa tenían cara de pocos amigos: una señora que, al saludarla nosotros, nos miraba con cierto airecillo de superioridad.

Pues bien, esa misma señora vino un día a nuestro encuentro sonriendo de la manera más amistosa, para decirnos: "Estoy encantada con esta playa. Acabo de encontrar mi junonia".



Nos ESTABAN dando instrucciones sobre un simulacro de bombardeo que debíamos llevar a cabo en invierno sobre la costa oriental de Labrador. Le pregunté al oficial instructor por qué era preciso que usáramos los incómodos salvavidas de rigor en tales prácticas, pues si cayésemos en aquellas heladas aguas, no era muy probable que sobreviviéramos por mucho tiempo.

—Es que así es más fácil encontrar el cadáver —fue la reconfortante respuesta del oficial. —T. N. C.

AL GENERAL Douglas MacArthur le molestaban profundamente las intromisiones de la Secretaría de la Defensa de los Estados Unidos. Cierta vez, durante la segunda guerra mundial, encontró su oficina tan asediada por memorandos y cuestionarios oficiales, que mandó un parte encabezado así: "En respuesta a sus memorandos de la semana entrante..." —B. D.

MI HIJO Robert estaba de servicio en Norfolk (Virginia) y era vecino de uno de sus camaradas. Las esposas de ambos iban a dar a luz más o menos al mismo tiempo, así que los maridos hicieron un trato: si uno de ellos estaba de servicio cuando llegase la hora, el otro llevaría a la parturienta al hospital.

A la mujer de Robert le tocó la vez antes que a la del amigo, y quiso la suerte que mi hijo estuviera en casa y pudiese llevar a su esposa a la clínica. Allí se portó como el típico marido joven que espera al primogénito. A la semana siguiente, cuando la esposa del amigo comenzó a dar muestras de un parto inminente, a Robert le tocó llevarla al hospital. Juzgándolo su deber resolvió esperar hasta que la joven diera a luz, y así se quedó dormido en la sala de espera. Al abrir los ojos se encontró frente a dos enfermeras:

—Usted estuvo aquí la semana pasada, ¿verdad? —le preguntó una de ellas, con tono acusador.

Atónitas quedaron las enfermeras con la respuesta que les dio el soldado:

—Sí... Pero entonces se trataba de mi *esposa*. —D. D.

CUANDO los terroristas hicieron estallar una bomba en un restaurante francés, cerca de la base aérea norteamericana de Tan Son Nhut, en Saigón, comentaba una de las víctimas de la explosión, un sargento de la Fuerza Aérea, mientras le administraban los primeros auxilios: "La comida de este lugar es bastante buena, pero la acústica es pésima". —A. L. E.

Durante el entrenamiento básico que recibí en la Fuerza Aérea, se me rompió la montadura de los anteojos. Después de arreglarlas con cinta adhesiva solicité una nueva, pero no la conseguí. Así, hacía una nueva petición en cada base a que me iban mandando. Después de cuatro años, y un mes antes que me dieran de baja, recibí nueve montaduras . . . todas marcadas *"Urgente"*. —J. C. S.

En el campamento donde hice el adiestramiento básico, durante un invierno muy frío, mis compañeros de pelotón se quejaban de la mala calefacción en los cuarteles. Nuestro sargento llevó la queja al comandante general en varias ocasiones, pero sin éxito. Un día, durante la inspección matutina, el sargento tuvo una inspiración. Mientras el comandante revisaba a toda prisa entre las camas le dijo:

—Le aconsejo que ande más despacio, mi comandante. Acabamos de fregar los pisos y puede que todavía quede hielo en algunos puntos.

Esa misma tarde nos pusieron calefacción. —D. L. B.

Poco después de haberme presentado por primera vez al servicio de submarinos, me tocó estrenarme como oficial de inmersión. El capitán me hizo las indicaciones del caso. Los resultados fueron desastrosos: no podía yo mantener la profundidad requerida, y pasaba grandes trabajos para rectificar las inclinaciones que sufría la nave; en fin, que iba yo de error en error.

Ya estaba listo a hacer las maletas al comparecer ante el capitán para oír la crítica de mi proceder. Con gran sorpresa mía lo encontré de muy buen humor y me dio un caluroso apretón de manos.

—¡No había pasado yo tantas emociones desde que subí a la montaña rusa! —me dijo.

Entonces sentí que me deslizaba algo en la palma de la mano: era una moneda de 25 centavos.

— Bruce Strong, en *True*

Al llegar un batallón a Alemania, se le envió inmediatamente a maniobras. La esposa del comandante de la base pensó que la ocasión era propicia para que se conociesen mutuamente las señoras de los oficiales ausentes, e invitó a 30 de ellas a una cena en su casa. La anfitriona preparó los cocteles, vació los ceniceros, sirvió los platos y volvió a vaciar ceniceros. No se pudo acostar sino hasta mucho después que se fueron sus invitadas, pues tenía que dejar la cocina limpia para poder atender a sus cuatro chiquillos a la mañana siguiente.

A las 12 del otro día estaba completamente agotada cuando sonó el teléfono: era la esposa de un teniente que la llamaba para agradecerle las atenciones de la noche anterior, haciéndole el máximo elogio: "Estuvimos muy contentas. Todas convinimos en que todo salió tan bien que era como si usted no hubiese estado presente". — Sra. H. D. W.

CONDENSADO DE "TIME"

Rusia ensaya el sistema de utilidades

Para revivir una economía decadente y afligida por el crónico desaprovechamiento de recursos, el Kremlin experimenta con algunos principios típicos de Occidente.

LA ECONOMÍA", dijo Lenin, "es el principal campo de batalla del comunismo". En una forma que no era ciertamente la que pretendía el viejo revolucionario, la economía soviética se ha convertido en un terreno donde se debaten ideas explosivas que amenazan casi todas las prácticas económicas de la anterior generación rusa. Ya sea que se adhieran conservadoramente a la línea marxista o que audazmente propugnen heréticas reformas occidentales, como la supremacía de las utilidades privadas, todos los planificadores y economistas soviéticos de importancia se han visto envueltos en el mayor debate en que se haya empeñado el comunismo desde que Stalin lanzó a la atrasada U.R.S.S., con crueldad, pero con éxito, a la marcha forzada que había de conducirla al siglo XX.

El coqueteo de Rusia con los mecanismos del mercado viene en un momento de rápidos y sorprendentes cambios económicos en todo el bloque comunista. Los vestíbulos de los hoteles, desde Varsovia hasta Bucarest, están atestados de negociantes de Occidente que tratan de penetrar en los mercados comunistas. Casi no trascurre semana sin que se anuncie algún nuevo pacto comercial entre una nación occidental y un miembro del bloque oriental, generalmente por el doble de lo que importaba antes ese comercio. El intercambio efectuado en 1964 entre Oriente y Occidente sumó 9.000 millones de dólares, lo que representa un aumento del ciento por ciento en siete años.

Así como los satélites de Europa Oriental, cada vez más independientes, se van abriendo a las relaciones mercantiles con Occidente, están abriendo también su economía interna a las técnicas occidentales. En los últimos meses, Checoslovaquia ha inaugurado un vasto programa de descentralización en que se ha concedido a las distintas fábricas mayor libertad para su desarrollo. Alemania Oriental ha limitado la planificación a determinados grupos de empresas y ha dejado libres los precios de algunas materias primas. En Hungría se ha establecido cierto sistema de participación en las utilidades. Polonia ha dado permiso a tres compañías para que, prescindiendo de la intervención oficial, negocien directamente con el extranjero. Yugoslavia creó hace mucho tiempo una "economía de mercado socialista", que es un régimen de relativa competencia de empresas bajo la propiedad estatal.

Oscura perspectiva. Rusia se ha quedado atrás de sus satélites en este viraje económico hacia los métodos occidentales. Está en juego nada menos que su vasta "economía dirigida", con sus pesados organismos burocráticos que regulan toda pulsación de la maquinaria económica nacional; y aun cuando Marx jamás habló de planificación central y Lenin sólo entró tarde en la vida por ese sistema, tal es la sombra histórica de Stalin que también están hoy en juego toda una generación de máximas ideológicas que jactanciosamente ensalzan la superioridad de la planificación socialista sobre el capitalismo, el poderío penetrante (y quizá también los empleos) de un vasto ejército de planificadores y, finalmente, tal vez las amenidades de la vida para millones de rusos comunes y corrientes.

Es claro que tan perturbadoras posibilidades ni siquiera se tendrían en cuenta en el Kremlin si no fuera por la oscura perspectiva de continuas alteraciones en el índice de crecimiento de la economía soviética. Hace muy poco tiempo, en 1961, Kruschef aseguraba al mundo que pronto la economía de la URSS alcanzaría a la de los Estados Unidos, para convertirse en la más poderosa del orbe. Pero desde entonces ha venido decayendo. El año pasado, según Moscú, la producción industrial aumentó 7,1 por ciento, cifra que sería muy impresionante para una economía madura, pero que para Rusia ha sido la más pequeña desde 1946. Y cada año se multiplican los indicios de desperdicio, mala administración, ineficiencia y planificación desorbitada.

Las fallas de la planificación soviética son principalmente dos: exceso de personal (un ingeniero ha calculado, tal vez medio en broma, que para 1980 las oficinas planificadoras pueden estar ocupando a todos los adultos del país); y, con mucha frecuencia, fórmulas equivocadas... con 15 copias.

Como los planificadores fijan las

metas de producción de las fábricas en cuotas o al peso, suceden las cosas más extrañas. Una fábrica a la cual se le ordenó hacer pantallas para lámparas, las hizo todas anaranjadas, puesto que el empleo de un solo color no presentaba complicaciones en la línea de montaje. Un año la producción de neumáticos se fijó sin consultar el programa de producción de vehículos automotores.

Las normas de tonelaje irritaban especialmente el buen sentido campesino de Kruschef. De lo que más se quejaba era de una fábrica de arañas que había en Moscú. Mientras más toneladas produjera, más ganaban los obreros en bonificaciones. Las arañas se hacían cada vez más pesadas, hasta que empezaron a derrumbarse los cielos rasos. Kruschef reconocía colérico que los obreros cumplían el plan, pero agregaba: "¿Para qué necesitamos esta fábrica? ¿A quién le da luz?"

Por primera vez el consumidor soviético empezó a abstenerse de comprar los artículos que no le satisfacían y a exigir más cosas de toda índole, desde crema para las manos y peinados semanales hasta *haute couture*. Como lo reconoció sin reserva *Izvestia*, "El deseo de tener automóvil propio es tan importante como el mismo progreso técnico". Este tipo de presión del consumidor no lo habían encontrado antes los planificadores del Kremlin. Para hacerle frente, Kruschef trató de re-planificar la planificación. No menos de seis veces en diez años la reorganizó, virando de la descentralización otra vez a la centralización, con la vana esperanza de encontrar la fórmula mágica para lo que él llamaba "un mejor aprovechamiento del potencial industrial de la nación". Nunca pudo dar con ella.

El año pasado, sólo en la mayor de las repúblicas rusas, fue preciso suspender los despachos de 257 fábricas porque sus productos sencillamente no podían venderse. Además, los organismos comerciales del Estado devolvieron o rebajaron 20 por ciento de toda la ropa, 10 por ciento de las medias y nueve por ciento de los zapatos producidos. Como consecuencia de las exigencias más rígidas de los consumidores, se han acumulado existencias invendibles de mercancía de mala calidad que valen la increíble suma de 3.000 millones de dólares.

Mirando al Occidente. Los economistas e ingenieros rusos con alto sentido profesional, que hoy son muchos, se dan perfecta cuenta de lo que ha sucedido a la economía. Al mismo tiempo, están seguros de que saben cuál es el remedio, aunque en gran parte haya que tomarlo prestado de los capitalistas. La base de su argumentación en favor del cambio es que la economía nacional se ha vuelto demasiado grande y compleja para que sea posible manipularla eficiente y automáticamente desde Moscú. Estos reformadores empezaron a pensar en la

restructuración del sistema hace casi diez años, pero sólo a fines de 1962, época en que ya no era posible ocultar los males crecientes de la economía, Kruschef permitió dar amplia publicidad a sus teorías. El 9 de setiembre de ese año *Pravda* publicó "El plan, las utilidades y las bonificaciones", por Evsei Liberman, profesor de economía política de la Universidad de Karkov, y con ello se inició el gran debate.

El concepto de utilidades se había venido utilizando en Rusia desde tiempo atrás, aunque sólo como una medida entre otras doce que se aplicaban caprichosamente para determinar la eficiencia de una fábrica. Liberman pidió que las utilidades se emplearan como el elemento principal, arguyendo que "a mayores ganancias, mayor incentivo" para la calidad y la eficiencia de la producción.

Los demás economistas empezaron, uno por uno, a tomar parte en la discusión, a censurar el "culto del plan" y a insistir en que a los administradores de dicho plan se les concediera mayor autonomía. Excepción hecha del principio cardinal comunista de la propiedad estatal, casi no quedó parte alguna del edificio de la economía soviética a salvo de la piqueta demoledora de los reformadores. Un periodista propuso la abolición del impuesto del 50 por ciento sobre los bienes de consumo y sostuvo la tesis de que todas las rentas del Estado podían obtenerse mediante un impuesto sobre las utilidades, una vez que estas se convirtieran en el indicador universal. Denunciando el hecho de que bajo la planificación actual una quinta parte de las fábricas rusas trabajan subvencionadas, con pérdidas, pidió que los fondos oficiales se desviaran hacia las empresas que sí producen utilidades.

No sólo hablaron los economistas. El administrador de una gigantesca empresa de construcción llegó hasta emplear el término "oferta y demanda" al abogar por un mercado libre y abierto para los bienes de consumo, al mismo tiempo que admitía que esto implicaba confiar en la vieja técnica capitalista de investigaciones de mercado hechas por las compañías. En Leningrado, los administradores se quejaron de que durante el año 1964 perdieron 500 días-hombre de trabajo por la necesidad de estar viajando a Moscú a conocer las decisiones de los planificadores centrales.

Para los planificadores empedernidos y los ideólogos de la vieja escuela, estas críticas pre-revolucionarias eran un reto, y pronto empezaron a llenarse las columnas de la prensa con sus airadas protestas. "Si abandonamos el planeamiento centralizado de los salarios, el trabajo, el costo de producción y la inversión", declaró Kirill Plotnikov, de la prestigiosa Academia de Ciencias, "renunciaremos a la reglamentación por parte del Estado de las partes más importantes de la economía; en efecto, equivale ello

a renunciar a la planificación económica. Este camino está lleno de grandes peligros".

"Se venden como pan caliente". A comienzos del verano pasado, Kruschef sacó la polémica de las páginas de *Pravda* y la situó en el terreno industrial, al dar a los reformadores un campo donde pudieran poner a prueba sus teorías. A dos fábricas de ropa, la Bolshevichka, de Moscú, y la Mayak, de Gorky, se les dio libertad para negociar precios y vender sus trajes y vestidos directamente a 22 almacenes. Estas tiendas informarían a las dos fábricas qué clase de artículos querían los consumidores, y las fábricas serían juzgadas por las utilidades que obtuvieran en la venta de los artículos.

Con los pedidos en la mano, la Bolshevichka y la Mayak fijaron sus propios programas de producción y determinaron cuántos obreros se necesitarían. Las utilidades se limitaban únicamente a lo que las tiendas pudieran realmente vender, y de acuerdo con ello se concedieron a los trabajadores bonificaciones a prorrata a base de calidad. Para conocer mejor los gustos del consumidor, la Bolshevichka organizó su propia tienda de compradores. A la vuelta de seis meses, tanto las utilidades como la calidad habían mejorado grandemente y (lo que es de vital interés para el Kremlin) las existencias habían disminuido muchísimo.

Hoy la fábrica Bolshevichka se llena de orgullo. A los magnates del partido que la visitan, el director Petr Noskov les explica muy sonriente que el margen de utilidad de la empresa ha subido al siete por ciento, el promedio de salarios ha pasado de 94 a 110 dólares mensuales, la fábrica está produciendo mejores trajes a menor precio (85 dólares contra 96), y los trajes, para emplear la expresión capitalista, "se venden como pan caliente".

Testimonio elocuente. Muchos peritos en las cuestiones del Kremlin suponen que la expansión y el éxito de estas medidas "desviacionistas" contribuyeron a la caída de Kruschef. No fue así. Uno de los primeros actos del nuevo gobierno presidido por el primer ministro Aleksei Kosygin consistió en ampliar estos experimentos. El mismo Kosygin, que es economista y ha viajado mucho por los países del Occidente, anunció que el nuevo sistema se extendería, gradualmente y por etapas, a la industria de bienes de consumo. En enero pasado, 400 fábricas de ropa y de calzado, distribuidas por toda Rusia, fueron autorizadas para efectuar el cambio, lo mismo (y esto es significativo) que el 78 por ciento de sus proveedores de materias primas, a quienes también era preciso librar de las restricciones de los planificadores si el Kremlin quería de veras la reforma.

Kosygin fue más allá todavía y aseveró que con el tiempo las reformas se harían extensivas a toda la industria soviética. Para comen-

zar, se ha autorizado a la ciudad de Lvov para llevar a cabo la primera prueba regional (no simplemente industrial) del principio de la oferta y la demanda. Lvov ofrece particular interés porque entre las cinco industrias que toman parte en la prueba se cuentan una mina de carbón y una fábrica de grúas móviles, lo cual constituye el primer ensayo que hacen los reformadores fuera de los límites de la industria ligera.

Sea cual fuere el resultado final del gran debate, el hecho en sí de que se haya llevado a cabo con tanta franqueza y libertad es notable testimonio de cuánto ha avanzado Rusia desde la época de Stalin. Algunos peritos en cuestiones soviéticas piensan que los enemigos de la reforma están dando simplemente tiempo al tiempo, confiados en que tarde o temprano los experimentos van a producir una dislocación económica que obligará al país a dar marcha atrás. Para que el nuevo sistema funcione realmente, el Kremlin tendrá al fin que dejar libres los precios, y entonces puede presentarse la desocupación de brazos, fenómeno que ningún régimen soviético puede tolerar.

Mientras tanto, parece evidente que, habiendo en efecto instalado una caja para que todos depositen sus recomendaciones, el Kremlin ha encontrado en ella el nombre de Pandora. A pesar de todo, la actual busca de incentivos para lograr que la economía rusa entre nuevamente en actividad, es testimonio elocuente del fracaso de uno de los principios cardinales del comunismo: que el sistema de las utilidades como motivación del trabajo es equivocado, perverso e innecesario en el gobierno de la sociedad.



Ópera cómica

Cada nuevo año la Ópera Metropolitana de Nueva York invita a un millar de personas prominentes a una serie de funciones en que van ocupando por turno el palco de la gerencia. Las invitaciones, enviadas en su mayor parte a delegados de las Naciones Unidas y altos empleados de la entidad, se reparten con unas seis semanas de anticipación. Todas las mañanas le dan a Rudolf Bing, gerente de la ópera, la lista de sus invitados para esa noche. "Una noche", cuenta Bing, "me había aprendido de memoria una serie de apellidos complicados. En el palco saludé a cada cual por uno de esos apellidos y, a la mañana siguiente, me enteré de que me habían dado la lista que correspondía a otra ocasión, así que todos estaban equivocados. Como buenos diplomáticos, ninguno de nuestros invitados había dicho palabra".

— M. M.

No debemos descuidarnos en la lucha contra la tuberculosis. La Peste Blanca continúa haciendo estragos.

¡Peligro!
La tuberculosis amenaza de nuevo

Por Don Murray

Condensado de "The Kiwanis Magazine"

Es posible que usted, e incluso algunos médicos, crean que la tuberculosis ha sido derrotada. En esta falsa suposición estriba la razón principal de que la Peste Blanca siga haciendo estragos.

Este error es trágico, dado que la tuberculosis es una enfermedad esencialmente familiar. Cruelmente contagiosa, la infección puede pasar del esposo a su mujer, o a sus hijos, o incluso a sus vecinos. La persona que padece de una tuberculosis activa y no se percata de ello, contagia a un promedio de siete individuos, empezando por aquellos que conviven con él.

Es, por otra parte, una triste ironía que precisamente uno de los mayores triunfos médicos de nuestro tiempo, el desarrollo de las drogas antituberculosas, con su promesa de una victoria definitiva sobre este mortífero enemigo, haya contribuido en parte a crear esa falsa seguridad. Examinemos los hechos.

¿Han erradicado la tuberculosis aquellas drogas milagrosas? Después de una disminución progresiva en el número de los tuberculosos a lo largo de unos doce años, en la actualidad ha comenzado de nuevo a aumentar el número de casos declarados en la mayoría de los países. En todo el mundo, la tuberculosis causa aproximadamente unos dos millones de muertes todos los años.

Los pulmones de muchos millones de personas han estado infectados con el bacilo de la tuberculosis en algún momento de sus vidas. En la mayor parte de los casos, sin embargo, las defensas naturales del organismo han podido subyugar los gérmenes, acantonándolos detrás de

una muralla formada por una masa celular llamada tubérculo, en donde vegetan sin actividad y, por tanto, sin causar daño alguno. Pero en muchos de los infectados, por el efecto de circunstancias especiales, como, por ejemplo, una dieta deficiente, alguna enfermedad intercurrente, o sencillamente una reinfección a través del contacto con una persona que padezca de una tuberculosis activa, se derrumba la resistencia del organismo y la antigua infección logra escaparse de su prisión en el tubérculo y se extiende en forma de una tuberculosis activa. Muchos miles de personas padecen así de una infección en período contagioso. Pero lo verdaderamente aterrador es el hecho de que una proporción altísima de estos enfermos no se percatan de que con cada golpe de tos o con cada simple estornudo extienden la infección a los que con él conviven. No sometido a tratamiento, el tuberculoso acusa una destrucción cada vez más amplia de sus pulmones, y la enfermedad acaba por afectar también otros tejidos vitales de su organismo. Por ello mueren tantos miles de enfermos todos los años.

Lo que las drogas pueden hacer. La estreptomicina, la INH (isoniacida) y el PAS (ácido para-amino-salicílico) se utilizan en varias combinaciones para el tratamiento de la mayoría de los casos de tuberculosis. Con su descubrimiento (la estreptomicina en 1944, el PAS en 1948, y la INH en 1952), un diagnóstico de tuberculosis ha cesado de entrañar una sentencia de muerte o una estancia de muchos años en un sanatorio antituberculoso, o ambas cosas a la vez. En la actualidad, la enfermedad exige una hospitalización de unos seis meses, y en algunos casos únicamente reposo domiciliario, para terminar el tratamiento con un período complementario de por lo menos un año con la administración de dichas drogas. La mayoría de las víctimas de la tuberculosis, una vez tratadas adecuadamente, se recuperan totalmente y pueden retornar a su vida habitual, aunque es obligatorio que se sometan a exámenes médicos periódicos durante todo el resto de su vida. Los archivos de los médicos están llenos de fichas de enfermos que han fallecido porque estaban convencidos de que no podían desarrollar de nuevo una tuberculosis activa.

Las drogas citadas no matan a los gérmenes que causan la tuberculosis. Únicamente inhiben su multiplicación, y entre tanto el organismo monta su propio sistema de ataque. Como los síntomas más molestos de la enfermedad acaban por desaparecer rápidamente con el tratamiento, muchos enfermos ignoran el consejo de sus médicos y abandonan el tratamiento prematuramente. Esto constituye un gravísimo error, puesto que permite el desarrollo de bacilos tuberculosos inmunes a las drogas usadas. Tales razas o cepas de bacilos podrían extenderse por todas partes para

convertir nuevamente a la tuberculosis en una de las más graves amenazas a la vida humana.

Muchas personas han interpretado erróneamente el cierre de gran número de sanatorios antituberculosos. Su clausura no significa que las drogas antituberculosas hayan vencido a la tuberculosis. Sólo se debe al hecho de que esas drogas, al producir una rápida mejoría en casos que han sido tratados desde sus comienzos, permiten la continuación de la curación en el hogar y, por tanto, reducen el número de camas que han de ocupar los enfermos.

¿Dónde florece la enfermedad? La tuberculosis es una enfermedad que se ensaña sobre todo con los estratos más pobres de la población. Los suburbios más superpoblados señalan los núcleos más afectados. Las viviendas míseras, las dietas insuficientes, la ignorancia de simples medidas de higiene, explican por qué son precisamente las personas que viven en zonas no privilegiadas las que sufren una mayor incidencia en la enfermedad.

Las personas infectadas extienden la enfermedad por dondequiera que vayan. Cuando una niñera desarrolló una tuberculosis activa, los cuatro niños de una familia mostraron una reacción positiva a la prueba de la tuberculina cutánea, que señala cuándo los bacilos de la tuberculosis han entrado en el organismo.

Cuando un marinero de veinte años de edad fue diagnosticado de tuberculosis, se examinó a los 236 tripulantes de su barco: 62 eran tuberculosos y 30 de ellos requirieron tratamiento hospitalario durante 18 meses.

El conductor del autobús de un colegio padecía de una tuberculosis activa. Se examinó a los 266 niños que viajaban diariamente en las varias rutas de su itinerario. El 32 por ciento de estos niños mostró una reacción positiva a la tuberculina, cifra que era dieciocho veces más alta que la de los demás niños del colegio, examinados al mismo tiempo. En los niños con prueba positiva, los análisis de esputos y las radiografías de pulmón revelaron la existencia de cincuenta y dos casos de tuberculosis activa. Mientras menos edad tienen los niños, más probabilidad hay de que contraigan la tuberculosis. Por ello no fue de extrañar que los cinco niños de cinco años de edad que viajaban usualmente en el autobús desarrollaran una tuberculosis activa.

Las personas de edad son también especialmente vulnerables. Entre el 75 y 85 por ciento de las personas con más de setenta años de edad tienen bacilos de la tuberculosis en sus pulmones. Cuando se resfrían, desarrollan diabetes u otras enfermedades, e incluso a veces, cuando se les da algunas medicinas para enfermedades crónicas, estalla la tuberculosis activa. Pueden creer que únicamente padecen de una tos rebelde, cuando en realidad

sufren de una tuberculosis plenamente desarrollada.

Muy a menudo la tuberculosis evoluciona sin diagnosticarse. Son muchos miles los enfermos que se diagnostican de tuberculosis únicamente en el momento de la muerte. Sin embargo, los síntomas de tuberculosis avanzada y activa son tan clásicos como fáciles de observar. Ya fueron descritos hace 4600 años en una tabla jeroglífica babilónica: "El enfermo tose frecuentemente, su esputo es espeso y en algunas ocasiones contiene sangre; su respiración tiene un sonido como de una flauta; su piel está fría, pero sus pies están calientes y suda profusamente". De cada tres enfermos de tuberculosis diagnosticados cada año, dos han llegado a este estado. Casi todos ellos podían haber sido diagnosticados antes, cuando su recuperación hubiese sido bastante probable y rápida.

Cómo protegerse. La mejor protección contra la tuberculosis para usted y su familia consiste en una buena nutrición, suficiente reposo y sueño para mantener altas las defensas de su cuerpo, y una buena higiene corporal. Hay que evitar el contacto con los que tosen y estornudan. Hay que exigir que todos los que tosen en la familia se tapen la boca. Un examen médico anual que incluya la prueba cutánea a la tuberculina ayuda a un diagnóstico precoz. Si un miembro de la familia tiene tuberculosis, se debe seguir el consejo del médico sobre el proceder a seguir cuando pase la fase del contagio.

Si usted ha padecido de tuberculosis activa o tiene reacción positiva a la tuberculina, no deje de hacerse una radiografía de pulmón una vez al año.



Negocio es negocio

Cuando entré a trabajar en una empresa importadora de café sin tostar, el jefe me dio la siguiente fórmula para hacer una oferta al tratarse de comprar: "Si el vendedor pide diez, aspira a ocho y se contentará con seis; por tanto vale cuatro y hay que ofrecerle dos".

— C. H. H.

Emanuel Ress, fabricante de distintivos para los diversos partidos durante las campañas políticas, dice: "En este negocio hay que ser diplomático. Si está uno con un carnicero le habla de carnes; si con un panadero, de pan; y si con los dos a un tiempo, de emparedados".

— *Newsday*, Garden City, Nueva York

He aquí la fórmula para abrirse paso en los negocios, según un próspero ganadero: "Hay que regatear sin compasión, y llegar luego a un arreglo generoso. Invariablemente, esto deja al otro dispuesto a hacer negocio de nuevo".

— E. R. J.

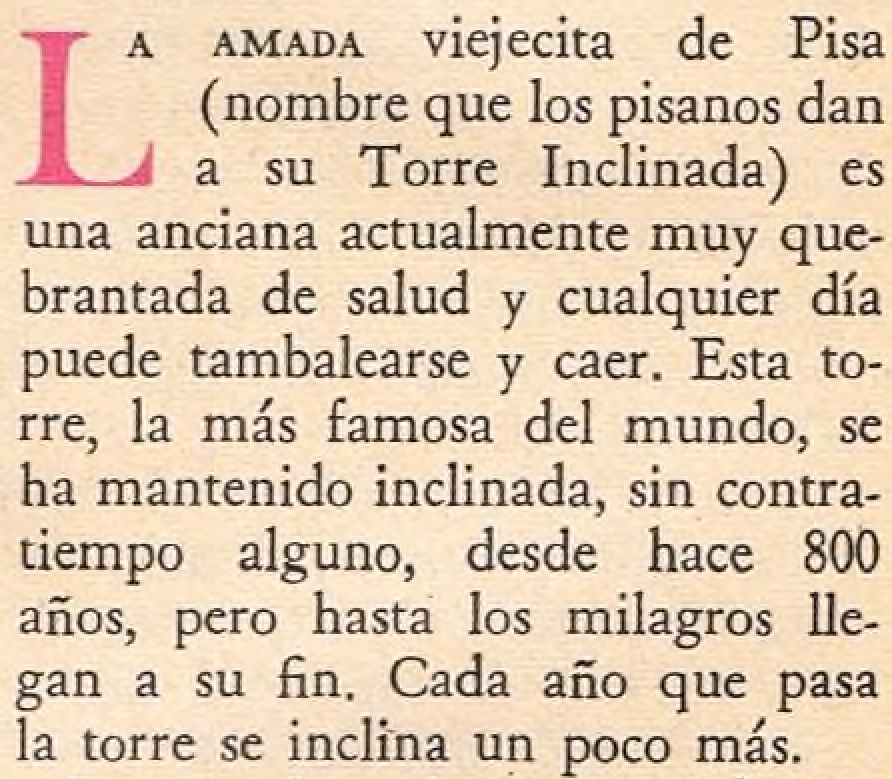
Así como podría venirse abajo esta misma noche, igualmente podría mantenerse en pie durante otros 50 años; pero si los ingenieros no encuentran el modo de reforzarla, es seguro que acabará por caerse.

¿Se desplomará la torre de Pisa?



POR GEORGE KENT

Condensado de "Travel"



LA AMADA viejecita de Pisa (nombre que los pisanos dan a su Torre Inclinada) es una anciana actualmente muy quebrantada de salud y cualquier día puede tambalearse y caer. Esta torre, la más famosa del mundo, se ha mantenido inclinada, sin contratiempo alguno, desde hace 800 años, pero hasta los milagros llegan a su fin. Cada año que pasa la torre se inclina un poco más.

Los hombres de ciencia italianos velan solícitamente por la paciente observando sus achaques. En el remate de la torre hay siete campanas, una de las cuales pesa tres toneladas y media. En otro tiempo doblaban por los muertos y tañían en honor de los triunfadores vivos. Pero los hombres de ciencia prohibieron que se las siguiera tocando,

pues a causa de las campanas la torre vibraba demasiado. Por la misma razón no se permite la circulación de camiones ni motonetas en sus inmediaciones.

Desde 1911, a las cinco de la madrugada de cada 19 de junio, un profesor de la Universidad de Pisa hace una medición exacta de la inclinación de la torre. Y, dolorosamente, su informe es siempre el mismo: la torre se ha inclinado unos milímetros más. El año pasado, la torre, de 55 metros de altura, tenía por el lado sur, hacia el cual se inclina, una increíble desviación de 4,54 metros.

Los cimientos de la torre los echó en 1173 el famoso arquitecto y constructor Bonanno Pisano, que trabajó en la obra hasta 1185, año en que el artista desapareció, dejando la construcción con tres pisos y medio solamente. Los anales no registran si huyó horrorizado al ver que su torre estaba inclinada, o si en tal año murió.

La torre permaneció en tal estado, a medio terminar, durante 90 años, hasta que otro arquitecto ensayó en ella su capacidad profesional. Debió haberla derribado, ahondado y ensanchado los cimientos y comenzado de nuevo la construcción. Pero, en lugar de eso, rodeó de galerías circulares los tres pisos y medio ya construidos y, tratando de remediar la situación, niveló los pisos de las nuevas plantas quinta, sexta y sétima, con el fin de contrarrestar así la inclinación de la torre. Unos 80 años más tarde un tercer arquitecto terminó la obra con un octavo piso abovedado, destinado a alojar las campanas. En construir el monumento se habían empleado cerca de dos siglos... y la torre se inclinaba aún.

Algunos han dicho que Bonanno dio premeditamente aquel sesgo a la torre, con el fin de maravillar al mundo, y particularmente a la ciudad de Florencia, rival de Pisa. Sin embargo, la verdadera explicación de esa oblicuidad se encuentra en el inestable subsuelo de Pisa, esponjosa mezcla de arena y greda con un 60 por ciento de agua. De hecho, los cimientos descansan en el lecho de una vieja laguna, en el cual puede distinguirse aún la huella de las mareas. Aunque los pesados muros de la planta baja de la Torre Inclinada tienen más de cuatro metros de espesor, no bastan para contrarrestar la escasa profundidad de los cimientos, la cual llega a 2,75 metros solamente, y el hundimiento de la inestable tierra en que la obra se levanta.

Gente de todos los países del mundo se apresura a proponer remedios para conservar la torre en pie. Toda una pared del Ministerio de Obras Públicas de Roma está ocupada con estanterías llenas de tales planes.

Uno de estos consejeros dice: "Metan tuberías de agua en los cimientos y congélenla". "Tiren de la torre con ayuda de dos locomotoras hasta enderezarla", aconseja otro. Un piloto de la Real Fuerza Aérea británica propone afianzarla

por medio de globos de los empleados para las defensas antiaéreas. Varias personas han recomendado deshacer la edificación, pieza por pieza, y reconstruirla.

Un alemán intentó poner en práctica su plan. Acompañado de algunos amigos juerguistas, echó un cable alrededor de la torre y lo enganchó a su automóvil. Luego pisó el acelerador y emprendió resueltamente la marcha . . . sin su parachoques trasero y sin la torre.

El único medio de reforzar la torre para que se mantenga en pie durante un milenio más es construir sus cimientos. No es suficiente inyectarles cemento adicional a los actuales; eso ya se intentó una vez sin resultado. Hay que encontrar el medio de mantener intacta la torre (que pesa 14.500 toneladas) mientras se fabrican nuevos cimientos. La operación sería extremadamente delicada, porque el monumento es frágil. Un pequeño error lo dejaría hecho añicos. Para esta obra varios ingenieros italianos tienen ya planes muy detallados, planes que está estudiando una comisión especial creada por el Ministerio de Obras Públicas.

En uno de estos proyectos, obra de Gustavo Colonnetti, profesor honorario de la Universidad de Pisa, se propone que se coloquen alrededor de la torre 15 enormes gatos, cada uno con sus propios cimientos y capaz de levantar mil toneladas de peso. La base de la torre se ceñiría con un gran aro de concreto sujeto a los gatos por fuertes cables, para así levantar la torre y separarla de los cimientos. La operación propiamente dicha comenzaría con el paulatino levantamiento de la torre. Unos pocos milímetros de elevación serían suficientes. Una vez elevada la torre daría principio la tarea de hacer unos cimientos anchos y profundos.

Con ciertas variantes, este es más o menos el plan de otro distinguido ingeniero, el profesor Letterio Donato. Su idea consiste en erigir en el lado norte de la torre dos altos estribos de acero que sirvan para sujetarla con tirantes destinados a mantener intactos el edificio y todas sus columnas. Después, construir bajo tierra, alrededor de los cimientos, ocho cajones de cimentación de hormigón, y con ayuda de 16 gatos asentar el peso de la torre sobre los cajones.

Cualquiera de los planes propuestos costaría una enorme suma de dinero. Y ninguno tiene el propósito de *enderezar* la torre; sólo el de reforzarla para que pueda continuar inclinada sin riesgo.

Aparte de los ingenieros, pocos italianos parecen preocupados por la seguridad de la torre, y mucho menos aún los pisanos, que cantan: "La torre se inclina . . . se inclina . . . y se inclina . . . pero nunca se caerá".

Esto acaso sea optimismo ciego, pero lo justifica el simple hecho de que durante la guerra la ciudad se estremeció con las explosiones de un millar de bombas arrojadas por aviones aliados, y fragmentos de metralla mellaron la torre, pero la



El profesor Silvio Ballarin, de la Universidad de Pisa, observa la inclinación de la famosa torre.

estabilidad (o inestabilidad) del edificio no sufrió efecto alguno. La torre ha sobrevivido también a más de cien sacudidas sísmicas y a dos serias tentativas (en 1838-1839 y 1935) de reforzar sus cimientos. El único resultado obtenido con estas fue acentuar la oblicuidad. Los pisanos, por su parte, se llenaron de gozo con esta confirmación de su fe en la inmortalidad de la torre.

En cuanto a los turistas, estos se sienten, comprensiblemente, un tanto nerviosos. Estacionan sus automóviles en el lado opuesto al de la inclinación de la torre, y cuando bajan a la calle después de haber subido a aquella se alejan presurosos con un pequeño temblor de emoción, como quien ha llevado a cabo una hazaña temeraria.

Todos los años visitan a Pisa tres millones de personas. La mayoría se detiene solamente para echar una breve mirada de curiosidad a la torre y tomar algunas fotografías. Unos 600.000 pernoctan en la ciudad, y 120.000 pagan la entrada y ascienden los 294 escalones que llevan al campanil. En total, la suma dejada por los turistas en Pisa no baja, al año, de 625 millones de liras (equivalentes a un millón de dólares). Este puede ser el motivo de que las autoridades del turismo en Pisa no sientan gran entusiasmo por enderezar la torre, y los comerciantes de la ciudad, pensando en la caja registradora, están de acuerdo en cuerpo y alma con tales autoridades. Consideran que si se asegurase la estabilidad de la torre, los turistas podrían perder todo interés en visitar la ciudad. La inestabilidad del edificio y la posibilidad de que se derrumbe constituyen su mayor atractivo.

Pero, de no hacerse algo prontamente, la torre se *desplomará*. Igualmente podría venirse abajo esta misma noche que mantenerse en pie durante otros 50 años, o más, pero es seguro que acabará por caerse. Y cuando eso suceda, el mundo habrá perdido algo tan extraordinario como hermoso.

Foto: UPI

"Ayo Gorkhali!" ("¡Aquí vienen los gurkas!") es el escalofriante grito de combate de esta famosa banda de luchadores.

Por Richard Hughes
Corresponsal en el Extremo Oriente del "Sunday Times" de Londres
Condensado del suplemento dominical del "Times" de Nueva York

Los alegres guerreros de Nepal

Otra vez los pequeños y bronceados gurkas de Nepal, en las estribaciones del Himalaya, están en la primera línea de combate en una encarnizada guerra en las selvas asiáticas. Lo mismo que en ocasiones anteriores, suman a su armamento moderno sus brillantes kukris (sables curvos de 40 a 50 centímetros) y siguen sirviendo a una causa ajena con lealtad inalterable, disciplina instintiva y mortal heroísmo.

En Malasia combaten 7000 gurkas para expulsar de bosques y pantanos a los invasores indonesios de Sukarno. Algunos están a menos de 150 kilómetros del lugar donde sus abuelos rechazaron a los naturales antibritánicos hace 90 años; porque los gurkas han venido peleando como fieles mercenarios para los ingleses desde hace un siglo y medio. Manejaron los "cañones de tornillo", de que habla Kipling, en el frente de Afganistán por los años del 70, y hoy comba-

ten cuando sea necesario como paracaidistas y modernos soldados especializados, aunque básicamente siguen siendo tropas de infantería, acaso las mejores del mundo.

Como soldados, son a la vez profesionales y aficionados: reciben paga por pelear, pero pelean porque les gusta. Se ha dicho de ellos que "matan con suave firmeza" y no tienen rencor para sus víctimas; son felices hombres de hogar a la vez que alegres guerreros y han luchado contra todos los enemigos de los ingleses —blancos, negros y amarillos, insurrectos, fascistas y comunistas— desde 1815.

¿Cuál es el secreto de este afecto tan duradero?

La primera misión británica llegó al país en 1793, llamada por los nepaleses, que pidieron protección a Inglaterra contra un ataque que temían de China a través del Tibet. La alarma pasó y poco después la política de Nepal se volvió marcadamente antibritánica. Las cosas llegaron a tal punto que los ingleses tuvieron que iniciar una campaña punitiva, entre 1814 y 1816, y para ello, por paradójico que resulte, empezaron a reclutar mercenarios gurkas. "Jamás vi mayor valor y firmeza", escribía de aquella campaña un oficial inglés. "Nunca corrían y la muerte parece que no les inspiraba temor".

El joven teniente Frederick Young fue el primero que los reclutó, en circunstancias quijotescas que acaso dan la clave de la perdurable lealtad y afecto que existen entre los gurkas y sus comandantes ingleses. Abandonado por una columna india que mandaba, el teniente Young, con su casaca escarlata y su espada desenvainada, se vio rodeado por los gurkas, cuyo jefe le preguntó burlonamente por qué no había huido también él. "Yo no he venido hasta aquí para correr", replicó el inglés, y su actitud desafiante impresionó a los guerreros nepaleses. "Podríamos servir a las órdenes de un hombre como usted", dijo el jefe envainando su kukri. Young envainó su espada y se estrecharon la mano.

Los gurkas trataron a Young con toda deferencia y lo pusieron en libertad. Al regresar entre los suyos, pidió permiso a su jefe, el general sir David Ochterlony, para buscar reclutas entre los prisioneros gurkas, que también eran tratados con deferencia por los ingleses. Su primer ensayo tuvo un éxito sensacional, y él mismo decía: "Fui a ellos, un hombre solo, y regresé convertido en 3000". Ochterlony ordenó levas adicionales y antes de que la guerra llegara a su equívoca conclusión, en 1816, había tres regimientos de gurkas enganchados bajo el pabellón británico.

El primer galardón que ganaron en combate al lado de sus nuevos aliados fue la toma de la gran fortaleza de Bharatpur en 1826. Blandiendo sus temibles kukris y lanzando su viejo grito de guerra, *"Ayo Gorkhali!"* ("¡Aquí vienen los gurkas!"), tomaron la delantera a los granaderos británicos para co-

rrer a forzar las puertas. Los ingleses los aclamaron. La respuesta de los gurkas se ha hecho inmortal. "Los ingleses son tan valientes como leones; son casi iguales a nosotros".

El hermoso país de Nepal, verdadero Shangri-La de 800 kilómetros de largo por 150 de ancho, al pie del monte Everest, tiene una población de poco más de nueve millones de habitantes, famosos por su valor y gallardía. Los ingleses limitan el reclutamiento a las seis tribus más belicosas. Todas son básicamente mongoloides, con un promedio de 1,60 de estatura, fuertes, barbilampiños, de pómulos prominentes. Son por naturaleza homicidas, afectuosos y de sangre ardiente. Tienen muy desarrollado el sentido del deber, de la familia y del hogar. Les es casi imposible decir una mentira, pero se divierten tomándoles el pelo a los extranjeros que les hacen preguntas necias o se dan ínfulas de superioridad. Por ejemplo, hace poco en Hong Kong un periodista le preguntó a un comandante gurka si él le pegaba a su mujer. "Naturalmente", contestó el comandante. "Y le pego con mi kukri. De eso puede usted estar seguro".

Les gustan los licores fuertes y los resisten. En el ejército se les da su ración de ron, que no paga impuestos, y en sus casas fabrican una cerveza de cereales, llamada *janr*, y un explosivo aguardiente, el *rakṣi*. Son muy aficionados al juego de azar, les gustan las familias numerosas y con frecuencia toman una segunda esposa si la primera no les ha dado hijos. (Sin embargo, cuando salen del país sólo se les permite tener una esposa en los alojamientos familiares.) La ración oficial se compone de arroz, lentejas, pescado y carne. Una buena comida gurka de pescado, arroz, pimientos y ron es algo inolvidable.

Aunque se les adiestra en el manejo de todas las armas modernas, siguen sirviéndose del kukri con efectos devastadores en la lucha cuerpo a cuerpo. En la batalla de Wadi Akarit, en Túnez, en 1943, tuve la horrible experiencia de seguir a un regimiento gurka después de un sangriento ataque nocturno. Los rocosos desfiladeros estaban sembrados de cabezas teutónicas, todavía con expresión de sorpresa en los rostros, al lado de sus correspondientes cuerpos descabezados. Los gurkas estaban tranquilos, inmaculados y sonrientes.

Un neozelandés que estuvo conmigo en Akarit me hizo después la descripción de un combate cuerpo a cuerpo que él había presenciado en un bosque. Un pequeño gurka blandió el kukri y con sendos mandobles descabezó a dos corpulentos alemanes. Los cuerpos mutilados le cayeron encima y lo tumbaron a tiempo que lo acometía un tercer soldado alemán con la bayoneta calada. Aunque caído de bruces, el gurka pudo volverse para tirarle otra tremenda cuchillada, con la cual le amputó el brazo derecho.

Después lo vieron trotando al lado de la camilla en que llevaban al aterrado alemán: le iba dando afectuosas palmaditas con la mano izquierda mientras blandía aún el kukri en la derecha.

Esta cortés ferocidad se ve dramatizada en la Dashera (o Dasain), que es una fiesta religiosa de los guerreros y pone a prueba los nervios de los ingleses amantes de los animales. Después de bailar y divertirse toda la noche, la fiesta culmina con el sacrificio de palomas, cabras y búfalos jóvenes. Cada víctima es decapitada con un espectacular golpe de kukri. Los oficiales ingleses, que ocupan los puestos de honor en la primera fila, tienen que hacer acopio de toda su serenidad para presenciar esta ceremonia.

Por lo común, el gurka en su juventud se engancha por 15 años en el ejército, donde gana y economiza mucho más dinero y adquiere mayor prestigio que si se hubiera quedado en su aldea cultivando la tierra o pastoreando los ganados. Sus oportunidades de educarse son todavía muy escasas. Aunque el ejército ofrece educación gratuita a los hijos de los oficiales, muchos los mandan a escuelas privadas, ya que para atender a este gasto cuentan con su sueldo y con la perspectiva de una pensión.

Por ejemplo, el comandante Padamjang, que vive en Hong Kong y ha prestado servicio durante 30 años, tiene seis hijos, a quienes le habría sido imposible dar la moderna educación que están recibiendo si hubiera permanecido en Nepal. A su debido tiempo se jubilará y se irá a su buena granja cerca de Katmandú, que nunca hubiera podido adquirir si no hubiera hecho la carrera de las armas. Desde luego que volverá a Nepal; todos los gurkas vuelven. Se ha calculado que un gurka ahorrativo puede llevar consigo por lo menos 200 libras esterlinas al regresar a Nepal en uso de la licencia de seis meses que a todos se les concede después de cada tres años de servicio.

Tres crisis ha habido en la "alianza de amistad perpetua" anglo-gurka, y todas se han resuelto satisfactoriamente.

La primera se presentó en 1914, cuando fue necesaria la intervención religiosa para purificar a los gurkas por la pérdida de casta que sufrirían al cruzar el *kalo pani* ("el agua negra") para ir a pelear a Europa, Galípoli y Mesopotamia.

La segunda ocurrió en 1940, después de la caída de Francia, cuando el ministro inglés en Katmandú, teniente coronel Geoffrey Betham, preguntó al maharajá Judha Sham Sher si se permitiría otra vez a los 20 batallones gurkas cruzar el mar para ir a pelear contra los alemanes. La junta asesora del maharajá había llegado ya a la conclusión de que Alemania invadiría y derrotaría a Inglaterra, a pesar de lo cual contestó: "Sí, naturalmente".

¿Se podría aumentar el reclutamiento de 20 a 30 batallones? El maharajá volvió a contestar: "Sí, naturalmente", por lo que Betham

le expresó su sincero agradecimiento. Entonces el príncipe nepalés le preguntó a su vez:

—¿Ustedes abandonan a sus amigos en la adversidad?

—No, señor —contestó el inglés—, pero a menudo existen diferencias entre los países y entre los individuos.

—Pues no debieran existir —replicó el maharajá—. Si ustedes triunfan, triunfaremos con ustedes. Si pierden, perderemos con ustedes.

La tercera crisis se presentó en 1947 porque los regimientos gurkas se repartieron entre el ejército inglés y el nuevo ejército de la India. Este último país ha formado muchos batallones compuestos íntegramente de gurkas, además de colocar nepaleses en sus demás unidades. Hoy hay aproximadamente 50.000 gurkas en el ejército indio. Un plan que se propuso hace tres años para reducir a la mitad el pie de fuerza de la Brigada Británica se ha abandonado recientemente y el reclutamiento de gurkas no podrá bajar de 15.000. Todavía hay muchas más solicitudes que plazas vacantes.

Los oficiales ingleses que se destinan a la Brigada de Gurkas se escogen cuidadosamente y deben aprender el idioma de aquellos, que es de la familia del sánscrito, pues los gurkas respetan muchísimo a cualquier extranjero que lo hable, aunque lo hable muy mal. La inteligencia y el valor de los "sahibs" siempre ha estado a la altura de la confianza y valentía de los gurkas. En todo un siglo y medio de historia no ha habido jamás un caso de cobardía en presencia del enemigo, ni ha habido una sola insurrección.

El magnífico espíritu de la brigada se basa en esta confianza, pues todo soldado sabe que lo que resuelve su jefe —sea este gurka o inglés— será lo que mejor conviene a la unidad y a él mismo. Ningún gurka vacila jamás ante una orden de sus superiores.

Otro curioso lazo de unión que contribuye a explicar la fidelidad de los gurkas es la monarquía británica. Cuando un padre aconseja a su hijo que se enganche en el ejército, puede contarle muchas tradiciones y anécdotas de gurkas que han cruzado "el agua negra" para ir a Londres y ser recibidos por el Gran Rey Blanco; y en efecto, desde los tiempos de la reina Victoria la monarquía británica ha colmado a los gurkas de honores y recompensas, con lo cual ellos gozan inmensamente.

Las condiciones de Nepal —su aislamiento, su estancamiento, su analfabetismo— están cambiando actualmente, para bien o para mal. Se construyen aeródromos y se mejoran las comunicaciones. Los chinos están abriendo un camino desde el Tibet hasta Katmandú, y los niveles de educación del país están mejorando progresivamente, como consecuencia directa del servicio militar, de la buena paga y de lo que los guerreros pueden destinar a la seguridad y adelantamiento de

sus familias. Se están desarrollando igualmente industrias secundarias.

El bravo comandante Padamjang, pese a sus 30 años de servicio, no va a tratar de convencer a ninguno de sus tres hijos varones, todos muy bien educados, de que se enganchen con los gurkas. "Tienen que decidir por sí mismos", me dijo.

Por fin están llegando hasta los gurkas en el remoto Nepal los vientos civilizadores del cambio, vientos que con el tiempo resultarán más fuertes que los buenos recuerdos del gobierno británico, de la paga de los mercenarios, de los honores ganados en combate y las alabanzas de la reina.

Quizá falte aún mucho tiempo, pero a la larga estos matadores de kukri, que salen de su país para pelear y regresan a él para morir, encontrarán que es más satisfactorio quedarse felices, y confiamos que en paz, en su patria.

Perseverancia

El gobierno de los Estados Unidos había anunciado que en cierta comarca de Tejas ensayaría el efecto que el trueno sónico (el trueno que se produce cuando un avión atraviesa la barrera del sonido) obra en la generalidad de las viviendas. A raíz de ello una persona llamó por teléfono exigiendo el pago de un ventanal roto, pero le notificaron que las pruebas no comenzarían hasta la semana siguiente: "Muchas gracias" dijo. "Entonces volveré a llamar". —H. B.



Filosofía del trabajo

Cursé parte de mis estudios cerca de Stuttgart (Alemania), y siempre que podía iba a pasar el día con una familia que trabajaba el campo vecino al colegio. Al encaminarnos a casa tras una jornada de ardua labor en los viñedos, el viejo campesino solía decirme: "La vida es tan corta que debemos hacer el mejor uso posible de cualquier momento".

Pocos meses después fui a pasar las vacaciones en España. Allí vi a unos trabajadores sembrar un arbolito . . . operación que les llevó tres días, con muchas pausas para contemplar las mariposas, lanzar miradas a las muchachas, fumarse un pitillo, etcétera. Un español me explicaba así aquella aparente falta de eficacia: "La vida es tan corta que debemos hacer el mejor uso posible de cada momento". —B. B.

Momentos luminosos de la vida

"Quien desconoce la alegría lo desconoce todo"
— Robert Louis Stevenson

Por Ardis Whitman

El día, un día hacia fines de junio, era gris y deprimente, cubierto de nubes bajas. Mi marido y yo nos dirigíamos en auto a Nueva Escocia para tomar unas vacaciones que ambos necesitábamos desde hacía mucho tiempo, pues nos sentíamos muy cansados, más de lo que quisiéramos reconocerlo. Viajábamos en silencio, con nuestras esperanzas puestas en llegar adonde pudiéramos comer y descansar, antes de que descargara la lluvia. De pronto, cuando cruzábamos un solitario tramo de la carretera flanqueado de bosques, se desencadenó la tormenta. Los árboles se esfumaron bajo un diluvio, torrentes de agua nos envolvieron. Guiamos el coche hacia un lado del camino y nos detuvimos.

En ese momento, cual si alguien hubiese cerrado algún grifo celestial, cesó la lluvia. Un fulgor diáfano que se antojaba polvo de oro, se derramaba de las nubes y doraba las copas de los árboles; cada brizna de hierba aparecía convertida en cristal al centellear el sol sobre las gotas temblorosas; la carretera misma resplandecía. Y luego un arco iris tendió su puente sobre el cielo. Más aún: a nuestra derecha se extendía una laguna, ¡y hasta ella bajaba el extremo del arco iris! Era como si aquel semicírculo de vivientes colores hubiera sido hecho especialmente para nosotros. En-

mudecimos, llenos de gozo y admiración.

Una amiga mía ha descrito una experiencia semejante. Había salido a pasear por una playa solitaria, al atardecer. Pasaba por una época de dolor y buscaba la soledad. Frente a la costa, en medio del mar que iba oscureciéndose, había un islote bajo y aislado. En eso mi amiga percibió una tenue lucecilla que se movía allí, oyó el chapoteo de remos y el rumor de una embarcación que se hacía al agua, y pudo distinguir el perfil de una barca de pesca y la silueta de un hombre. Este remó un corto trecho y luego arrojó el ancla. Dice mi amiga que a poco sentía la intensa y gozosa impresión de ser una con aquella figura silenciosa. Era algo así como si el mar, el cielo, la noche y esos dos solitarios seres humanos estuviesen unidos en una misma y profunda identidad. "¡Me sentí inundada de gozo!" añade.

La mayoría de nosotros hemos experimentado esos momentos luminosos, en que parece que comprendemos al mundo y a nosotros mismos y, durante un breve instante, saboreamos el encanto de todas las cosas vivientes. Pero esos momentos se desvanecen en seguida y nos sentimos casi avergonzados de confesar que hemos pasado por ellos, cual si al hacerlo revelásemos cierta disposición a dar crédito a lo que no es cierto.

El sicólogo Abraham Maslow, de la Universidad de Brandeis, emprendió hace varios años un estudio de personas sanas y normales y comprobó que gran número de ellas han conocido instantes así: "momentos de íntima emoción, momentos de la más intensa felicidad o aun embeleso, éxtasis o arrobamiento". Maslow ha llegado a la conclusión de que muchas de tales vivencias son a menudo expresión de una salud rebosante.

En su archivo figura, por ejemplo, el caso de una mujer joven, casada y con hijos. Preparando el desayuno para su familia, la joven se afanaba en la cocina para servir el café y el jugo de naranja y poner mermelada en las tostadas. El sol les daba en la cara a los chicos, que parloteaban; el padre jugaba con el más pequeño. Era una escena habitual para ella, mas al ver así a su marido y a sus hijos, la joven se sintió de pronto presa de emoción al pensar en lo mucho que los quería y en lo afortunada que era con ellos, a tal punto que la alegría la dejó casi sin habla.

También está la historia de un hombre que recuerda cierto día en que nadaba a solas. "Tengo muy presente", decía, "el gozo delirante e infantil con que como un pez hacía piruetas en el agua". Se vio invadido por una alegría tan grande al sentirse "tan perfectamente natural" que lanzó un grito tras otro de contento.

Parece que cualquier cosa puede servir para dar impulso a ese sentimiento de júbilo: el resplandor de las estrellas sobre la nieve; la inesperada vista de un campo de

narcisos; ese instante de la vida conyugal en que la mano del uno busca la del compañero al comprender que este expresa nuestro modo de pensar, que comparte los mismos sentimientos. La alegría puede aguardar, también, justamente más allá de algún peligro, cuando se ha tenido el valor de hacer frente a una situación y resolverla. Puede derivar de algo tan sencillo como es el despertarse por la noche durante un viaje en ferrocarril, cuando el tren se detiene en una estación, y oír voces humanas en la oscuridad y ver un rostro que sonríe cordialmente a la luz de una linterna. Y sea cualquiera su origen, impresiones parecidas son las más memorables de nuestra existencia.

La alegría es mucho más que la felicidad. Es el alborozo del espíritu, un contento del alma, un estado de beatitud. Encierra algo de misterio y de respetuoso temor, a la vez que un sentimiento de humildad y gratitud. De pronto cobramos honda conciencia de toda cosa viviente: de cada hoja, cada flor, cada nube; de la libélula que revolotea sobre el estanque, del graznido del cuervo en la copa de un árbol. "¡Ah, mundo! ¡Quisiera abrazarte más y más estrechamente!" exclamó la poetisa Edna St. Vincent Millay en uno de esos instantes.

Suspenso el ánimo, vemos como no habíamos visto nunca. Lo más importante en estas exaltadas vivencias, dice el profesor Maslow, es la sensación que todas esas personas tenían de que habían alcanzado en verdad a vislumbrar "la esencia de las cosas, el secreto de la vida, como si hubiera sido descorrido el velo que lo cubría".

Vemos igualmente la unidad de todas las cosas, en una cegadora visión del íntimo parentesco que nos hermana a todos unos con otros y con la vida que nos rodea. Quien ha experimentado momento semejante ha advertido esa sensación de "fundirse" con el universo. Se tiene la impresión de que la vida es una y única; yo y mi mundo somos parte el uno del otro; yo y la vida entera estamos unidos en una comunión de amor y comprensión. Y a la vez nos sentimos libres para ser nosotros mismos. De súbito sabemos lo que somos y cuál es el objeto de nuestra existencia. Toda duda, vacilación, inhibición y flaqueza desaparecen. Hemos llegado al fondo de nuestro verdadero ser y nos hemos encontrado a nosotros mismos.

"Quien desconoce la alegría lo desconoce todo", dice Robert Louis Stevenson. En efecto, esos momentos de alegría son como flores en la pradera de la existencia, o como el arado que abre la tierra agonizante en un campo seco y agobiado por la cizaña. La vida resulta entonces más anchurosa, respiramos más hondo y una puerta cerrada se abre quedamente en nuestro interior. "Donde hay alegría, hay plenitud espiritual", dice Paul Tillich en *The Meaning of Joy* (El

significado de la alegría), "y donde hay plenitud espiritual, hay alegría".

Lo triste es que la mayoría de nosotros sólo la experimentamos raramente. A medida que avanzamos en edad, los apremios de la cotidiana existencia van sofocando nuestra vida. La alegría no vendrá a buscarnos mientras nos estemos dando vueltas y más vueltas en torno al torturante círculo de nuestro propio trajín, de nuestra propia importancia.

Lo que nos hace falta es la espontaneidad del niño, su capacidad para el asombro. "Para mí toda hora de luz y de oscuridad es un milagro", dice Walt Whitman. Y el naturalista inglés Richard Jefferies, que estaba casi en la miseria y luchaba con una terrible enfermedad, pudo exclamar desde su silla de inválido: "Cada brizna de hierba era tan mía como si yo la hubiera plantado; todas las hierbas eran mis compañeras y las quería a todas. Cada halcón que pasaba sobre mi cabeza era mío; ¿hay algo más bello que la amplitud y la curva de su vuelo por el cielo azul? ¡Oh, días, días felices! ¡Tan hermosos de ver! . . . ¡Y todos míos!"

¿Cómo devolver a nuestro diario vivir esa ansiosa invitación extendida a todo el universo, invitación que es a menudo preludio de la alegría? A veces lo único que necesitamos es la oportunidad de percibir de una manera nueva alguna impresión ya antes conocida. Recuerdo una de esas ocasiones. Había estado trabajando toda la noche en un escrito; no me salía bien y pensaba que nunca podría terminarlo. Sin embargo, al dar el reloj las cinco, la frase final brotó por sí sola. Dejé la pluma, abrí la puerta y salí al jardín. Las estrellas empezaban a palidecer y hacia el Oriente se anunciaba el claror de la aurora. Unos cuantos pájaros se pusieron a cantar indecisamente, como ensayando la voz, despertándose al parecer unos a otros. Los árboles, que eran bultos imprecisos en el horizonte, comenzaron a cobrar forma y figura. Un rayo de luz tocó en el sauce llorón que se alzaba al otro lado de la calle y perfiló después nítidamente una rama de nuestro abedul. El cielo se iluminó por todo el Oriente, y los grandes arces se encendieron brillantemente como otros tantos candelabros en la oscuridad.

¡Había salido el sol! Un resplandor dorado brillaba detrás de los oscuros árboles, el aire adquiría repentina frescura. Luego el sol prendió fuego, tallo por tallo, a hojas y ramas. Los pájaros cantaban ya sin freno como si los hubiese creado la mañana misma, y yo también me sentí como creada de nuevo, tan llena de gozo que me parecía imposible contenerlo dentro del pecho.

La mayoría de nosotros necesitamos aprender a evadirnos de la prisión de nuestro yo individual, pues la alegría no proviene sólo de una fusión con la Naturaleza,

sino también del amor y del sentimiento creador, de nuestra intuición de seres y cosas, y de una emoción profunda. Y es probable que emane sobre todo del olvidarnos de nosotros mismos para ser útiles a otros o para perseguir un ideal grandioso. Florence Nightingale bien pudo decir, mientras trabajaba arduas y largas horas para convertirse en enfermera: "¡Esto es vivir! ¡No deseo otro mundo que este!"

Haendel compuso *El Mesías* en poco más de tres semanas; trabajando mañana, tarde y noche, apenas tocaba el alimento que le llevaban; y cuando concluyó la segunda parte, que contiene el coro del Aleluya, corrió a la ventana, con los ojos anegados en lágrimas de alegría, y su criada le oyó exclamar: "¡Me pareció ver el cielo entero frente a mí, y aun a Dios mismo!"

Sobre todo la alegría puede venir cuando no huimos de la vida, de sus luchas, sus dolores y sus esperanzas. La persona cuyo principal deseo es evitar riesgos, peligros y sufrimientos no está preparada para conocer instantes de alegría.

Cuando advertimos por doquiera el carácter transitorio y frágil de la vida, se nos hace más dulce lo que poseemos. Como ha dicho G. K. Chesterton: "La manera de amar cosa alguna es comprender que podemos perderla".

Recuerdo una vez, hace algunos años, que viajando en ferrocarril me encontré junto a un caballero de edad, que miraba tranquilamente por la ventanilla, absorbiendo con los ojos cada hoja, cada nube, la silueta de las casas que desfilaban ante nosotros, los rostros de los niños vueltos hacia el tren.

—Es hermoso, ¿verdad? —me aventuré por fin a decir, intrigada al verlo tan absorto.

—Sí —respondió, pero sin añadir nada por el momento. Luego sonrió y señaló con la mano una carreta de heno que pasaba, y añadió—: Mire, heno que llevan al pajar.

Por el tono con que lo dijo se habría pensado que no había en todo el mundo suceso más importante que el paso de aquella carreta de heno camino del pajar. Él advirtió mi mirada interrogativa y continuó:

—Le parecerá a usted extraño que una simple carreta de heno signifique tanto para mí. Pero, le diré, la semana pasada el médico me dijo que sólo tengo tres meses de vida. Desde entonces, todo me ha parecido bello, todo es importante a mis ojos. ¡No puede usted imaginar qué hermoso! Siento como si hubiese estado durmiendo y sólo ahora acabara de despertarme.

Tal vez tengamos más probabilidades de experimentar tales momentos de gozo si nos avenimos a reconocer que la vida encierra más de lo que hemos sospechado; si somos capaces de admitir que hay un mundo más grande que el propio. Desde luego, esa sensación de

alegría no es necesariamente religiosa, en el sentido corriente, pero característica de ella es la vívida impresión de que al experimentarla hemos rozado el borde de algo inescrutable para nosotros.

Yo misma he tenido en la vida un momento de exaltación así. En un largo viaje por avión volábamos a gran altura, sobre una infinita extensión de nubes resplandecientes. Muchas veces, antes y después, he contemplado el paso de esas torres y montañas de nubes radiantes, pero en esa ocasión imperaba en aquel cuadro una alegría tan extraña y penetrante que el avión parecía no éxistir. Con la imaginación me vi habitando y recorriendo a pie un país como aquel, y yo, que soy uno de los seres humanos más sociables, comprendí en un relámpago de luminosa intuición que hay en el universo una luz, una trama, una sustancia en cuya compañía nadie podría sentirse solo jamás. Fue una vivencia que me dejó la imperiosa certidumbre de que habitamos sin peligro en un universo mucho más personal, mucho más humano, mucho más lleno de ternura que nosotros mismos.

¿No será, acaso, que esos instantes de alegría nos son dados como revelación de que tal es la verdadera existencia que debemos llevar? ¿No será que la claridad inherente a esa alegría es la forma como deberíamos ver en todo momento? A muchos les parece casi malvado experimentar ese resplandor en un mundo como el nuestro, amenazado de extinción. Pero casi todas las generaciones han vivido en la inseguridad y el peligro y conocido horas de prueba. Cuanto más atroz nos parezca el mundo, más necesitamos recordar la esplendorosa belleza que irradia del centro de la vida. Nuestros momentos de gozo son prueba de que en el corazón de la oscuridad brilla una luz inextinguible.

Cuídate del hombre que sabe una respuesta sin haber entendido bien cuál es la pregunta. —Oren Harris, congresista norteamericano

Nuestros hijos

UN PADRE de familia cuenta que su hijo adolescente hizo un examen de aptitud para el trabajo ... y resultó más apto para el retiro. —F. K.

"LAS NIÑAS crecen tan pronto", se lamentaba una madre, "que el día menos pensado, al abrir una su guardarropa, se encuentra con que ha desaparecido su vestido favorito". —E. W.

La risa, remedio infalible

EN LA CAPITAL de cierto país europeo cuyo gobierno se tambaleaba, un sujeto preguntó:

—¿En qué se parece el gobierno a un "bikini"?

Y le contestaron:

—En que todos se admiran de que se sostenga y todos abrigan la esperanza de que caiga.

— Leonard Lyons

DICE EL cómico Bob Hope: "No hay mayor dicha que estar viendo la televisión en compañía de la novia cuando se ha ido la luz eléctrica". — M. C.

EN LA ESCUELA local se habían hecho complicados preparativos para el próximo festival de primavera. Cierto día, al volver a casa, mi hijito, que es alumno de segundo año, me hizo la siguiente advertencia: "Cuando vayas a la escuela, mamá, ten cuidado con la directora. ¡Se mezcla entre los espectadores disfrazada de persona!" — M. G. K.

UNA NIÑA francesa de diez años escribió hace poco una composición sobre los bebés que viene a poner en claro el gran misterio. Decía así: "En Francia las niñas vienen entre los pétalos de una rosa y los niños entre las hojas de una col; en Inglaterra y los Estados Unidos los trae una cigüeña; en los demás países nacen normalmente". — C. M.

DURANTE la primera guerra mundial el famoso cómico norteamericano Will Rogers recitaba una noche su célebre monólogo como un número de la revista Ziegfeld Follies. Una señora malencarada le gritó desde la novena fila:

—¿Por qué no está usted en el ejército?

Rogers dio tiempo para que todo el auditorio se volviera a mirar a la persona que lo había interrumpido, y luego replicó:

—Por la misma razón, señora, que usted no está entre las coristas de esta revista: incapacidad física.

— B. C.

HABLABA yo un día con un francés que estaba de vacaciones en Miami Beach. "Ustedes los norteamericanos están chiflados", me dijo. "Cuando ven una muchacha bonita, le silban... ¡Caramba! ¿Para qué prevenirla?" — Bernie Allen, en *Parade*

UN MUCHACHO explorador a otro: "¿No te pasa a ti a veces que se siente uno así como indigno de confianza, desleal, nada servicial, poco amigable, descortés, cruel, irritable, despilfarrador, cobarde, grosero e irreverente?" — Marty McIntyre, en *Union*

En una población de Arizona, la iglesia mormónica tenía proyectada una merienda típica del Oeste, con el objeto de recolectar fondos. A fin de que acudiese un público numeroso, tuvieron la idea de convocar a los habitantes por medio de ahumadas, al estilo de los indios piel roja. Mucho les sorprendió no poder hallar indio alguno que supiera hacer señales de humo.

—Nunca las usamos —dijo un apache.

—Se nos ha olvidado cómo se hacen —explicó un hopi.

El cacique de las tribus del río Colorado confesó que él las había hecho cuando trabajaba en el cine.

—Pero si hoy tuviera que hacer otra —agregó—, tendría que ser con una nube blanca y dos negras... La Oficina Indigenista de Washington exige que toda comunicación se haga por triplicado.

— *Republic*, de Phoenix, Arizona

Una bandada de aves migratorias se dirigía al Sur, donde debía pasar el invierno. Repentinamente, uno de los pájaros que iba a la zaga preguntó a su compañero más cercano:

—¿Por qué diablos tenemos que seguir año tras año al mismo guía imbécil?

—¡Él es quien trae el mapa!

— S. B.

Un hombre de negocios se sentía decepcionado cada vez que llamaba por teléfono a algún alto funcionario y le preguntaba la secretaria de este: "¿Qué asunto desea usted tratar, por favor?" Al fin dio con una fórmula que le sirve para que lo comuniquen inmediatamente: "Quiero saber qué ha estado haciendo ayer con mi esposa".

— *The Insider's Newsletter*

En la feria anual de bellas artes en Boston, escogieron un cuadro abstracto de una amiga mía, intitulado "Acreción", para incluirlo entre los que se exhibirían. El día de la inauguración mi amiga y yo nos colocamos en un lugar apartado del salón para oír los comentarios del público. Observamos a un caballero de aspecto distinguido que con una lupa examinaba la pintura minuciosamente. Halagada, y pensando que pudiera ser un posible comprador, mi amiga le preguntó su opinión sobre el cuadro. El curioso replicó: "A pesar de los muchos años que he pasado diagnosticando dolencias internas, ¡me es imposible determinar si esta acreción es o no maligna!" — R. R. D.

Un conocido actor de Hollywood decía a su hijito de siete años, cuando estaban desayunando:

—Lo siento mucho, Cristóbal: mañana tengo que usar el automóvil grande y el chofer para un negocio.

—Pero, papá —protestó Cristóbal— ¿entonces cómo voy a la escuela?

—Irás como van todos los demás niños —contestó el papá airadamente— ... en taxi. — *Parade*



Guste ahora "Cinzano a la italiana" puro y bien, bien frío... es delicioso...
saber tomar!
Tenga siempre en su heladera los dos preferidos: Cinzano y Cinzano Oro.
On The Rocks
A la manera tradicional: Cinzano Oro, puro, con dos cubitos de hielo.
CINZANO
VERMOUTH
CINZAN
ORO

La guerra de Vietnam está llena de inciertas complejidades, pero en el fondo el asunto resulta muy sencillo.

"No podemos abandonarlos"

POR STEWART ALSOP

Condensado de "The Saturday Evening Post"

EL SEGUIR como periodista la guerra de Vietnam, consiste, más que nada, en hablar mucho y viajar constantemente en avión. La mayoría de las conversaciones se sostienen con personajes importantes, pero cuatro de ellas, celebradas con hombres que distan mucho de ser famosos, han quedado vívidamente grabadas en mi memoria.

Uno de esos hombres es un soldado raso de Vietnam del Norte: un prisionero en cuyo juvenil rostro se reflejaba aún el miedo a la muerte. Se llama Nguyen Van Thant y hablé con él por medio de un intérprete.

Nguyen tiene 19 años de edad; por la negra mata de sus cabellos nunca ha pasado un peine. Sus brazos son de niño, cortos y desprovistos de vello, y muestra una sonrisa aterrorizada y simpática.

Reclutado en el ejército comunista del Vietnam del Norte en agosto de 1963, fue enviado por el camino de Ho Chi Minh, a través de Laos, hasta el Vietnam del Sur. Durante la larga marcha no recibió más alimento que arroz y un poco de pescado seco, y cuando llegó a su destino había contraído "las fiebres". Pocos días después fue hecho prisionero.

Al preguntarle por qué le habían enviado al Vietnam del Sur, contestó:

—Nos dijeron que debíamos combatir para liberar a nuestros hermanos del Sur.

—¿Creía acaso que los comunistas ganarían la guerra?

—No lo creo. Los guerrilleros del Viet Cong tienen gran temor a los helicópteros y a los vehículos artillados.

Sentado en una estrecha pieza

Para hombre moderno...





En cada prenda exija esta ETIQUETA NUMERADA

MARCA REGISTRADA Y CONTROL DE CALIDAD
RHODIASETA ARGENTINA S.A.

OLIMPO



de la prisión, Nguyen Van Thant presentaba una figura menudita y asustadiza, y su aspecto resultaba conmovedor. En cierto modo, encarnaba la razón misma de que una pequeña guerra se esté convirtiendo en un conflicto mayor y más peligroso. Después de varios años de sufrir grandes bajas, al Viet Cong se le comienzan a agotar sus reservas humanas.

Hasta el año pasado, las guerrillas que se infiltraban en el Vietnam del Sur, procedentes del Norte, estaban constituidas por comunistas convencidos que habían huido al Norte en 1954, cuando se dividió al país en dos partes en el paralelo 17. El año pasado, por primera vez, los comunistas del Vietnam del Norte comenzaron a suplir la deficiencia en hombres con reclutas de su ejército regular, como Nguyen Van Thant, los que suman unos 9000 o 10.000 soldados, según los últimos cálculos del servicio de información secreta.

Esta semioculta invasión desde el Norte constituye la razón por la cual los Estados Unidos no han tenido otra alternativa que ampliar la guerra. Si se le permite al Vietnam del Norte que envíe sus propias y adiestradas tropas en ayuda del Viet Cong, no será posible ganar la guerra en el Sur.

Mi segunda plática la sostuve con un capitán estadounidense en la pequeña aldea de Phu Hoa Dong, situada a media hora de vuelo en helicóptero desde Saigón. En enero pasado el ejército vietna-

mita limpió la aldea de guerrilleros del Viet Cong, y el capitán Robert Alhouse fue enviado como asesor del comandante del batallón que defiende el lugar.

Phu Hoa Dong está todavía rodeada de comunistas, como muy pronto pudimos comprobarlo cuando el capitán Alhouse conducía a un pequeño grupo de visitantes civiles hasta un extremo de la polvorienta calle de la aldea. Se escuchó un disparo de fusil a no más de 100 metros de nosotros, y una bala nos pasó silbando sobre la cabeza. Se contestó al disparo con fuego de ametralladora, mientras el capitán guiaba al nervioso grupo de civiles hasta dejarlos a cubierto detrás del grueso tronco de un árbol.

El capitán Alhouse no pareció impresionarse con el incidente: todos los días es blanco de disparos.

—Por eso recibo un extraordinario todos los meses, como paga de combate —me dijo, mientras regresaba sin prisa al centro de la aldea.

Lo que más le interesaba al capitán, y lo que quería comentar, era "su" aldea, a la que evidentemente había tomado cariño. Su afecto se ve correspondido, a juzgar por la actitud de los niños, que se le trepaban como hormigas constantemente y a quienes tenía que sacudirse de vez en cuando, si bien ellos se le volvían a encaramar en seguida. El capitán está plenamente decidido a defender "su" aldea contra los comunistas que la rodean y no abriga duda alguna de que ello es perfectamente factible.

Existen dos ejércitos norteamericanos en Vietnam: el ejército de la burocracia militar en Saigón y el ejército de los capitanes Alhouses, que se encuentran diseminados por las amenazadas aldeas del país. Mientras haya suficientes capitanes Alhouses y el gobierno de los Estados Unidos se mantenga firme en su política, sólo hay un camino por el cual podría perder la guerra: si flaquea la voluntad de lucha del pueblo de Vietnam.

Existen también dos Vietnams: el de los militares, los políticos y las sectas religiosas, en Saigón y las otras grandes ciudades (todos los cuales viven en constante disputa), y el Vietnam del ejército en campaña. Debe tenerse muy presente que son los vietnamitas quienes sostienen verdaderamente la guerra, y no los norteamericanos que los acompañan. En realidad resulta sorprendente que exista todavía un ejército en condiciones de lucha. Año tras año, las tropas de este pequeño país han sufrido considerables bajas.

Mi tercera entrevista la tuve con el coronel Banh, comandante de un acosado regimiento vietnamita en la provincia de Darlac, al norte de Saigón. ¿Cuánto tiempo creía él que pudiera sostenerse el ejército de Vietnam? le pregunté.

—No será indefinidamente —me contestó— pero sí mucho más tiempo de lo que en el Occidente se puedan imaginar. Comprenderá que para mis soldados la guerra

constituye una forma de vida: nunca han conocido otra cosa. Si no nos traicionan podremos resistir largo tiempo. Pero, por supuesto, tiene que haber alguna esperanza.

La cuarta de estas conversaciones la celebré con el sargento Thomas Alfinito, miembro de la misión norteamericana agregada a las tropas vietnamitas que defienden la ciudad provincial de Ban Me Thuout. El sargento ha acompañado a las tropas vietnamitas por casi un año. Al interrogarlo sobre la calidad de esos soldados, me contestó:

—Son estupendos combatientes y hombres magníficos—. Hablaba con explosiva convicción—. Están dispuestos a combatir en cualquier momento. Sencillamente no podemos abandonarlos.

Esta extraña guerra abunda en complejidades estratégicas y políticas, pero en el fondo el asunto resulta muy sencillo, y el sargento Alfinito lo supo expresar con claridad. Los tres últimos presidentes de los Estados Unidos han comprometido el honor de su país en su resolución de que esos "hombres magníficos", que han combatido a los comunistas en una guerra sangrienta de tan larga duración (y también los niños que rodean como hormigas al capitán Alhouse), no habrán de convertirse en esclavos del imperialismo comunista. Es imposible vislumbrar claramente cómo se podrá ganar la guerra de Vietnam. Pero, cueste lo que cueste, "sencillamente no podemos abandonarlos".

Por John Reddy

El hombre más veloz sobre ruedas

Art Arfons y el extraordinario armatoste de construcción casera con que batió la marca mundial de velocidad

El cinco del pasado octubre, en Bonneville, la llanura salina de Utah, rodaba hacia la línea de partida un automóvil de carrera que parecía la concepción de algún desequilibrado proyectista en uno de sus días de mayor extravío. En el costado llevaba pintado con chillones colores el nombre de "Monstruo Verde", y era tan feo que los espectadores lo llamaron "el camión de la basura". En el frente, sobre la cavernosa tobera de su motor a reacción, tenía una chata y gruesa ala que parecía una mesita de té. De su costado sobresalía una cabina desde la cual el conductor guiaba el coche, tendido boca arriba casi cuan largo era. El Monstruo Verde, sin embargo, demostró muy pronto que no era tal camión.

Aullando como una bruja, salvó la milla-patrón como un rayo a una velocidad de 637,84 kilómetros por hora, levantando tras sí un torbellino de sal. Luego dio la vuelta en redondo y se lanzó nuevamente a lo largo de la milla-patrón, esta vez a 771,87 k.p.h. Los representantes oficiales del Automóvil Club de los Estados Unidos, confrontaron los cronómetros electrónicos con

Condensado de "Discovery"

que se sacó el promedio de ambos recorridos, haciendo los ajustes necesarios por velocidad del viento y otros factores. ¡Art Arfons, constructor y conductor del Monstruo Verde, había establecido una nueva marca mundial de velocidad en tierra, de 698,48 k.p.h.!

Mecánico despreocupado. Arfons, hombre de 39 años de edad, de 1,80 de estatura, flaco y tranquilo, es una especie de fenómeno en la peligrosa y furibunda competencia del mundo de la velocidad. Durante varios decenios las marcas de velocidad habían estado en manos de corredores británicos que recibían subsidios por valor de millones de dólares de la industria automovilística. Arfons construyó su vehículo con materiales y piezas de desecho en un destartalado garaje de Akron (Ohio): el cacharro tenía un eje de camión Dodge 1951, el mecanismo de dirección de un Packard 1955 y el tablero de instrumentos de un viejo aeroplano.

El rey de la velocidad nació en Akron, donde su padre tenía un molino de forraje movido por un motor de automóvil. Siendo aún niño, Art aprendió a mantener el motor en condiciones de funcionamiento. Luego, ya en la escuela secundaria, recibió clases nocturnas especiales en soldadura y en mecánica de aviación. Pero no le interesaron las carreras hasta después de la segunda guerra mundial, en que el negocio de forrajes de la familia empezó a decaer. Ya casado a la sazón, Art buscó un medio de ganar algún extraordinario.

Hierbajos entre las piezas. Cierto día de 1954 asistió a una carrera de automóviles en pista recta, competición en la que parejas de coches ordinarios, o autos de carrera construidos para el objeto, corren en una recta de 400 metros, partiendo de un arrancadero en que están parados. Como le pareciera divertido, decidió construir un coche para tales carreras. Ayudado por su hermano Walt reunió varias piezas halladas en los depósitos de automóviles de desecho y puso manos a la obra en un pequeño garaje de lámina acanalada que él mismo levantó cerca de su casa.



Aquel lugar pareció pronto un almacén de chatarra, donde los hierbajos crecían entre las piezas de automóvil desparramadas por el suelo. A poco, Art y Walt y un amigo de ambos llamado Ed

Snyder estaban fabricando un coche tras otro y tratando siempre de hacerlos capaces de mayor velocidad. Art los pintaba con pintura verde sobrante de la guerra y que el gobierno vendía, por lo que se dio en llamarlos "monstruos verdes". No eran bonitos, pero Art empezó a ganar carreras con ellos. En 1955, justamente un año después de haber construido el primer vehículo, Art ganó el campeonato Mundial de Carreras en Pista Recta en Lawrenceville (Illinois).

En 1959 decidió dedicarse de lleno a las carreras. Juntamente con Ed Snyder fabricó un coche impulsado por un motor Allison de aviación, y en 1960 lo llevó a la competición de Bonneville. El artefacto, típico de la producción casera de Arfons, tenía el aspecto de una tortuga. Art iba sentado en una cabina saliente al frente del motor, y detrás de su cabeza se elevaba un tubo de escape que parecía la chimenea de una estufa. El cacharro alcanzó una velocidad media de 435 k.p.h. en la llanura salina, cosa estupenda en un coche para pista recta, pero que distaba mucho de la marca de velocidad en tierra de 636 k.p.h. establecida por el inglés John Cobb. En 1961 Art logró aumentar la velocidad de aquel mismo coche hasta 505 k.p.h.... muy lejos todavía de la marca mundial.

Sociable remendón. Todo aquel invierno Art compitió en carreras los fines de semana para ganarse la comida, y los días laborables trabajó con Ed en su abarrotado garaje. Encontraron un motor de chorro de un avión J-47 de desecho, y Art se gastó 5000 dólares en pagar a un proyectista para que le hiciera una carrocería aerodinámica especial. En el verano de 1962 el nuevo vehículo, que no era en realidad más que un motor de reacción sobre ruedas, logró una velocidad de 550 k.p.h., la mayor alcanzada hasta entonces por Arfons, pero que todavía no era un récord.

Los técnicos y otros conductores presentes en Bonneville veían en Art un tío excéntrico e inofensivo, un sociable remendón casero, más que una amenaza en cuanto a la marca mundial de velocidad. Pero él no hallaba nada risible en sus métodos baratos de construcción y sus grotescos vehículos; para él estos eran hermosos.

"Complicaciones técnicas". Todavía animosos a pesar de tres años de vanos esfuerzos, Art y Snyder volvieron a Akron a construir otro coche más. Compraron un motor a reacción J-79 (el tipo mejor, con 17.000 caballos de fuerza), que erróneamente había sido declarado inservible por estar averiado. Originalmente había costado más de un cuarto de millón de dólares, pero Art lo consiguió por 5000 dólares, e inmediatamente se dedicó a reparar las 60 averiadas paletas de la turbina, las que limó e igualó pacientemente. Para probar el motor lo aseguraron entre dos árboles que crecían detrás del garaje. El estruendo rompió varias ventanas en un kilómetro a la redonda. "Inclu-


72/1480
¿es un
gran invento
el paraguas?
Seguramente lo es, siempre que el aguacero no sea muy fuerte. En este caso, no impedirá que Ud. se moje de rodillas para abajo. En ocasiones como éstas, viene bien una Ginebra Bols! Usted toma Ginebra Bols y toma un trago reconfortante que estimula y sienta bien. Nada mejor que la buena y saludable costumbre de tomar CADA DIA UNA COPITA...
GINEBRA BOLS
LUCAS BOLS
Aº 1575
ESTIMULA Y SIENTA BIEN!
ZEER OUDE GENEVER
BOLS
CADA DIA UNA COPITA

so", cuenta Art, "secó el marjal que había detrás del garaje. La policía acudía corriendo cada vez que hacíamos una prueba".

Esta vez ya no tenía dinero para construir una carrocería especial, así que, con 35 dólares, entre él y Snyder improvisaron un dispositivo que hacía el mismo trabajo que una máquina moldeadora de metal de 10.000 dólares, y ellos mismos fabricaron la carrocería casi sin costo alguno. Para lanzar los paracaídas que detienen el vehículo al final de una carrera a gran velocidad, adaptó una escopeta calibre 12 que compró por tres dólares en una casa de empeños de Akron. Normalmente tales dispositivos de lanzamiento cuestan mil dólares cada uno.

El coche, una vez terminado, pesaba tres toneladas y media y tenía 6,5 metros de largo; es decir, que era de muy pequeñas dimensiones para un coche de gran velocidad. "Tuvimos que hacerlo corto", explica Art, "para que cupiera en el autobús en que teníamos que trasportarlo". Las dimensiones del autobús significaron también que sólo pudiera dejar un espacio de 18 milímetros entre la parte inferior del Monstruo Verde y el suelo, por cada 30 centímetros de longitud del vehículo. "Un ingeniero", comentó Arfons, "me dijo que se necesita un espacio de 2,5 centímetros por cada 30 centímetros, pues de otro modo el aire no puede circular por debajo. Yo no entiendo esas complicaciones técnicas, de modo que no le hice caso". (En realidad, lo que Arfons hizo fue idear un medio de hacer pasar al motor el aire que circula debajo del automóvil.)

Un automóvil tiene tendencia a despegar de tierra cuando corre a gran velocidad. En Bonneville se habían matado varios conductores porque sus coches se elevaron y se estrellaron. Así pues, Art hizo una cola de aeroplano para dar estabilidad al vehículo, además de una ala chata para mantener las ruedas delanteras en contacto con el suelo.

Arfons y Snyder trabajaron cerca de un año en la construcción de su más moderno Monstruo. Su costo total se elevó a 20.000 dólares, cantidad insignificante tratándose de las grandes carreras. La fábrica de neumáticos Firestone accedió a suministrarles ruedas y neumáticos y envió un grupo de expertos ingenieros. Con una sonrisa, comenta Art: "Me pidieron un plano, y les dije que no tenía ninguno. Me contenté con darles el cubo de una rueda". Los ingenieros le fabricaron neumáticos especiales, con la superficie lisa e inflados con nitrógeno, hechos para resistir velocidades hasta de 965 kilómetros por hora.

El hombre más veloz . . . por un día. En aquella primera prueba de octubre pasado, Arfons estableció con el Monstruo Verde la marca ya mencionada de 698,48 k.p.h. Pero poseyó esta marca sólo el tiempo que tardó en regresar a Akron, pues inmediatamente el californiano Craig Breedlove, bombero, y corredor de coches reconstruidos o

BAJO EL SIGNO DE SHELL

combinación perfecta...

Perfección en juego que asegura la buena marcha del vehículo... Nafta Supershell, dando más potencia y agilidad al motor. Shell X-100 Multigrado, facilitando el arranque en frío, haciendo más sedoso su veloz andar, superando las variaciones de temperatura y reduciendo las pérdidas de potencia. Fruto de la experiencia y capacidad técnica de Shell, estos dos productos —cuando entran en juego— garantizan perfección de marcha y más larga vida para el motor.

SUPERSHELL Y SHELL X-100 MULTIGRADO



...y siga seguro con



modificados para obtener de ellos una violenta aceleración y grandes velocidades, recorrió la milla-patrón en su vehículo "Spirit of America", de ocho toneladas y tres ruedas, a velocidad increíble. En el recorrido de vuelta, le falló la dirección cuando alcanzaba 867 k.p.h. y se salió de la pista, hizo astillas un poste de teléfono, atravesó una zanja de 3,5 metros, salió despedido por el aire y cayó en un lago de seis metros de profundidad. Aunque el "Spirit" quedó deshecho, Breedlove pudo salvarse a nado. Había establecido la fantástica marca de 846,5 k.p.h.

Art estaba en Akron, trabajando en su Monstruo Verde, cuando recibió la noticia. "Muy bien", dijo tranquilamente, "iremos allá otra vez y reconquistaremos el récord".

La víspera de su nuevo intento, el 26 de octubre por la noche, Art estaba nervioso. Pensaba en su esposa, June, que venía instándolo a que desistiera de su incesante persecución del récord, y en sus dos hijos. Pensaba también en los corredores que habían perdido la vida en las llanuras salinas. Estuvo muy cerca de enfermar físicamente y durmió muy poco.

A la mañana siguiente todavía estaba nervioso. La accidentada carrera de Breedlove había estropeado la superficie de la llanura, habitualmente lisa y suave como la seda, por lo que las pruebas hechas por Art habían resultado llenas de sacudidas y desesperadamente lentas. La cara de Art, de suyo ru-

bicunda, curtida por el viento y el sol, estaba blanca cuando sus ayudantes cerraron sobre su cabeza el techo de la cabina.

El largo manchón. Sin embargo, su nerviosismo se disipó tan pronto como sintió en su mano el volante y oyó el tremendo fragor del motor de chorro. La rielante llanura blanca se extendía frente a él en una longitud de 16 kilómetros: tres para acelerar, uno y medio para desarrollar la velocidad máxima y los once y medio restantes para desacelerar. Tendido de espaldas en su estrecha cabina, Arfons experimentaba una sensación de deleite a medida que el Monstruo iba adquiriendo velocidad.

Cuando el vehículo llegó a la milla-patrón avanzaba como un proyectil. Art trató de enfocar la mirada a unos 240 metros de distancia. El silbido del viento aumentó hasta el extremo de ahogar el rugido del potente motor a reacción, que iba montado a unos cuantos centímetros del oído derecho del corredor. Las desnudas colinas, a ambos lados de la llanura, pasaron fugazmente con la apariencia de un largo manchón, y la llanura misma parecía tan escabrosa como si estuviera empedrada. Empleó poco menos de siete segundos en recorrer la milla-patrón, y ocho kilómetros en detener al Monstruo. Había hecho el primer recorrido a 830,39 k.p.h.

Snyder le dijo: "Tendrás que alcanzar más de 885 k.p.h. a la vuelta para superar la marca de Breedlove".

Los paracaídas no bastan. El Monstruo corría vertiginosamente por la milla-patrón en la carrera de vuelta, y Art volvía los ojos por instantes hacia el velocímetro, que indicaba 800... 840... 865... La máquina de tres toneladas y media comenzó a botar y zigzaguear. Si ponía a funcionar el motor trasero, pensó Art, ello daría al coche mayor velocidad, pero también podía hacerlo perder el control. Art se resolvió: encendió el motor, y el Monstruo salió disparado.

El humo del motor posterior ennegreció la blanca espuma de sal que se elevaba detrás del coche. La aguja seguía subiendo: 880... 900... 925... Los ingenieros de Firestone habían prevenido a Art que no pasara de 965 k.p.h., pues los neumáticos no estaban construidos para resistir mayor velocidad. Pero él había decidido jugárselo todo en el empeño, y siguió pisando el acelerador. El Monstruo corría a más de los 965 k.p.h. al cruzar el límite de la milla-patrón.

¡De pronto reventó su neumático posterior derecho! El vehículo, ladeándose, se desvió, pero siguió su desenfrenada carrera. La cabina se llenó de humo. El acumulador voló en pedazos. Con sólo diez kilómetros de llanura por delante (y corriendo a 14 kilómetros por minuto), Art apagó el motor y apretó el botón para disparar el primer paracaídas, que fue arrebatado por el viento en cuanto se abrió. Corriendo todavía a 640 k.p.h., soltó el paracaídas de seguridad. Este también quedó hecho trizas, aunque redujo la velocidad del enloquecido automóvil. Art pisó los frenos y se quemaron. Las señales indicadoras de las distancias seguían pasando tan raudas ante sus ojos como si fueran las estacas de una cerca. Por fin, casi al extremo mismo de la pista de 16 kilómetros, Art logró detener al Monstruo. Su velocidad en el segundo recorrido había sido de 899,91 k.p.h. y, tomados en cuenta el viento y el estado del tiempo, se le computó una velocidad media de 863,73 k.p.h. ¡Era otra vez el hombre más veloz sobre ruedas!

Pasajero aéreo. Actualmente, el objetivo de Art es conservar el récord mejorando la marca que él mismo estableció. "El Monstruo puede alcanzar 1045 k.p.h. si hacen neumáticos capaces de resistir esa velocidad", dice Art. "Lo único que tengo que hacer es pisar el acelerador un poco más".

La satisfacción más grande la tuvo Arfons al regresar a casa. El capitán del avión en que volaba hizo por el altavoz el acostumbrado anuncio de la altitud y la velocidad a que viajaban, con la observación de que en aquel momento volaban a 885 k.p.h. Y, a continuación, envió a la aeromoza con este recado para Arfons: "Ya sabemos que usted suele ir a más velocidad. ¡Le rogamos que tenga paciencia!"

La conquista de sí mismo vale más que escalar el monte Everest.
—E. J. S.

Expertos en motores instala

Margen de Fallas Cero . . . en la

Usted verá estas frágiles máquinas voladoras realizar las más cómicas acrobacias en la nueva producción de la 20th Century-Fox "Los Intrépidos y sus Máquinas Voladoras". Pero, en realidad, hacer volar estos aparatos representó un gran riesgo. La falla mínima podría ocasionar un desastre. De allí que cada pieza tenía que ser de la mejor calidad. Por eso los expertos especificaron Champion. Esta es una razón más para que usted ponga con confianza bujías Champion en su auto.



LAS MAQUINAS VOLADORAS SON COPIAS AUTENTICAS
El consejero técnico de la producción fue el Comodoro Aéreo Alan H. Wheeler. Una notable autoridad en reliquias de la aviación, constató con su grupo de expertos que cada avión para la película fuera una copia exacta de los originales. Y para obtener confiabilidad máxima en estas peligrosas máquinas, exigió bujías Champion. "En todo momento las Champion nos proporcionaron el alto nivel de funcionamiento que esperábamos", dijo el Comodoro.

VOLANDO CON BAMBU, LONA, CUERDAS DE PIANO . . . ¡Y CORAJE!
Un Bristol Cometa Celular a punto de lanzarse en picada . . . ¡a 67 kph! Esta comedia de aventuras se basa en la Primera Carrera Aérea Londres-París, celebrada en 1910. Estos pioneros, verdaderos "Intrépidos Voladores", se jugaron el pellejo en sus precarios artefactos. Y exactamente el mismo riesgo lo afrontaron los pilotos modernos que volaron para las cámaras. Una sola falla representaba un peligro mortal.

ujías Champion para obtener un

ntrépidas "Máquinas Voladoras"





VOLANDO CON EL DESASTRE AL ACECHO
Un Triplano Avro pasa volando sobre la multitud de "extras" durante la filmación de una escena espectacular. ¡Las endebles máquinas tenían que sobrevolar los acantilados de Dover! Cualquier falla del motor habría convertido en un rama a esta comedia. Pero los avioncejos, con sus motores quipados con bujías Champion, volaron frente a las ámaras con toda suavidad . . . con absoluta seguridad.

LA CARRERA AEREA INTERNACIONAL
El actor Yujiro Ishihara personifica al piloto japonés que voló esta "obra de arte" en la carrera. La película, producida por 20th Century-Fox, tiene un notable elenco internacional. De *EE. UU.:* Red Skelton, Stuart Whitman y Sam Wanamaker. *Inglaterra:* Sarah Miles, James Fox, Robert Morley y Terry-Thomas. *Francia:* Jean-Pierre Cassel e Irina Demick. *Italia:* Alberto Sordi. *Alemania:* Gert Frobe y Karl Michael Vogler.



D SKELTON,
IAQUINA VOLADORA HUMANA"
 fue la excepción. No usó bujías mpion porque tiene chispa natural. o su seguridad personal, y la de los más actores "de tierra firme", depen- del vuelo de los artefactos. "Por eso", , "nos sentíamos confiados, sabién- os equipados con bujías Champion".

Las bujías de encendido usadas por estos aviones son producto del avanzado programa de investigaciones y estudios de Champion. Este mismo programa produce bujías que proporcionan un funcionamiento confiable en *cualquier* motor. Por eso más fabricantes de automóviles en todo el mundo instalan más bujías Champion que de las dos marcas que le siguen sumadas. Buena razón para que usted insista siempre en bujías Champion para *su* auto.



S BUJIAS MUNDIALMENTE FAVORITAS EN AIRE

SECCIÓN DE LIBROS

EL DESASTRE DEL R.101

Había una posibilidad en un millón

Condensado del libro*
de JAMES LEASOR



El dirigible británico R.101 era el más grande y más costoso jamás construido... y presumiblemente el más seguro. Los que tenían algún recelo acerca del buen éxito de su primer viaje, guardaron silencio ante las palabras del ministro del Aire, que dijo: "Es tan seguro como una casa...sólo hay una posibilidad de accidente en un millón".

TODO EL día había estado llegando gente al aeródromo de Cardington a ver salir el dirigible, a pesar de que su partida no tendría lugar hasta la caída de la tarde. A eso de las seis de aquel helado sábado, 4 de octubre de 1930, las carreteras estaban bloqueadas por el tráfico y unas 6000 personas aguardaban en medio de gran excitación.

Sobre la multitud se cernía la enorme mole del dirigible más grande del mundo, brillante y etéreo como un torpedo de plata bajo el destello de los reflectores, tan largo y tan costoso como un trasatlántico: el R.101, listo a emprender su primer viaje, a Egipto y de allí a la India. Si el viaje tenía éxito, con él se iniciaría un servicio regular aéreo que pondría a Ismailia, en Egipto, a dos días y medio de Londres, y a Bombay a cinco. A una velocidad de crucero de 80 kilómetros por hora, el R.101 circundaría finalmente el Imperio efectuando vuelos regulares entre las Islas Británicas, Australia y el Canadá.

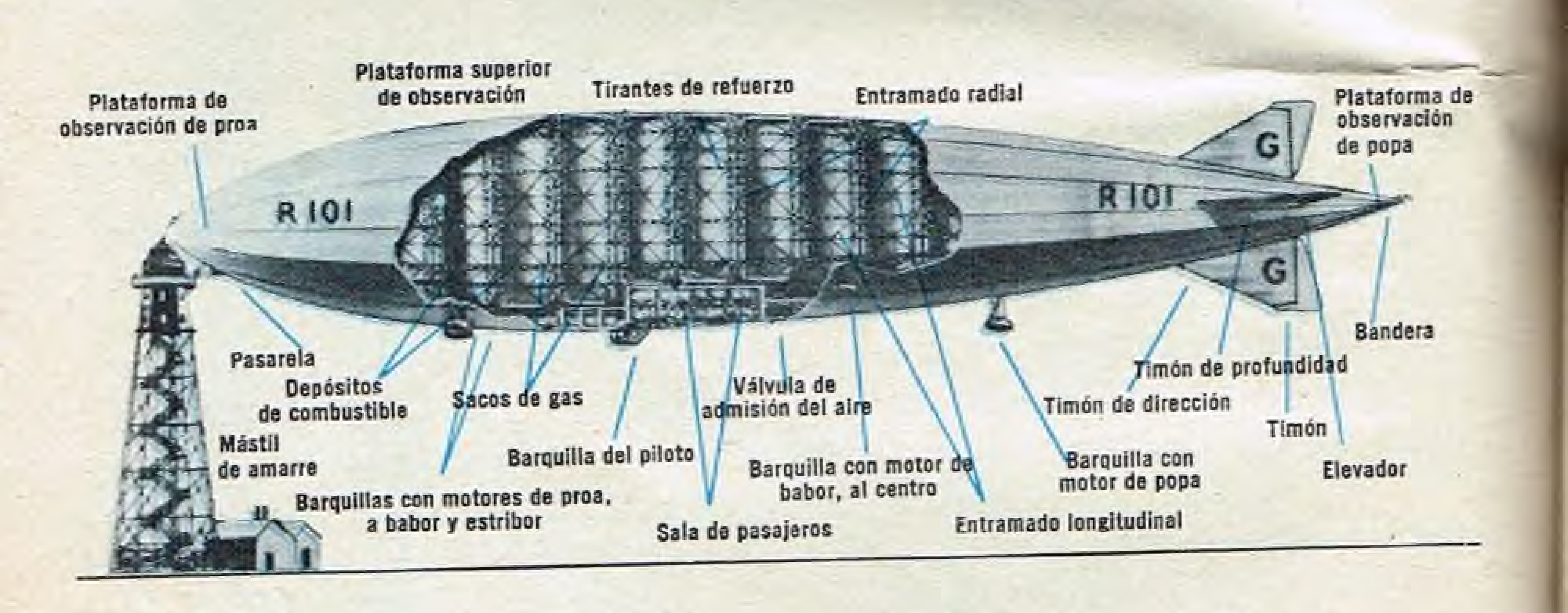
La torre de amarre era una complicada estructura de vigas entrecruzadas, construida a la manera de la torre Eiffel. La dotación de tierra subía y bajaba los 200 peldaños de la escalerilla de caracol haciendo resonar sus botas sobre los estribos de metal. Otros pasajeros más distinguidos subían cómodamente en el ascensor.

A bordo, encontraban que no se había ahorrado esfuerzo alguno para proporcionarles alojamientos tan cómodos como los camarotes de un vapor. El pasillo de entrada conducía a un gran salón blanco y dorado con capacidad para cien personas. Al fondo del salón, cuyas esquinas se adornaban con grandes palmas en tiestos, había tres escalones para subir a la cubierta de paseo donde los pasajeros podían sentarse en sillas de extensión a contemplar el panorama a través de amplias ventanillas de celuloide.

Por añadidura, el R.101 era excepcional por tener un salón de fumar. Allí, rodeados por 155.000 metros cúbicos de hidrógeno inflamable, y solamente separados de él por delgados sacos de gas y mamparos metálicos, oficiales y pasajeros podían arrellanarse en sillas de brazos a disfrutar de sus pipas, cigarros y cigarrillos con toda seguridad. No obstante, a todo el que entraba a bordo se le registraba en busca de fósforos, que estaban absolutamente prohibidos. En el salón de fumar había encendedores y ceniceros, mas estaban sujetos con cadenas a las mesas, para evitar que algún olvidadizo se los llevara al camarote para encender el último cigarrillo en la cama.

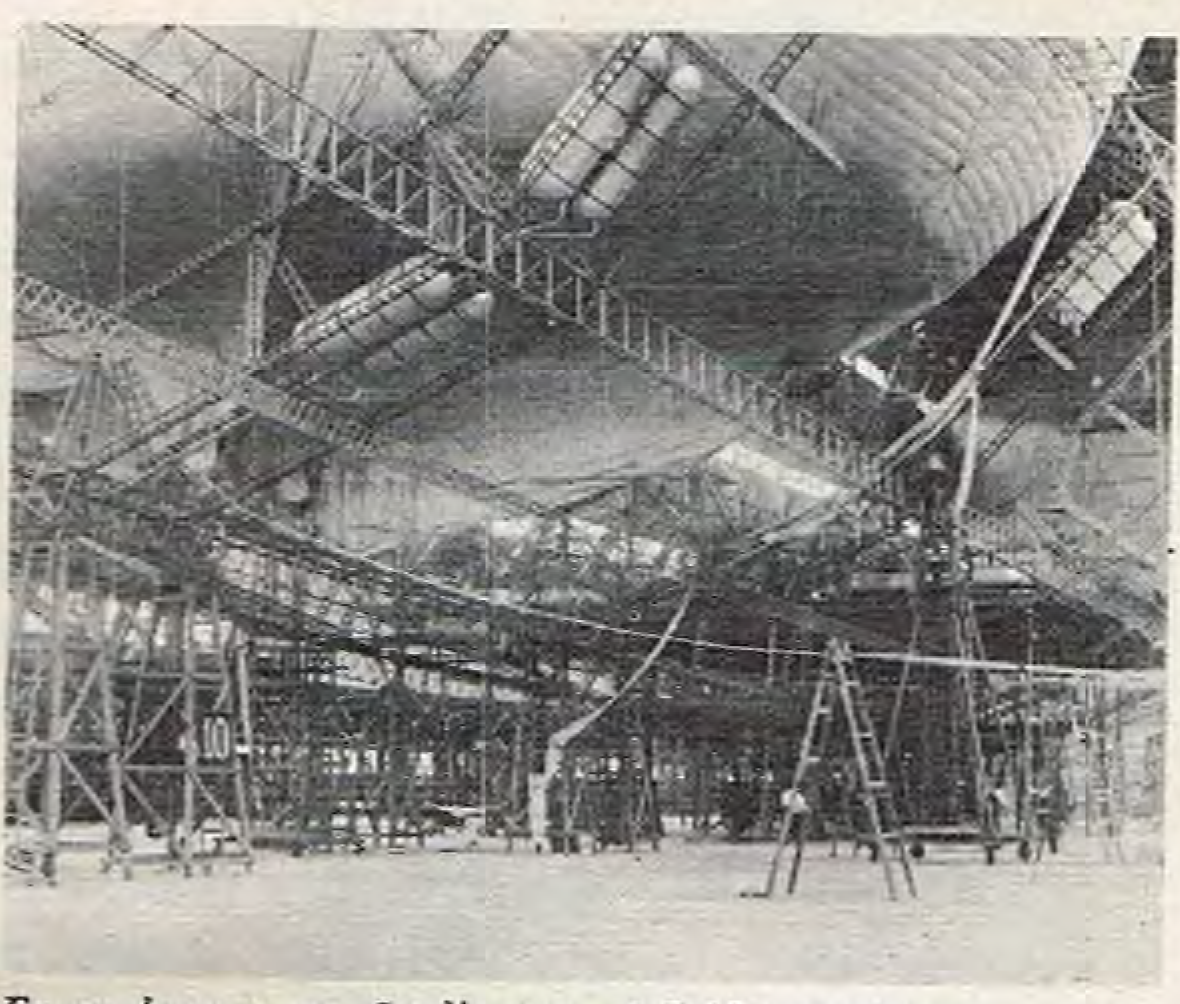
Dudas y desacuerdos

Aunque el R.101 tenía capacidad para cien pasajeros, en su primer viaje llevaría sólo 12, además de cinco oficiales y 37 tripulantes. Entre los primeros figuraban seis funcionarios del Royal Airship Works de Cardington, constructores del dirigible, y entre los más notables de los seis pasajeros restantes estaban lord Thomson, ministro del Aire en el gabinete laborista de Ramsay MacDonald, que llevaba consigo a su criado, y sir Sefton Brancker, director de Aviación Civil.



Sir Sefton llegó a Cardington

de muy buen humor. Varios oficiales llevaban cascos de corcho como precaución contra el sol de Egipto, y él se burló de la incongruencia de esos "kiplinescos atavíos" en una tarde otoñal de Inglaterra. Mas a pesar de su buen humor, Brancker abrigaba ciertas dudas acerca de la cordura de emprender este viaje.



En su hangar, en Cardington, el R.101 comienza a tomar forma. Los tanques de combustible ya están en su lugar y se está llenando un saco de gas.

Durante el pasado mes, mientras se trabajaba de día y de noche en Cardington alistando al R.101 para su travesía al Oriente, tanto Brancker como el comandante Colmore, director de Airship Development (la constructora oficial), habían estado muy intranquilos; en su opinión el dirigible no estaba en las mejores condiciones para afrontar una larga navegación aérea y querían que se hicieran más pruebas antes de emprender un viaje tan extenso por encima de los Alpes nevados y las ardientes arenas del desierto egipcio.

El jueves anterior a la salida del dirigible, Brancker fue a ver a lord Thomson al Ministerio del Aire y le confió sus temores. Thomson los recusó diciendo que se había comprometido a ir y a volver a tiempo para asistir a una conferencia imperial el 20 de octubre.

Brancker arguyó que si la aeronave no estaba en condiciones de salir, Thomson debía hacerse cargo y diferir el viaje.

—Muy bien —replicó Thomson—, si usted tiene miedo, no vaya. Hay muchos otros que agarrarían esta ocasión por los cabellos.

Esto disgustó a Brancker profundamente, pues era hombre que miraba el peligro personal con indiferencia fatalista. Seis años antes, durante una visita a París en el verano de 1924, le había preguntado intempestivamente a un compañero que almorzaba con él si le habían sacado el horóscopo.

—Y a usted, ¿le han sacado su horóscopo? —respondió el compañero, sorprendido.

—Sí; en él se dice que no me pasará nada en seis años.

—¿Y de allí en adelante?

—De allí en adelante —respondió sir Sefton limpiando calmadamente su monóculo—, oh, de allí

en adelante ya no se sabe nada.

Lord Thomson, la única persona fuera del Primer Ministro que hubiera podido postergar o suspender el vuelo, se presentó temprano en Cardington, muy tranquilo.

—El dirigible es tan seguro como una casa —dijo—; sólo hay una posibilidad de accidente en un millón.

No obstante, apenas el día anterior había escrito su testamento en una hoja de papel de esquela que tomó de su escritorio en el Ministerio: "En caso de que ocurra mi muerte durante el viaje del R.101 a la India, en la ida o al regreso, o como consecuencia de él, dejo todo cuanto poseo a mi hermano".

Con sus modales corteses y su figura distinguida, lord Thomson descollaba entre los reporteros que lo acosaban en el aeródromo.

—¿Hará usted todo el viaje? —le preguntó uno.

—¿Por qué no? —respondió el lord sonriendo confiadamente—. He recibido órdenes de regresar a Londres el 20 de octubre y no tengo intención de cambiar mis planes.

No le pareció necesario añadir que las órdenes las había dado él mismo. No tenía ningún motivo urgente para hacer el vuelo a la India, pero estaba encantado con la oportunidad. Su nombre sonaba ya como el del nuevo virrey y ¡qué mejor que llegar a la India por aire y demostrar que la madre patria no sólo dominaba los mares sino también el espacio sobre ellos!

Cuando regresara a Londres, en

ese mismo mes de octubre, esperaba salir de la aeronave directamente para la Conferencia Imperial. Los primeros ministros de Australia y Nueva Zelandia tardarían seis o siete semanas en llegar a Londres por mar a la conferencia; él, en la mitad de ese tiempo, habría alcanzado a ir a la India y volver a dirigirles la palabra. Esto sería mucho más eficaz que los discursos y los planes para fomentar el empleo de dirigibles en la nueva ruta que vincularía los países del Imperio. Eso representaba iniciativa y resolución, dos cualidades que él apreciaba inmensamente.

Preparativos de viaje

AL LLEGAR al pie de la torre de amarre, lord Thomson entró en el ascensor y el operario lo subió en un periquete. Fue preciso hacer dos viajes para subir su equipaje, que era excesivamente pesado. Todo aquel día el ascensor había trabajado continuamente izando provisiones, pasajeros y equipajes. Los ingenieros, que sabían que con el exceso de peso disminuía el margen de seguridad de la nave aérea, se inquietaban al ver todo lo que estaban subiendo a bordo.

Habíase convenido que en Egipto se daría un banquete a bordo del R.101, y para el caso no se había omitido ningún pomposo detalle: vajilla especial de plata, cajas de champaña, barriles de cerveza; una pesada alfombra Axminster de 180 metros de largo se había

extendido en el corredor. Se habían cargado nueve toneladas adicionales de combustible para no tener que reabastecerse en Egipto e interrumpir las ceremonias.

Sin embargo, a fin de aligerar el peso, se ordenó a la tripulación que no llevara los paracaídas.

A las seis y media ya había oscurecido y hacía más frío. Cuatro luces rojas comenzaron a destellar en la punta del mástil para advertir a los aviones que no lo supieran que el Ministerio del Aire había prohibido acercarse. Dentro de las cinco barquillas donde iban las máquinas, suspendidas debajo de la armazón, aguardaban los maquinistas, listos a poner en marcha los pequeños motores de arranque que harían andar las grandes máquinas diésel.

El telégrafo les dio la señal y en breve todos los motores funcionaban acompasadamente, entrando en calor, y emitiendo por las válvulas de escape un rugido que ensordecía a los que estaban debajo. En la barquilla de dirección, semejante a un tranvía colgado del centro de la nave, el capitán "Bird" Irwin, al frente de los mandos, esperaba el momento de soltar.

Irwin no tenía confianza en el buen éxito del viaje. Había habido muchas incógnitas, muchas decisiones apresuradas, muchos cambios. Fuera de esto, los últimos pronósticos del tiempo anunciaban viento y lluvia. La sensatez y la experiencia aconsejaban que se aplazara el viaje, pues el dirigible no había hecho aún un vuelo de ensayo a toda marcha; en realidad solamente había recorrido trayectos cortos en condiciones ideales.

Cuando Irwin dio la orden de aumentar la velocidad de las máquinas, hasta sentir que el globo tiraba del cono que sostenía la proa en el mástil, los pasajeros alcanzaron a oír tenuemente los vítores que lanzaba abajo la multitud.

—Listos a largar —ordenó la cabina de mando—. ¡Larguen!

Y el dirigible se desprendió de la torre de amarre.

Al quedar libre del cono que la sujetaba al mástil, la proa del R.101 debió elevarse pero, en cambio, debido a que estaba cargado en exceso, se inclinó un poco hacia abajo. Aun esa pequeña inclinación era peligrosa porque se hallaba apenas a 55 metros sobre las cabezas de la multitud.

Irwin no podía perder un segundo, tenía que hacerle levantar la proa inmediatamente. La única forma de lograrlo era descargando lastre... lo que lo dejaría en situación muy precaria en caso de que tuviera que aligerar otra vez el globo durante el viaje. Pero no había más remedio: si no deslastraba inmediatamente tal vez nunca se realizaría el vuelo; y dio la orden.

El lastre, que era de agua, salió en borbollones, y al partirse en millones de lágrimas irisadas por la luz de los reflectores semejaba un fantástico surtidor de cuento de hadas. El remolino de las hélices la pulverizaba y soplaba esa

ES UN

VALIANT

...Y ES DE  **CHRYSLER**

en el mundo entero, máxima jerarquía en automóviles



VALIANT *el gran coche*

tente motor "Slanf Six" (Seis cilindros inclinados), de 137 HP - Poderosos frenos "Duo-Servo", con
npanas de máxima superficie - Tablero muy visible, con luz regulable - Alternador que carga la bateria
baja velocidad - Diferencial que permite mayor velocidad con elevado rendimiento - Amplio interior,
n detalles de supremo confort - Suspensión extraordinaria - Suntuosa terminación interior y exterior

Véalo en el Concesionario de su zona

Fabricado en la Argentina por **FEVRE Y BASSET** LTDA. S.A.




Criollitas
SIENDO DE BAGLEY SON BUENAS
INDUSTRIA ARGENTINA
GALLETITAS
PESO NETO 135 GRS.
INFALTABLES
EN LA MESA FAMILIAR
CRIOLLITAS
BAGLEY
CRIOLLITAS
BAGLEY

extraña llovizna helada sobre los rostros de los espectadores, vueltos hacia arriba.

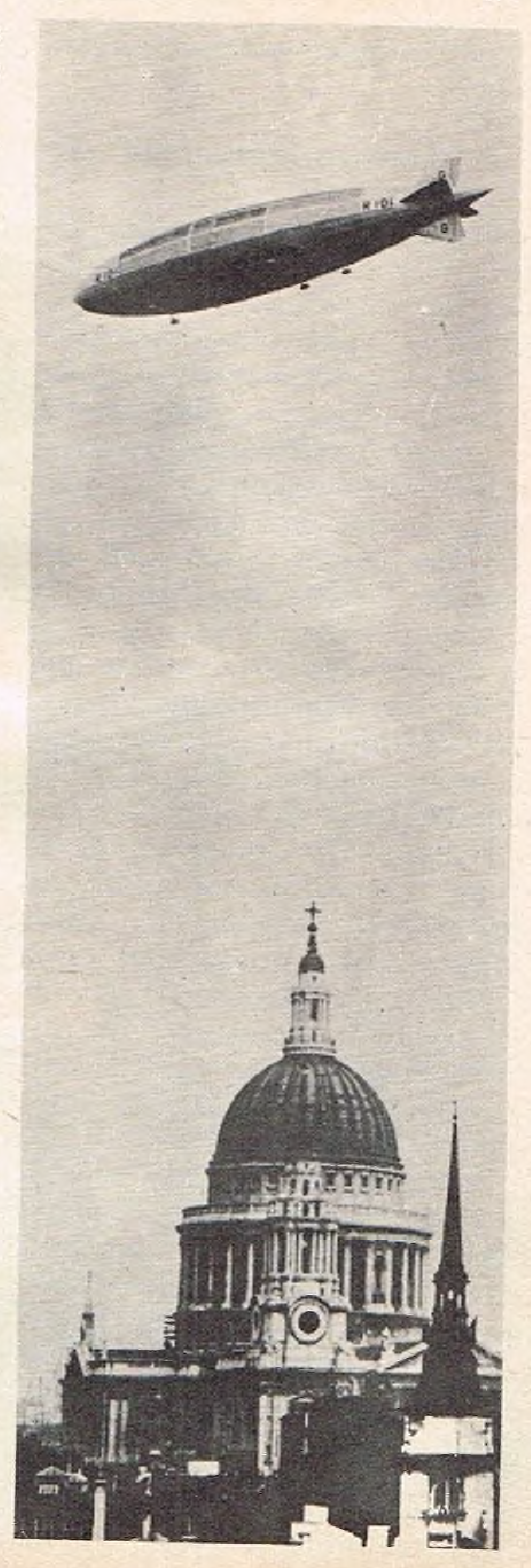
—¡Ya sale, ya se va! —gritó alguien.

Y así era; con movimiento pesado y perezoso, como si estuviera cansado antes de comenzar la jornada.

Al ver avanzar lentamente la nave entre la oscuridad, el público aplaudía y hubo quienes elogiaron la cautela del capitán. Pensaban que sólo se proponía mantener su estabilidad contra el viento que arreciaba. Muy pocos de los que presenciaron su salida del aeropuerto se dieron cuenta de que iba despacio sencillamente porque no podía ir a más velocidad.

Arriba, desde la barquilla de mando, el timonel Hunt hizo destellar su linterna sobre la multitud. Era una señal convenida. Su hijita Gwendoline gritó entonces: "¡Adiós papaíto!" Su voz se ahogó entre el trueno de los motores.

Parpadearon luces rojas y verdes de navegación a medida que el dirigible daba la vuelta y al fin se deslizó entre las tinieblas de la noche, fuera del alcance de los reflectores. Sólo se percibía ya el mortecino rumor de las máquinas y un acre olor a aceite en el aire húmedo. Pasado algún tiempo, la lluvia, tan largamente esperada, comenzó a caer; menuda al principio, con más fuerza después. Arreció el



El R.101 pasa sobre la catedral de San Pablo (Londres), durante un vuelo de prueba.

viento. Iba a ser una noche borrascosa.

Travesía tormentosa

DESDE su comienzo seis años antes, en 1924, el R.101 parecía predestinado a encontrar mal tiempo. Como en aquel entonces los aeroplanos se consideraban poco prácticos para efectuar vuelos largos con carga o pasajeros, el gobierno había decidido construir un gran dirigible que compitiera con los de Alemania. Los socialistas del gobierno laborista deseaban que el mismo gobierno tomara a su cargo la construcción; otros querían que fuera construido por empresas particulares. Mediante una transacción se mandaron hacer dos: el R.100, que fabricaría una empresa subsidiaria de la Vickers Aircraft Company, y el R.101, que saldría de los talleres nacionales de Cardington. Ambos debían tener capacidad para 100 pasajeros, servicio de comedor y camarotes de primera clase, una velocidad de crucero de 101 k.p.h., y las más altas normas de seguridad.

Cuando Hugo Eckener, el proyectista del Zeppelin alemán vio los planos del R.101, se quedó mirándolos pensativo y luego dijo con su peculiar laconismo teutónico:

—Muy bonito... pero ¿no será muy grande?

Así era en verdad. La gigantesca armazón del R.101 que construía el gobierno requería un cobertizo más grande que la abadía de Westminster, y fue tomando forma entre desconsoladores contratiempos y un monstruoso gasto de dinero. Aunque nada se ahorró para hacer la mejor aeronave del mundo, la rigidez de los métodos gubernamentales creaba dificultades. En ambos dirigibles se ensayaron los motores diésel, y cuando se vio que eran demasiado pesados, la empresa particular vendió los suyos e instaló motores de aviación Rolls Royce. Pero el R.101 se quedó con los diésel... cinco motores que pesaban en conjunto 17 toneladas, casi el doble de los del R.100.

Cuando el R.101 hizo sus primeros vuelos de prueba, en 1929, resultó tan pesado que, en vez de tener la capacidad útil de 60 toneladas que se esperaba, sólo podía levantar 35. Con un tonelaje tan reducido, los viajes a la India quedaban descartados; se apeló entonces a un expediente desesperado para dar al globo más fuerza ascensional. En julio de 1930 se cortó en dos mitades la armazón y se le insertó una nueva sección en el centro para sostener otro saco de gas. Con esto se aumentó el largo de la nave de 223 a 237 metros.

El 2 de octubre, a pesar de no haberse hecho las pruebas adecuadas después de su alargamiento, el R.101 recibió un certificado oficial de idoneidad para surcar los aires. Se canceló un vuelo de prueba final que debía efectuarse el 3 de octubre, por razón de que la nave debía limpiarse y prepararse para el viaje a la India.

CONVIERTA SU COPA EN AVENTURA !

CON VODKA *Smirnoff*

EL SECRETO ESTA EN EL LUJOSO MANUAL QUE LE OBSEQUIAMOS:

PARA RECIBIRLO, ENVIENOS SU NOMBRE Y DIRECCION A FRANCESCO CINZANO & CIA. LTDA. CANGALLO 2933 - CAPITAL FEDERAL

AMABLEMENTE ILUSTRADO POR OSKI



¿Por qué tanta prisa? Porque el R.100 había volado ya al Canadá y había vuelto... y la prensa y el Parlamento hacían preguntas embarazosas acerca de los progresos del R.101 que fabricaba el gobierno...

LENTAMENTE el dirigible hacía rumbo al sur; siseaba el gas por las válvulas en sus forcejeos por tomar altura y el viento tamborileaba sobre la tela de su enorme envoltura. El tiempo empeoraba minuto a minuto y la tripulación advertía que la nave se balanceaba como no lo había hecho antes. En verdad que nunca había volado en medio de una tormenta o cosa que se le pareciera.

A poca distancia al norte de Londres la presión del aceite comenzó a bajar en el motor de la barquilla de popa y fue preciso pararlo mientras encontraban el desperfecto. Arthur Bell y John Binks, los dos maquinistas que lo atendían, se acurrucaron cerca del motor diésel, caliente y silencioso, mientras la tormenta azotaba la tenue cobertura de la barquilla. La única manera de volver al interior del globo era trepando por una escalerilla exterior y deslizándose luego por un escotillón, tarea difícil en un día sereno para quien tuviera tendencia a marearse y doblemente peligrosa en medio de una tormenta, con el cabeceo del globo y los peldaños resbaladizos a causa de la lluvia.

A las 9:35 de la noche el radio-

telegrafista anunció: "Vamos cruzando la costa en la vecindad de Hastings. Llueve fuertemente y tenemos un recio viento del sudoeste. La base de las nubes está a 450 metros. La nave se porta bien, en general".

En realidad, la nave estaba muy lejos de portarse bien. Se balanceaba y cabeceaba como un esquife en la mar picada. Al pasar sobre Pett Level, cerca de Hastings, un observador —Reginald Cook— pensó seriamente en avisar al barco salvavidas de Dungeness que estuviera a la mira por si ocurría un accidente sobre el mar. Calculaba que el R.101 no estaba a más de 150 metros sobre la superficie y que volaba de costado.

Llovía aún con más fuerza cuando perdió de vista las luces de Inglaterra. El motor de popa no registraba todavía la presión del aceite, pero posiblemente no estaba marcando bien. Los maquinistas Harry Leech y William Gent se descolgaron hasta la barquilla de popa para cambiarlo. Leech miró por la ventanilla y se sorprendió al ver las olas que se rompían en blancas nubes de espuma a menos de cien metros.

—Estamos bastante bajos —dijo a su compañero—. Obsérvalo tú mismo.

Gent se apretujó por detrás de él para mirar. La inmensidad del mar, más negra que la noche, se extendía hasta más allá de donde la vista alcanzaba, cortada por las blancas cabrillas de las olas. Va-



Lord Thomson, ministro del Aire en el gabinete del gobierno laborista.

rias veces, mientras estuvieron contemplando ese paisaje frío y desolado, el dirigible dio súbitos tumbos hacia abajo, que los hizo tropezar uno contra otro, y volvió a levantar la proa en su lucha contra la tormenta.

En el cuarto de fumar, lord Thompson y sir Sefton Brancker descansaban cómodamente en sus sillones de mimbre, en compañía de los comandantes de escuadrilla aérea W. H. L. O'Neill, que iba a la India a encargarse de su nuevo puesto de subdirector de Aviación Civil, y W. Palstra, representante del gobierno australiano. Sin que ellos lo supieran, en derredor del salón de fumar, detrás de los mamparos y los pasillos de cuerda que formaban una especie de panal en todo el interior del globo, la tripulación examinaba los sacos de gas. Llevaban gruesos suéteres de lana para protegerse del frío y zapatos de lona con suelas de goma para evitar el riesgo de producir alguna chispa en el metal desnudo. Estos zapatos no eran muy de su gusto por el peligro de un resbalón al pisar un barrote metálico untado de aceite.

Por todas partes crujían los alambres y las cadenas que sostenían los sacos de gas y luego se ponían tensos con gran estridencia de esla-



Sir Sefton Brancker, director de Aviación Civil.

. moda '65:
naquillaje natural con



clave está en elegir su tono personal, el que mejor armonice
su piel: ANGEL FACE lo tiene. Extiéndalo suavemente sobre su rostro...!
estará usted luciendo el encantador estilo de maquillaje que impone
ta moda mundial, el maquillaje natural, creado por ANGEL FACE!...
naquillaje tan "cómplice" que jamás delata su presencia: la belleza
ce nacer debajo de su piel.

L FACE COMPACTO CON ALANTOINA O LIQUIDO HUMECTANTE:
TICES DIFERENTES PARA SU MAQUILLAJE NATURAL.

bones al cabecear el globo. El silbido del gas que se escapaba por el cuello de las válvulas imitaba la respiración de una manada de elefantes en la oscuridad.

Los gigantescos sacos de gas se movían continuamente como seres vivos al cambiar la presión del aire. Semejaban grandes balones que fosforecían con misteriosa luminosidad contra el opaco techo abovedado, de modo que un hombre podía pasar por debajo de ellos y verlos suspendidos como enormes peras. Luego, un cambio de presión los hacía bajar, fofos y abotagados, de modo que tenían que abrirse paso entre ellos, y sus forros húmedos y hediondos, unidos con cuerdas de tripa de buey, les azotaban la cara como una niebla. Las entrañas de la aeronave no eran lugar para un claustrófobo ni para un hombre imaginativo.

Dos horas duró la travesía del Canal; cuando se apartaron del mar volando hacia el sur sobre los campos llanos del norte de Francia, enviaron otro despacho radial a Cardington: "Estamos cruzando la costa francesa sobre Pointe de St. Quentin". El viento arreciaba, presagio siniestro que apenas compensaba un poco la noticia de que, después de tres horas de trabajo, la maquinaria de la barquilla de popa había vuelto a funcionar.

Guardia nocturna

LA TRIPULACIÓN prestaba servicio de guardia en turnos de tres horas; a las once de la noche se cambió la guardia y los pasajeros fueron desfilando a sus camarotes apoyándose en las paredes del corredor para mantener el equilibrio. Por debajo zumbaban los motores con ruido monótono y tranquilizador y rutilaban las hélices como discos de plata heridos por los chorros de luz que salían de las ventanillas.

Tras su larga brega con el motor mientras volaban sobre el Canal, Harry Leech volvió a subir a la nave. Se lavó, comió rápidamente y en seguida fue a buscar a William Gent al salón de fumar; eran viejos amigos.

—¿Por qué no duermes un poco? —dijo Leech—. Yo haré la guardia nocturna. Has pasado un día de mucho ajetreo.

Sin saberlo, esta amabilidad con su amigo le iba a salvar la vida. Cuando comenzó su guardia, Harry Leech se recostó contra la barandilla de la cubierta de paseo y miró a través de las ventanillas de celuloide rociadas de lluvia; buscaba algún punto culminante que le sirviera de guía entre el oscuro bosque allá abajo. No había nada; aquí y allá parpadeaba una lucecilla como una estrella fugaz. Se levantó y comenzó la inspección de las barquillas de las máquinas.

Suspendidos en ruidoso aislamiento sobre la campiña y aprisionados con sus motores entre aquellas pequeñas cápsulas metálicas, los maquinistas volvían a él



...¡y todo por la tía Eustaquia!...

Que si no viniera mañana no hubiéramos tenido que romper la pared al colgar su horroroso retrato en el comedor... ¡En el altillo quedaba tan bien!... Ahora habrá que tapar el agujero con POXI-MIX... Pero con POXI-MIX es tan fácil que hasta podría perdonar a la tía Eustaquia... Al fin y al cabo no es tan fea... y la pared quedará como nueva.

es fantástico el nuevo yeso plástico...

los ojos para tranquilizarse, contentos de verlo, las caras pálidas a la luz palpitante de las dinamos, en medio de una atmósfera cargada de aceite. Como el constante mugido de los tubos de escape hacía la conversación imposible, el procedimiento para entenderse era el mismo en cada barquilla: el arqueo de las cejas, la seña afirmativa con la cabeza, la sonrisa.

—¿Va todo bien? ¿La presión del aceite qué tal?

—Sí, señor, todo marcha bien.

Aunque los maquinistas viajaban aislados, su barquilla no daba esa sensación angustiosa de claustrofobia que se experimentaba dentro de la nave propiamente dicha. Por lujoso y amplio que fuera el salón, muchos no podían desechar la perturbadora sensación de encierro. Aparte de las escotillas por donde se bajaba a las máquinas y de la entrada principal de proa, no había otras salidas. Pasajeros y tripulantes quedaban aprisionados dentro del cuerpo del dirigible mientras no se abriera la puerta de proa.

Hacía media hora que, terminada su correría, Leech había vuelto a subir por la escalerilla hasta el salón de fumar que estaba desierto. Sentíase fatigado con todos los afanes del día y se sentó.

Dieron las dos, hora de cambiar la guardia. El maquinista Binks, que dormía en su litera, bostezó, estiró brazos y piernas para desperezarse, buscó a tientas los pantalones y los zapatos de lona, y se deslizó por el pasillo de cuerdas desde el dormitorio de la tripulación hacia la escotilla por la cual se descolgaría hasta su máquina.

Rugía la tormenta y sobre su cabeza los grandes sacos de gas se agitaban como un oleaje, subían y bajaban chasqueando furiosamente al frotarse uno contra otro en la oscuridad como si quisieran libertarse de sus amarras.

"Nunca olvidaré esa noche", contó Binks más tarde. "Tenía puesto un gabán de lana con pasadores de madera y presillas y el viento era tan fuerte que me arrancó los pasadores". El viento le cortó la respiración y la lluvia torrencial lo cegaba, y aunque no acertaba a hacer otra cosa que agarrarse con todas sus fuerzas de la escalerilla, mecánicamente seguía bajando hasta la barquilla donde lo esperaba el otro maquinista, Arthur Bell.

—Te has retrasado, John —le reclamó Bell, señalando con un gesto el reloj.

Eran las dos y cuatro minutos.

—Lo siento, Arthur, me dormí —replicó Binks.

Un grito de alarma

Leech se asomó a la ventanilla. No pudo contener un grito. Había visto, sólo a pocos metros de distancia, el techo de una iglesia que sobresalía entre la niebla y la lluvia. Era la cúpula de la catedral de Beauvais, una de las más altas y más bellas de Europa.

"Nos vamos a estrellar contra ella", pensó, y buscó un punto de apoyo en espera de la próxima sacudida. Mientras aguardaba intranquilo, un nuevo cabeceo de la nave lo arrojó de bruces sobre el sofá y contra el mamparo. Oyó sonar el timbre del telégrafo del cuarto de máquinas, y sintió luego una gran conmoción cuando el globo chocó contra el suelo.

En el momento del impacto se apagaron las luces y se abrió de par en par la puerta del salón de fumar dejando ver el destello de llamas blancas que se produjo al inflamarse los 150.000 metros cúbicos de hidrógeno. Leech trató de incorporarse, pero la cubierta superior se había desplomado sobre el sofá dejando apenas un espacio de algo más de un metro. Casi arrastrándose llegó al mamparo buscando desesperadamente una salida. Ahogándose entre la humareda lo atacó a puntapiés y se lanzó de hombros contra el metal. Harry Leech estaba cautivo en el hogar de una caldera.

Testigos oculares

Eugene Rabouille armaba sus trampas para coger conejos en un campo de las afueras de Beauvais cuando vio por primera vez el dirigible. El R.101 avanzaba muy lentamente sobre el bosque de Coutumes, a no más de 145 metros de altura. El viento lo empujaba hacia el oriente.

"Distinguí claramente los camarotes de los pasajeros, bien iluminados, y las luces verdes y rojas a derecha e izquierda del globo", contó Rabouille más tarde. "De pronto se desató un chubasco. El aeróstatc dio varias testaradas hacia abajo y se fue de cabeza contra el bosque. En ese momento se produjo una explosión tremenda que me derribó por el suelo.

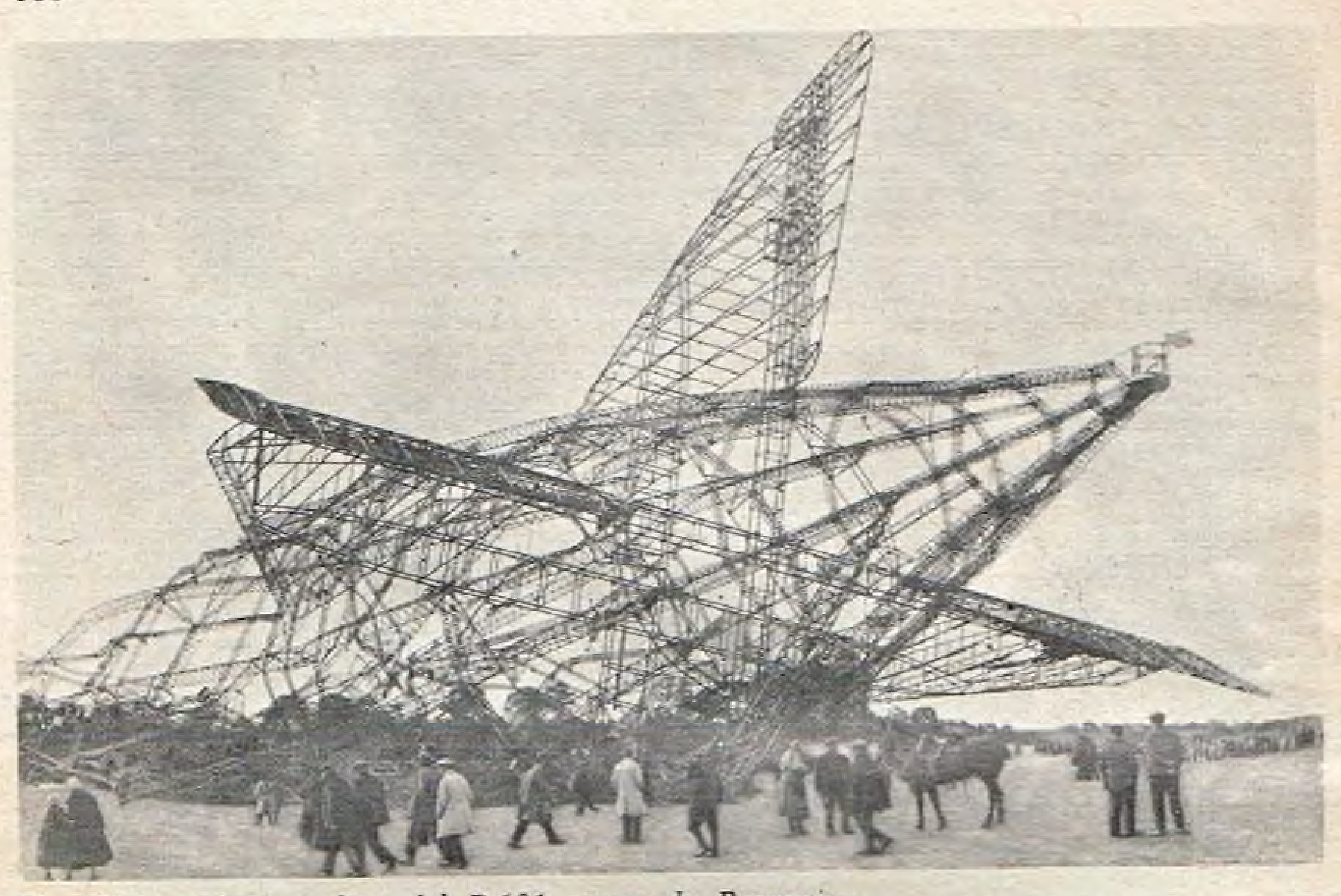
"A poco se levantaron las llamas hacia el cielo a una gran altura... quizá a unos 200 metros. Todo quedó envuelto en llamas. Vi seres humanos que corrían como locos entre los despojos. Entoncer perdí la cabeza y me alejé a todo correr por el bosque".

Mientras el hombre corría como un ciervo, oyó dos explosiones más que acabaron de aterrorizarlo, y no paró hasta llegar a su casa. Se metió en ella, trancó la puerta para no ver ni oír más, se persignó y se metió en la cama.

En la aldea de Allonne, M. Louis Petit, que iba a acostarse después de un día de mucho trabajo en su tienda, cuenta lo siguiente:

"Oí un ruido como el de un trueno muy largo. Salí corriendo a la calle, miré al cielo y vi, bastante bajo sobre la iglesia del frente, algo que parecía un pueblo iluminado. Sabía que la nave aérea iba a pasar sobre nosotros y me di cuenta de que algo malo le pasaba. Volaba de costado. De golpe se apagaron todas las luces y un momento después volvieron a encenderse. Tornaron a apagarse, a





El achicharrado esqueleto del R.101, cerca de Beauvais. Milagrosamente la bandera escapó a las llamas.

encenderse y a apagarse otra vez. Le hice notar a mi mujer que cada vez que se encendían las luces, el globo bajaba un poco más. Luego, estando iluminado, dio una zambullida de cabeza; siguió una horrible explosión... ¡buuum... un estampido atroz, como si hubiera reventado el mundo! Llamé por teléfono a la policía e informé que el dirigible se había estrellado en el bosque"...

Minutos después el aeropuerto de Le Bourget, 65 kilómetros al sur de París, daba la noticia: "El R.101 está ardiendo".

Se salvan los maquinistas

Al oír gritar a Hunt "Estamos cayendo, muchachos", Binks alzó la vista desde la barquilla y en lugar del casco plateado vio la desnuda armazón del dirigible que resplandecía como el esqueleto candente de un pez gigantesco; apenas unos jirones de tela le quedaban en el costillaje, el resto había desaparecido devorado por las llamas que siseaban y rugían bajo la lluvia.

Bell también se había asomado y contemplaba perplejo aquella visión de pesadilla.

—Es mejor que salgamos de aquí —dijo, metiendo la cabeza y cerrando mecánicamente las llaves del combustible.

Binks le tiró del brazo.

—No; esperemos.

Tenían el viento en contra; soplaba arrastrando las llamas desde

De Italia nos llega un estilo alegre y lleno de vida del que este living es un claro exponente. Como e las antiguas casas de la campiña italiana, un hogar con campana preside el ambiente. Almohadones d color alegran los confortables sillones tapizados en cuero al cromo patinado con laterales de palisandre Los cortinados del gran ventanal dejan pasar la luz y el sol, un conjunto de plantas pone una nota verd y una personal colección de piezas de cerámica luce con simpática rusticidad. El predominio de colore amables y discretos, con toques de tonos más vivos, hace particularmente agradable y acogedo este ambiente que también forma parte de la MUESTRA INTERNACIONAL DEL MUEBLE Y LA DECORACIO

Eugenio Diez 50º Aniversario - 1915/1965 Cabildo 1769 - Belgrano - Bernardo de Irigoyen 682 - Centro - Rivadavia 7523 - Flor



la proa hacia la cola. No había esperanza de salvarse en ese infierno. Las ropas y la piel se les hubieran achicharrado antes de acabar de salir de la barquilla. La alternativa de esperar era apenas un poco menos aterradora, pues tenían consigo varios cuñetes de metal con 115 litros de gasolina para hacer funcionar el motor de arranque.

Las llamas comenzaban a colarse por entre las rendijas del piso, chamuscándoles las suelas de los zapatos. Quizá sólo les quedaban pocos momentos antes de que explotara la gasolina.

Entonces les cayó encima un líquido. Binks se relamió la cara mojada y lanzó un grito de gozosa sorpresa.

—¡Agua!

Se habían reventado los tanques de lastre dentro del globo y les caía encima esta lluvia que, indudablemente, fue lo que les salvó la vida.

Agarraron los trapos de limpiar las máquinas, los empaparon con el agua que caía, los arrojaron al suelo y pisaron sobre ellos para apagar las llamas. Luego, dando la espalda al viento, saltaron por la portilla de babor... y aterrizaron de pies y manos sobre la tierra blanda, en una suave pendiente.

"Al salir dando la espalda a las llamas salvamos los ojos", comentó Binks más tarde. "Aunque sufrimos quemaduras en la cara y en las manos no nos dimos cuenta de ello hasta después".

Arrastrándose penosamente se alejaron del ardiente escombro, jadeantes, sin resuello, pues parecía haberse acabado para ellos todo el aire respirable.

Los 150.000 metros cúbicos de hidrógeno inflamado habían consumido una gran masa de oxígeno ambiente, de modo que los sobrevivientes se encontraron rodeados por todas partes de aire que no podían respirar.

Seguían agazapados en el suelo, luchando contra la asfixia, cuando se les acercó otro hombre que andaba pesadamente con las manos extendidas como queriendo apartar una horrible visión.

—¿Hay alguien por allí? —gritó.

—Sí, aquí estamos... Binks y Bell.

El hombre corrió hacia ellos. Tenía la cara horriblemente quemada y el pelo chamuscado desde la frente. Al resplandor del esqueleto del dirigible, todavía candente, lo reconocieron: era Leech.

El mejor trago de mi vida

Cuando se apagaron las luces y se desplomó el cielo raso en el salón de fumar, Leech cayó en la cuenta de que si no abría en el mamparo un boquete que diera al aire libre, se quedaría encerrado dentro de una tumba aérea.

Alzó una mesa por las patas y con ella arremetió contra el tabique. La mesa se desintegró en fragmentos esponjosos, pues a pesar de su sólida apariencia que

imitaba caoba, estaba hecha de palo de balso. Buscó otra mesa, una silla, un cenicero, y los descargó uno a uno contra el mamparo. Y uno tras otro se fueron haciendo añicos, hasta que se quedó con un trozo de mimbre en la mano, solo e impotente en la oscuridad.

Pateó frenéticamente el tabique de metal con sus zapatos de suela de goma, y al convencerse de la inutilidad de estos golpes, se deslizó a lo largo de la pared metálica, palpando a tientas, hasta que encontró una superficie un poco más áspera, de asbesto. Después de golpearla en vano con los puños, agarró un pestillo medio desprendido de la pared, tiró de él y abrió un pequeño agujero que siguió desgarrando y ampliando hasta que pudo meterse por él. Por allí salió a la escalera de la cámara, entre vigas y travesaños desnudos, envuelto en humo y llamas y el nauseabundo olor a aceite quemado. Había escapado de la sartén para caer en las brasas.

Miró en rededor y al ver un claro se lanzó por él sin pensarlo. Años más tarde, Harry Leech recordaba todavía aquel salto en el vacío. "Yo no me daba cuenta de lo que ocurría. Sólo pensaba en que tenía que salir del globo mientras hubiera tiempo para hacerlo. Tuve suerte, porque caí sobre la copa de un árbol cuyo follaje amortiguó el golpe. Había llovido a cántaros y las hojas vertieron sobre mí toda el agua que habían recogido. Fue el mejor trago de mi vida. Me había estado asando y esa lluvia me refrescó".

Otro sobreviviente

Abajo, en la pradera, los tres hombres recobraron el uso de la palabra. Ya los lugareños corrían por allí con linternas y antorchas, y ellos alcanzaron a oír los gritos con que trataban de orientarse mutuamente. Mas, olvidando sus propios padecimientos, volvieron al lado del dirigible a ver si encontraban algún otro sobreviviente. El viento soplaba el fuego contra ellos e iban con los ojos llorosos, respirando trabajosamente entre el humo negro del aceite. A poco encontraron tendido en el suelo a un hombre que, aunque en estado casi agónico, no había perdido el conocimiento y pudo reconocerlos.

Tan pronto como se arrodillaron junto a él les pidió que le quitaran la chaqueta, diciendo que allí tenía cigarrillos. Buscaron en los bolsillos y, efectivamente, encontraron una lata de 50. Cada uno tomó un cigarrillo gustosamente, pero luego advirtieron que ninguno de ellos tenía fósforos.

Por un momento se miraron sin saber qué hacer, pero al cabo todos tuvieron el mismo pensamiento. Binks dio dos pasos hacia los despojos del incendio y prendió su cigarrillo en un trozo de hierro candente. Ese encendedor fue el más caro que jamás se haya usado: había costado más de un millón de libras esterlinas.


Por siempre brandy... SHUMI
S. A. Bodegas y Viñedos
Santiago Graffigna Ltda. - Fundada en 1870 - San Juan
BRANDY
AROMA Y SABOR DE SINGULAR PERSONA
SHUMIR
BRANDY
SHUMIR
BRANDY

Cisne y fénix

De los 54 que iban a bordo sólo seis sobrevivieron: Leech, Bell y Binks, el radiotelegrafista Disley y los maquinistas Cook y Savory.

Lord Thomson y sir Sefton Brancker, el capitán Irwin, el diseñador, teniente coronel Richmond, los comandantes O'Neill y Palstra, Gent, Hunt y demás, debieron morir pronto en el incendio, atrapados en sus camarotes o en sus cuartos de trabajo. La mayoría de los cadáveres de las 48 víctimas no pudieron ser identificados.

Un año después un tribunal de investigación descubrió que lejos de haber existido "sólo una posibilidad de accidente entre un millón", el desastre había obedecido a un millón de cosas que salieron mal. El aeróstato era demasiado pesado. Dejaba escapar el precioso gas que lo mantenía en el aire. Sólo se había ensayado con buen tiempo y era incapaz de afrontar una tormenta. Sobre todo, se había apresurado innecesariamente su salida por razones políticas. La causa directa del accidente fue la pérdida repentina de gas en uno de los sacos delanteros, precisamente en el momento en que la proa de la nave se inclinaba hacia abajo presionada por una corriente de aire descendente.

Pasados los primeros sentimientos de duelo, sobrevino una gran reacción contra los dirigibles. Aquel desastre fue para ellos el canto del cisne. Hasta el R.100, que había costado 450.000 libras esterlinas, fue desmantelado y sus piezas vendidas como hierro viejo. Gran Bretaña se dedicó con renovado interés al perfeccionamiento del aeroplano, que se levantó como un fénix de las cenizas del R.101. Y estuvo bien que ocurriera esto cuando ocurrió, porque sólo pocos años después tuvo lugar la batalla de Inglaterra, en que la vida misma de la nación iba a depender de la calidad de sus aviones.



Tres de los seis sobrevivientes, retratados en Boloña de regreso a su patria. Son, de izquierda a derecha, los maquinistas Binks y Bell y el maquinista jefe Leech.


AVERY